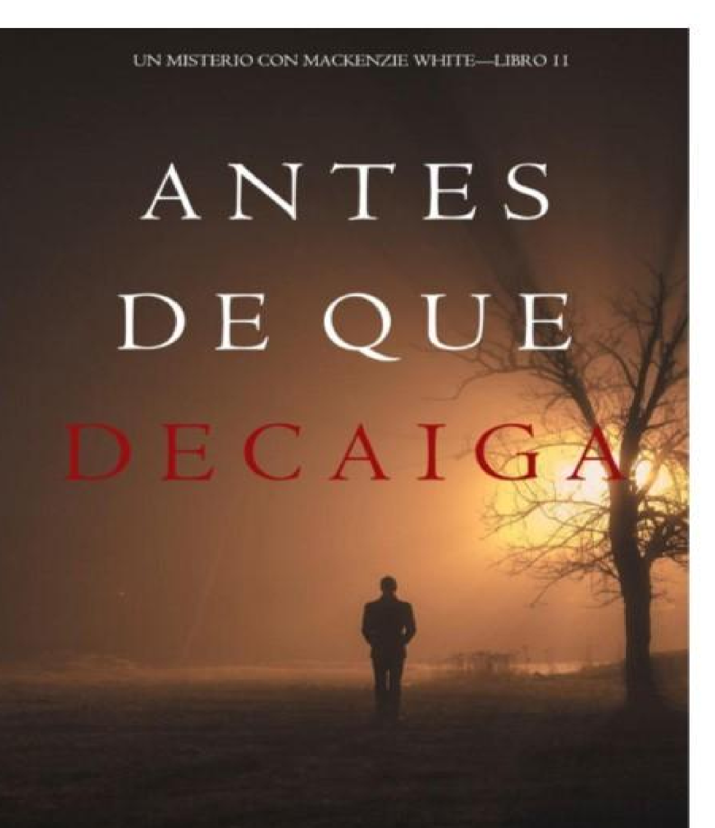
UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 11

# ANTES DE QUE DECAIGA

BLAKE PIERCE


UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 11
ANTES
DE QUE
DECAIGA
BLAKE PIERCE

UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 11

# ANTES DE QUE DECAIGA

BLAKE PIERCE




# ANTES DE QUE DE CAIGA

(UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 11)

BLAKE PIERCE

**CONTENIDOS**

# PRÓLOGO

Christine sólo había visto la nieve una vez en su vida. Así que, cuando empezó a caer a su alrededor mientras regresaba a casa del apartamento de su novio, sonrió. Pensó que, si no hubiera bebido tanto esta noche, lo hubiera podido disfrutar más. Tenía veinte años, pero no pudo evitar sacar la lengua para atrapar algunos copos. Se echó a reír en voz baja al sentirlos... además del hecho de que había recorrido un largo camino desde su hogar en San Francisco.

Se había transferido a Queen Nash en Maryland con el deseo de centrarse en las ciencias políticas. Las vacaciones de invierno se acercaban a su fin y en este momento estaba deseando tomar las riendas de la enorme carga de cursos que le aguardaban la próxima primavera. Era una de las razones por las que ella y su novio, Clark, habían estado pasando un buen rato esta noche, para darse un último homenaje antes de que comenzara el semestre. Había habido una especie de fiesta y Clark, como siempre, había bebido demasiado. Ella había decidido caminar hasta su casa, a sólo tres manzanas de distancia, en lugar de quedarse allí para dejar que los amigos de Clark le tiraran los tejos mientras sus novias le lanzaban miradas desagradables. Así es como terminaban todas las reuniones en casa de Clark cuando ella no acababa yendo a su habitación.

Además... se sentía ignorada. Clark era terrible en ese aspecto, poniendo siempre el trabajo, la universidad o emborracharse por delante de ella. Había alguien más a quien podía llamar cuando volviera a su apartamento. Claro, era tarde, pero había dejado muy claro que estaba disponible para ella a todas horas. Lo había probado antes, así que ¿por qué no esta noche?

Al cruzar una calle entre dos manzanas, se dio cuenta de que la nieve ya se había adherido a las aceras. La tormenta había sido anticipada, por lo que las carreteras habían sido acondicionadas y salinizadas, pero la blanca manta de nieve que caía se había adherido a las aceras y a las pequeñas franjas de césped frente a los edificios de apartamentos entre los que caminaba. Para cuando Christine llegó a su apartamento, casi decidió volver a casa de Clark. Hacía frío y la nieve estaba enviando una pequeña oleada de sorpresa infantil a través de ella. Cuando agarró la llave para abrir la puerta del edificio de apartamentos, casi se da la vuelta para hacer precisamente eso.

Lo único que la convenció de lo contrario fue saber que no

dormiría bien si volvía. Aquí le esperaba su propia cama, sus mantas calentitas y al menos ocho horas de sueño.

Entró y se dirigió a los ascensores. Presionó el botón del tercero y esperó a que llegara el ascensor. No estaba borracha, sólo un poco achispada, y empezó a juguetear con la idea de tomar una copa más de vino cuando llegara a su apartamento para luego realizar una llamada... al hombre con el que había estado saliendo durante los últimos meses a escondidas.

Esto era lo que tenía en mente cuando llegó el ascensor. Se metió al interior y lo subió hasta su piso, disfrutando de la forma en que su cabeza zumbaba mientras el ascensor se movía hacia arriba.

Salió a su pasillo y lo encontró vacío. Esto tenía sentido, ya que era después de la una de la madrugada de un miércoles por la noche. Se acercó a la puerta y volvió a sacar las llaves. Mientras tintineaban entre sus aún frías manos, una voz por detrás de ella le sobresaltó.

“¿Christine?”.

Se giró al oír su nombre. Ella sonrió al verlo allí de pie. No iba a tener que llamarlo después de todo. Era como si se hubiera anticipado a su deseo de verle. Después de todo, había pasado una semana o así.

“Hola”, dijo ella.

Caminó para acercarse a ella, con su paso decidido. La miraba de la forma en que lo hacía habitualmente, con un fuego en los ojos que le dejaba claro lo que quería. Su mera mirada la excitaba, y el hecho de quién era él. Estaba fuera de los límites. Era... bueno, era un poco peligroso, ¿no?

Se encontraron en su puerta, prácticamente chocando el uno contra el otro. El beso fue un poco torpe debido a su ferocidad. Sus manos comenzaron a explorar instantáneamente. Ella agarró la cintura de sus pantalones, acercándolo hacia ella. La mano de él trazó los bordes del cuerpo de ella, deslizándose entre sus muslos mientras se aferraban el uno al otro en el pasillo.

“Dentro”, se las arregló para decir entre el beso y su ya acalorado aliento. “Ahora”.

Ella abrió la puerta mientras él le mordisqueaba el cuello. Gimió, nerviosa por lo que estaba a punto de pasar. Ni siquiera sabía si podría llegar al dormitorio. Tal vez ni siquiera el sofá. La puerta se abrió y

ella la empujó para abrirla. Cuando él se acercó instantáneamente a ella, pateando la puerta y cerrándola, ella lo alejó. Se recostó contra el pequeño mostrador de la cocina y se quitó la camisa. Le gustaba cuando ella se desvestía para él. Era una cosa extraña que tenía que ver con el control, haciéndole sentir que ella le estaba sirviendo incluso antes de que el sexo empezara.

Cuando levantó la camisa por encima de su cabeza, alcanzando ya los ganchos de su sujetador, le miró a los ojos.... y se quedó helada. Se había quedado parado, y el fuego en sus ojos ya no estaba presente. Ahora, había algo más. Algo nuevo... algo que la asustó.

Él ladeó la cabeza, como si la examinara por primera vez, y entonces se tiró encima de ella. Había sido duro con ella antes, pero esto era nuevo. Esto no era sexual, de ninguna manera. Presionó todo su peso contra ella y puso sus manos alrededor de su cuello. No había nada de juguetón en ello; su agarre era feroz, y pudo sentir de inmediato cómo estaba aplastando su tráquea.

Tardó menos de diez segundos en sentir cómo sus pulmones comenzaban a entrar en pánico. Cuando lo hicieron, ella lo abofeteó furiosamente mientras sentía que sus rodillas se doblaban.

Sintió que su pecho se tensaba cada vez más, como si hubiera algún tipo de fuerza dentro de ella que empujara el aire hacia afuera. Cuando cayó al suelo, la parte de atrás de su cabeza golpeó el mostrador de la cocina. Sus manos nunca dejaron su cuello, y parecía que se apretaban más y más cuanto más débil se sentía.

Le lanzó una última bofetada, pero fue tan débil que ni siquiera estaba segura de si le había tocado. Cuando ella cayó al suelo, él estaba encima de ella. Continuó asfixiándola, presionando su excitada hombría contra ella. Movió sus manos en busca de algo, de cualquier cosa, pero todo lo que encontró fue la camisa que ella acababa de quitarse para él.

Apenas tuvo tiempo de preguntarse por qué estaba haciendo esto antes de que la oscuridad se precipitara sobre ella, aliviándola de ese terrible dolor en su pecho.

# CAPÍTULO UNO

Mackenzie estaba de pie en el baño, apoyada en el lavabo y mirando al inodoro. Había mirado mucho el inodoro últimamente, manejando su primer trimestre de una manera que era casi demasiado protocolaria. Sus náuseas matutinas habían sido especialmente serias entre la octava y la undécima semana. No obstante, incluso ahora, que ya estaba a mitad de la decimoquinta semana, todavía le resultaba difícil. Ahora ya no las tenía tan a menudo, pero cuando las tenía, eran desagradables.

Ya había vomitado dos veces esta mañana y su estómago estaba insinuando una tercera vez. Pero mientras sorbía un poco de agua y hacía todo lo que podía por contener su respiración mientras se apoyaba contra el lavabo, sintió cómo le sobrevenía la tercera oleada.

Mackenzie miró hacia abajo a su estómago y colocó su mano amorosamente sobre la zona que apenas había comenzado a sobresalir en la última semana más o menos. “Esos son mis intestinos, pequeño”, dijo ella. “No un reposapiés”.

Salió del baño y se paró en la puerta por un momento, asegurándose de que había terminado. Cuando sintió que había recuperado el control sobre sí misma, fue al armario y comenzó a vestirse. Podía oír a Ellington en la cocina, mientras los ruidos de un armario abriéndose le hicieron pensar que estaba preparando un café. A Mackenzie le habría encantado una taza de café, pero, casualmente, era uno de los alimentos con los que el bebé no se sentía cómodo cuando se producían estos episodios.

Al ponerse los pantalones, se dio cuenta de que le quedaban un poco más ajustados. Mackenzie pensó que tenía un mes más o menos antes de tener que buscar ropa nueva de premamá. Y suponía que sería en ese momento cuando iba a tener que decirle al director McGrath que estaba embarazada. Aún no se lo había dicho por miedo a su reacción. No estaba lista para no hacer nada más que sentarse a un escritorio o hacer investigaciones de fondo para algún otro agente.

Ellington llegó a la puerta frunciendo el ceño. De hecho, llevaba en la mano una taza de café. “¿Te sientes mejor?”, preguntó.

“Saca ese café de aquí”, dijo ella. Hizo lo posible por sonar juguetona, pero le salió un tono de cierta amargura.

"Mi madre sigue llamando para saber por qué no hemos decidido todavía el lugar de la boda".

"¿Entiende que no es su boda?", preguntó Mackenzie.

"No. No creo que lo entienda".

Salió de la habitación por un momento para dejar el café y luego se acercó a Mackenzie. Se arrodilló y besó su tripita mientras ella buscaba una camisa que ponerse.

"¿Todavía no quieres saber el sexo?", preguntó.

"No lo sé. Ahora no, pero probablemente cambie de opinión".

Ellington la miró. Desde su posición en el suelo, parecía un niño pequeño, que estuviera mirando a sus padres en busca de su aprobación. "¿Cuándo piensas decírselo a McGrath?".

"No lo sé", dijo ella. Se sintió como una tonta de pie medio vestida mientras él presionaba su cara contra el estómago de ella. Aun así, también le hizo darse cuenta de que él estaba aquí para ella. Le había pedido que se casara con él antes del bebé y ahora, ante un embarazo inesperado, seguía aquí, con ella. Pensar que él era el hombre con el que probablemente pasaría el resto de su vida la hizo sentir en paz y contenta.

"¿Tienes miedo de que te eche a un lado?", preguntó Ellington.

"Sí, pero una o dos semanas más y no creo que pueda ocultar el bulto del bebé".

Ellington se rió y la besó en la tripa de nuevo. "Ese es un bulto de bebé muy sexy".

Siguió besándola, languideciendo un poco a cada beso. Ella se rió y juguetonamente se separó de él. "No hay tiempo para todo eso. Tenemos trabajo. Y, si tu madre no se calla, una boda que planear de una vez por todas".

Habían mirado varios lugares e incluso habían empezado a buscar en las empresas de catering para lo que planeaban que fuera una pequeña recepción, pero ninguno de ellos podía realmente entrar en el flujo de todo el asunto. Con todo esto, se dieron cuenta de que tenían mucho en común: una aversión por todas las cosas llamativas, un miedo a tratar con la organización, y una afinidad por poner el trabajo

por encima de todo lo demás.

Mientras se vestía, se preguntó si a lo mejor estaba haciendo que Ellington se perdiera la oportunidad de tener esa experiencia. ¿Acaso su falta de entusiasmo para planear la boda le hacía pensar que a ella no le importaba? Esperaba que no, porque no era así en absoluto.

"Oye, ¿Mac?".

Ella se volvió hacia él cuando empezó a abotonarse la camisa. Las náuseas ya habían pasado en su mayor parte, lo que le hacía pensar que podría afrontar el día sin más pruebas.

"¿Sí?".

"No lo planeemos. Ninguno de nosotros quiere hacerlo. Y realmente, ninguno de los dos quiere una gran boda. La única persona molesta sería mi madre y, francamente, creo que me gustaría ver eso".

Una sonrisa le cruzó el rostro, pero Mackenzie la reprimió lo más rápido que pudo. A ella también le gustaría ver eso.

"Creo que sé lo que estás diciendo. Pero necesito que lo digas, sólo para estar segura".

Ellington cruzó la habitación hacia ella y tomó sus manos entre las suyas. "Lo que digo es que no quiero planear una boda y no quiero esperar más para casarme contigo. Vamos a fugarnos".

Mackenzie sabía que él estaba siendo auténtico por la forma en que su voz comenzó a contraerse a mitad de su comentario. Aun así... parecía demasiado bueno para ser verdad.

"¿Hablas en serio? No lo dirás sólo porque...".

Se detuvo aquí, incapaz de terminar la pregunta, mirándose la tripa.

"Te juro que no es sólo eso", dijo Ellington. "Aunque estoy muy emocionada por criar y potencialmente hacer mella en un niño contigo, es a ti a quien quiero ahora mismo".

"Sí, creo que vamos a hacer mella en este chico, ¿no?".

"No a propósito". La acercó y la abrazó. Luego le susurró al oído y escuchar su voz tan cerca de ella la hizo sentir cómoda y contenta de nuevo. "Lo digo en serio. Hagámoslo. Vamos a fugarnos".

Estaba asintiendo con la cabeza antes de que rompieran el abrazo. Cuando estaban cara a cara de nuevo, ambos tenían pequeños destellos de lágrimas en los ojos.

“Vale...”, dijo Mackenzie.

“Sí, está bien”, dijo, ligeramente atontado. Se inclinó, la besó y luego dijo: “¿Qué hacemos ahora? Mierda, supongo que todavía hay que planear sin importar el camino que tomemos”.

“Tenemos que llamar al juzgado para reservar una hora, supongo”, dijo Mackenzie. “Y uno de nosotros necesita ponerse en contacto con McGrath para pedirle tiempo libre para la ceremonia. ¡No hay otro modo!”.

“Maldita sea”, dijo con una sonrisa. “Está bien. Llamaré a McGrath.

Sacó su teléfono, con la intención de hacerlo allí mismo, pero luego lo volvió a guardar en su bolsillo. “Tal vez esta es una conversación que debería tener cara a cara”.

Mackenzie asintió, sus brazos temblando un poco mientras terminaba de abotonarse la camisa. Vamos a hacer esto, pensó ella. Realmente vamos a hacer esto....

Estaba emocionada, nerviosa y eufórica, todas esas emociones se agitaban dentro de ella a la vez. Ella respondió de la única manera que pudo, caminando hacia él y tomándolo entre sus brazos. Y cuando se besaron, sólo le llevó unos tres segundos decidir que quizás sí que había tiempo para lo que él había intentado empezar momentos antes.

***

La ceremonia fue dos días después, un miércoles por la tarde. No duró más de diez minutos y terminó con el intercambio de los anillos que se habían ayudado a escoger el día anterior. Fue tan fácil y relajado que Mackenzie se preguntaba por qué las mujeres pasaban por todo ese infierno de la planificación y programación de sus bodas.

Como se necesitaba al menos un testigo, Mackenzie había invitado a la agente Yardley a asistir. Nunca habían sido realmente amigas, pero ella era una buena agente y, por lo tanto, una mujer en la que Mackenzie confiaba. Fue al pedirle a Yardley que cumpliera con

ese papel que se acordó una vez más de que realmente no tenía ningún amigo. Ellington era lo más cercano y por lo que a ella respectaba, eso era más que suficiente.

Cuando Mackenzie y Ellington salieron de la sala del tribunal y entraron al pasillo principal del edificio, Yardley hizo todo lo que pudo por pronunciar un discurso alentador de despedida antes de salir a toda prisa.

Mackenzie la vio irse, preguntándose por qué tenía tanta prisa. “No voy a decir que fue grosera ni nada de eso”, dijo Mackenzie, “pero parecía que no podía esperar a salir de aquí”.

“Eso es porque hablé con ella antes de la ceremonia”, dijo Ellington. “Le dije que se largara a toda pastilla cuando termináramos”.

“Eso fue grosero por tu parte. ¿Por qué lo hiciste?”.

“Porque convencí a McGrath para que nos diera hasta el próximo lunes. Me tomé todo el tiempo y el estrés que habría invertido en planear una boda en planear una luna de miel”.

“¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?”.

Ellington sacudió la cabeza. Ella lo envolvió en un abrazo, tratando de recordar un momento en que hubiera sido así de feliz. Se sentía como una niña que acababa de recibir todo lo que quería para Navidad.

“¿Cuándo lograste hacer todo eso?”, preguntó.

“Básicamente en horario de oficina”, dijo con una sonrisa. “Ahora tenemos que darnos prisa. Tenemos que hacer las maletas y hacer el amor. Nuestro avión sale en cuatro horas hacia Islandia”.

El destino sonaba extraño al principio, pero luego recordó la conversación de la “lista de deseos” que habían elaborado cuando descubrió que estaba embarazada. ¿Cuáles eran algunas de las cosas que ella quería hacer antes de traer a un niño al mundo? Uno de los deseos de Mackenzie había sido acampar bajo la aurora boreal.

“Sí, vamos allá entonces”, dijo ella. “Porque con la forma en que me siento ahora mismo y las cosas que planeo hacerte cuando volvamos a casa, no sé si llegaremos al aeropuerto a tiempo”.

“Sí, señora”, dijo, corriendo hacia la puerta. “Una pregunta, sin embargo”.

“¿De qué se trata?”.

La sonrió y le preguntó: “¿Puedo llamarte señora Ellington a partir de ahora?”.

Su corazón casi saltó en su pecho al escuchar la pregunta. “Supongo que puedes”, dijo mientras salían por la puerta, entrando al mundo por primera vez como una pareja casada.

## CAPÍTULO DOS

El asesinato no había sido en absoluto lo que él esperaba. Había pensado que habría algún grado de ¿qué he hecho? Tal vez un momento de culpa irreversible o la sensación de que de alguna manera había alterado el curso de la vida de una familia, pero no sintió nada de eso. Lo único que había sentido después de los asesinatos, después de matar a sus dos víctimas, era una abrumadora sensación de paranoia.

Y, para ser honestos, júbilo.

Quizás había sido estúpido al hacerlo tan despreocupadamente. Se había sorprendido de lo normal que le había resultado. Había estado aterrorizado de la idea hasta que les puso las manos en el cuello, hasta que apretó con ellas para robarles la vida de sus bellos cuerpos. La mejor parte había sido ver cómo la luz se apagaba en sus ojos. Había sido inesperadamente erótico, la cosa más vulnerable que había visto en su vida.

La paranoia, sin embargo, era peor de lo que jamás podría haber imaginado. No había podido dormir en tres días después de haber matado a la primera, aunque se había preparado para ese obstáculo después de la segunda. Unas copas de vino tinto y un Ambien justo después del asesinato y había dormido bastante bien, la verdad.

La otra cosa que le molestaba era lo difícil que había sido abandonar la escena del crimen la segunda vez. La forma en que ella había caído, la forma en que la vida se le había ido de los ojos en un instante... le habían hecho desear quedarse allí, mirando fijamente a esos ojos recién muertos para ver qué secretos podían albergar. Nunca antes había sentido tal ansia, aunque para ser justos, nunca hubiera soñado con matar a nadie hasta hace un año o más o menos. Así que aparentemente, al igual que las papilas gustativas, la moral de una persona podía cambiar de vez en cuando.

Pensó en esto mientras se sentaba frente a su chimenea. Toda su casa estaba en silencio, tan espeluznantemente quieta que podía oír el sonido de sus dedos moviéndose contra el tallo de su copa de vino. Observó cómo ardía y castañeteaba el fuego mientras tomaba sorbitos de un vaso de vino tinto.

*Esta es tu vida ahora, se dijo a sí mismo. No has matado a una, sino a dos personas. Claro, eran necesarios. Tenías que hacerlo o tu vida podría*

*haber terminado. Aunque técnicamente ninguna de esas chicas merecía morir, todo había sido por necesidad.*

Se lo repitió a sí mismo una y otra vez. Era una de las razones por las que la culpa que había estado esperando no le había tocado todavía. También podría ser la razón por la que había tanto espacio para que esa paranoia se adentrara y echara raíces.

En cualquier momento esperaba una llamada a su puerta, con un agente de policía al otro lado. O tal vez un equipo SWAT, con un espolón para tirar la puerta. Y lo peor de todo es que él sabía que se lo merecía. No tenía ninguna ilusión de salirse con la suya. Pensaba que algún día se descubriría la verdad. Así es como funciona el mundo ahora. Ya no existía tal cosa como la privacidad, no existía eso de vivir tu propia vida.

Así que cuando llegó el momento, pensó que sería capaz de aceptar cualquier justicia que se le hiciera erguido como un hombre. La única pregunta que quedaba era: ¿A cuántas más tendría que matar? Una pequeña parte de él le rogó que se detuviera, tratando de convencerlo de que su trabajo ya estaba hecho y que nadie más tenía que morir.

Claro que él estaba bastante seguro de que eso no era cierto.

Y lo peor de todo, la perspectiva de tener que salir y hacerlo de nuevo despertó una excitación dentro de él que ardía y resplandecía como el fuego que tenía delante de él

## CAPÍTULO TRES

Ella era muy consciente de que solo se debía al cambio de ambiente, pero el sexo en el desierto islandés, bajo el majestuoso remolino de la aurora boreal, fue increíble. La primera noche, cuando ella y Ellington terminaron su celebración, Mackenzie durmió mejor de lo que había dormido en mucho tiempo. Se durmió feliz, satisfecha físicamente y con la sensación de que una vida crecía en su interior.

Se despertaron a la mañana siguiente y tomaron un café muy amargo con una pequeña fogata en su campamento. Estaban en el noreste del país, acampando a unas ocho millas del lago Mývatn, y ella se sentía como si fueran las únicas personas en la faz de la tierra.

"¿Qué te parecería tomar pescado para desayunar?", le preguntó Ellington de repente.

"Creo que estoy bien con la avena y el café", dijo.

"El lago está a sólo ocho millas de distancia. Puedo sacar algunos peces para tener una auténtica comida de campamento".

"¿Sabes pescar?", preguntó ella, sorprendida.

"Solía hacerlo muy a menudo", dijo él. Tenía una mirada lejana en sus ojos, una que ella sabía desde hacía tiempo que significaba que cualquier cosa de la que hablaba era parte de su pasado y que probablemente estaba ligada a su primer matrimonio.

"Eso lo tengo que ver", dijo ella.

"¿Escucho un tono de escepticismo en tu voz?".

No dijo ni una palabra más cuando se puso de pie y se dirigió a su todoterreno de alquiler. "El pescado suena genial", dijo.

Se subieron al todoterreno y se dirigieron hacia el lago. Mackenzie disfrutaba de los campos abiertos y de los fiordos, que le hacían sentir como si estuviera en un cuento de hadas. Era un marcado contraste con el ajetreo al que se estaba acostumbrando en Washington DC. Ella miró a Ellington mientras él conducía hacia el lago Mývatn. Le parecía atractivo con su aspecto desaliñado, con el pelo todavía ligeramente despeinado tras pasar la noche en la tienda de campaña. Y aunque tenían planes de registrarse en un pequeño

motel para pasar la noche, principalmente para ducharse antes de regresar al campamento, Mackenzie tenía que admitir que había algo fascinante en verlo un poco mugriento, un tanto ordinario. De alguna manera, verlo así hacía mucho más fácil comprender la idea de que iba a pasar el resto de su vida con él.

Llegaron al lago veinte minutos después, y Ellington se sentó en un viejo y destartalado muelle con una caña de pescar alquilada entre las manos. Mackenzie sólo lo miraba, compartiendo nada más que una pequeña charla con él. Estaba disfrutando al verlo haciendo algo que ella ni siquiera había pensado que él pudiera disfrutar. Eso solo le hizo ver el hecho de que había mucho más sobre él de lo que tenía que ponerse al día, un pensamiento aleccionador mientras miraba al hombre con el que se había casado hacía sólo dos días.

Cuando él trajo su primer pez, ella se sorprendió mucho. Y para cuando él ya tenía tres en el muelle, arrojados en un pequeño cubo, estaba igualmente sorprendida de sí misma y del hecho de que se sintiera bastante atraída por este lado suyo. Se preguntaba en qué otras actividades al aire libre que él le había estado ocultando sería un experto.

Volvieron al campamento, con el Jeep apestando a los tres peces que acabarían siendo su desayuno. De vuelta en el lugar, ella vio que su experiencia con la pesca terminaba al sacarlos del agua. Fue un poco torpe limpiándolos y destripándolos; y aunque terminaron comiendo un delicioso pescado sobre una fogata, estaba hecho pedazos como si fueran un trapo viejo.

Hicieron planes para el día, planes que incluían montar a caballo, una excursión en cascada y un viaje al pequeño motel a las afueras de Reykjavík para ducharse y hacer una comida adecuada antes de volver a conducir a través de la hermosa campiña hasta el campamento al caer la noche. Y después de desayunar pescado fresco, llevaron a cabo ese plan paso a paso.

Todo fue muy onírico y, al mismo tiempo, una forma muy vívida de empezar su vida juntos. Hubo momentos, abrazándolo o besándolo en medio de este increíble paisaje, en que supo con certeza que recordaría todo esto durante toda su vida, quizás hasta su último respiro. Nunca se había sentido tan contenta en toda su vida.

Regresaron a su campamento, donde volvieron a atizar la hoguera. Luego, recién duchados y con una comida completa y opípara en sus estómagos, se retiraron a la tienda de campaña y

tuvieron una noche muy larga.

***

Cuando solo quedaban dos días de su luna de miel, se embarcaron en una excursión privada a los glaciares por el Golden Circle de Islandia. Era el único día del viaje en el que Mackenzie había tenido náuseas matutinas y, como resultado, decidió no aprovechar la oportunidad de escalar glaciares. Sin embargo, vio cómo Ellington participaba de ello. Disfrutó viéndolo hacer frente a la tarea como un niño muy ansioso. Era una parte de él que ella había visto de vez en cuando, pero nunca hasta ese punto. Entonces se dio cuenta de que era el mayor tiempo que habían pasado juntos fuera del trabajo. Había sido como un paraíso esporádico y le había abierto los ojos a cuánto lo amaba en realidad.

Cuando Ellington y el instructor comenzaron a descender por el glaciar, Mackenzie sintió cómo vibraba su teléfono celular en el bolsillo de su abrigo. Habían apagado todo el sonido al subir al avión para comenzar su luna de miel, pero, dadas sus carreras, no se habían permitido apagar los teléfonos del todo. Para ocuparse mientras Ellington bajaba del glaciar, sacó el teléfono y lo revisó.

Cuando vio el nombre de McGrath en la pantalla, se le hundió el corazón. Había estado en un estado de euforia estos últimos días. Ver su nombre le hizo creer que todo eso iba a tener un final bastante rápido.

"Al habla la agente White", dijo ella. Entonces pensó: Maldita sea… perdí mi primera oportunidad de referirme a mí misma como agente Ellington.

"Soy McGrath. ¿Cómo va todo por Islandia?".

"Es agradable", dijo ella. Y entonces, sin importarle un bledo aparentar vulnerabilidad delante suyo, se corrigió a sí misma. "Es increíble. Realmente hermoso".

"Bueno, entonces, vais a odiarme por llamaros, estoy seguro".

Entonces le dijo por qué estaba llamando, y tenía razón. Cuando terminó la llamada, estaba muy molesta con él.

Su corazonada había sido correcta. Y así sin más, su luna de miel



había terminado.

## CAPÍTULO CUATRO

La transición había sido bastante fácil. El apresuramiento y la prisa por su vuelo y luego tener que coger un vuelo de vuelta a DC hizo que la magia de su luna de miel se disolviera lentamente al cruzar los límites con la vida real. Mackenzie estaba muy contenta de sentir que algo de esa magia aún existía entre ellos, principalmente al darse cuenta de que incluso aquí, de vuelta en los Estados Unidos y envueltos en sus trabajos, todavía seguían estando casados. Islandia había sido mágico, sin duda, pero no había sido la única cosa que los había unido durante esos pocos días.

Lo que ella no esperaba era lo mucho que destacaba su anillo de bodas en su dedo anular cuando ella y Ellington entraron a la oficina de McGrath solamente catorce horas después de que él interrumpiera su luna de miel. No era tan ingenua como para sentir que eso la convertía en una persona nueva, pero sí lo veía como una señal de que había cambiado, de que era capaz de crecer. Y si eso era cierto en su vida personal, ¿por qué no en su vida profesional?

*Tal vez comience una vez que le digas a tu jefe que estás embarazada de quince semanas, pensó ella.*

Con ese pensamiento en su cabeza, también se dio cuenta de que el caso para el que habían sido llamados probablemente sería el último antes de que tuviera que confesar su embarazo, aunque la idea de tratar de localizar a los asesinos con un vientre abultado la hizo sonreír.

"Agradezco que hayáis venido enseguida", dijo McGrath. "Y también quiero felicitaros por vuestro matrimonio. Por supuesto, no me gusta la idea de que una pareja casada trabaje en conjunto. Pero quiero que esto se termine muy rápido, ya que podría haber pánico masivo en un campus universitario si no lo solucionamos muy pronto. Y no cabe duda de que vosotros dos trabajáis bien juntos, así que allá vamos".

Ellington la miró y sonrió ante el último comentario. Mackenzie se sentía casi desconectada debido a lo mucho que sentía por él. Era algo hermoso, pero también la hizo sentir un poco incómoda.

"La última víctima es una estudiante de segundo año de la Universidad Queen Nash en Baltimore. Christine Lynch. Fue asesinada en su cocina a última hora de la noche. Le habían quitado la camisa y

la encontraron en el suelo. Obviamente fue estrangulada. Por lo que tengo entendido, no había huellas en su cuello, lo que indica que el asesino llevaba guantes”.

“Así que el asesinato fue premeditado y no situacional”, dijo Mackenzie.

McGrath asintió con la cabeza y les pasó tres fotos de la escena del crimen por encima de su escritorio. Christine Lynch era una rubia muy bonita y, en las fotos, su cara estaba girada hacia la derecha. Llevaba maquillaje y, como había dicho McGrath, le habían quitado la camisa. Tenía un pequeño tatuaje en el hombro. Un gorrión, pensó Mackenzie. El gorrión parecía estar mirando hacia arriba, hacia el área donde comenzaban los moratones alrededor de su cuello; los moratones en su cuello eran obvios incluso en las fotos.

“La primera”, dijo McGrath, abriendo otra carpeta, “fue una joven de veintiún años llamada Jo Haley. También es estudiante de Queen Nash. La encontraron en su habitación, en la cama y completamente desnuda. El cuerpo había estado allí por lo menos tres días antes de que su madre llamara para reportar actividades sospechosas. Había signos de estrangulación, pero no tan viciosos como los que vemos en Christine Lynch. El CSI encontró evidencia de actividad sexual justo antes de su muerte, incluyendo un envoltorio de condón vacío”.

Deslizó las fotos de la escena del crimen hacia ellos. Había más fotos de Jo Haley, principalmente de los moratones alrededor de su cuello donde parecía que alguien la había estrangulado. Ella, al igual que Christine Lynch, era bastante atractiva. También era muy delgada, casi hasta el punto de parecer esquelética.

“¿Así que la única pista real que tenemos es que dos chicas bonitas que estudian en Queen Nash han sido asesinadas, probablemente durante o justo antes de que las penetraran?”, preguntó Mackenzie.

“Sí”, dijo McGrath. “Dada la hora estimada de la muerte de Jo Haley, fueron asesinadas con no más de cinco días de diferencia”.

“¿Tenemos horas estimadas de la noche en que fueron asesinadas?”, preguntó Mackenzie.

"No. Nada concreto, aunque sabemos que se había visto a Christine Lynch en el apartamento de su novio hasta la una de la madrugada del miércoles. Su novio descubrió su cuerpo al día siguiente cuando fue a su apartamento”.

Ellington estudió la última de las fotos y se las devolvió a McGrath. “Señor, con todo respeto, ahora soy un hombre casado. Ya no puedo acercarme a mujeres jóvenes y bonitas en los campus universitarios”.

McGrath volvió la vista hacia el cielo y miró a Mackenzie. “Os deseo la mejor de las suertes con esto”, dijo, asintiendo hacia Ellington. “Con toda seriedad… quiero que resolváis esto tan pronto como sea posible. Las vacaciones de invierno terminan la semana que viene y no quiero que cunda el pánico en el campus cuando todos estos estudiantes regresen de sus casas”.

Como si pudiera cambiar de personalidad con solo pulsar un botón, Ellington se volvió todo formalidad en un instante. “Tomaré los archivos del caso y empezaremos de inmediato”.

“Gracias. Y en serio… disfrutad de este caso juntos. No creo que sea buena idea que trabajéis juntos ahora que estáis casados. Considerad este caso como mi regalo de bodas para vosotros dos”.

“Lo cierto, señor”, dijo Mackenzie, incapaz de evitarlo, “es que hubiera preferido una cafetera”.

Apenas pudo creerlo cuando un atisbo de sonrisa hizo aparición en los labios de McGrath. Lo reprimió de inmediato mientras Mackenzie y Ellington salían de su despacho con su primer caso como marido y mujer y, consecuentemente, su último caso como equipo.

## CAPÍTULO CINCO

Siguiendo el enfoque habitual de Mackenzie, comenzaron con la escena del crimen más reciente. Era el equivalente a mirar un cadáver que todavía estaba caliente, un cuerpo caliente que era mucho más propenso a dar pistas o indicaciones que un cuerpo que hubiera estado frío durante un tiempo. De camino a Maryland, Mackenzie había leído los archivos del caso en voz alta mientras Ellington conducía.

Cuando llegaron al apartamento de Christine en Baltimore, fueron recibidos por un representante del departamento de policía local. Era un caballero mayor, probablemente en su último o penúltimo año en la policía al que encargaban de la limpieza en este tipo de casos.

“Encantado de conoceros”, dijo, estrechando sus manos con la clase de buen humor que le hacía casi odioso. “Ayudante Wheeler. He estado supervisando esto”.

“Agentes White y Ellington”, dijo Mackenzie, dándose cuenta otra vez de que todavía no estaba segura de cómo referirse a sí misma. No era algo que Ellington y ella hubieran discutido todavía, aunque su certificado de matrimonio se refería a ella como Mackenzie Ellington.

“¿Qué puede decirnos desde su perspectiva?”, preguntó Ellington cuando entraron al apartamento de Christine Lynch.

“Bueno, llegamos aquí, mi compañero y yo, nos reunimos con el novio y entramos. Estaba justo ahí, en el piso de la cocina. Se había quitado la camisa, que estaba tirada a un lado. Sus ojos todavía estaban abiertos. Estaba muy claro que le habían estrangulado y no había signos de forcejeo ni nada parecido”.

“Estaba nevando la noche en que ocurrió”, dijo Ellington. “¿No había huellas húmedas en el pasillo?”.

“No. Por lo que sabemos, el novio no llegó hasta la tarde siguiente. Podrían haber pasado entre diez y dieciséis horas entre la última vez que la vio y el momento en que fue asesinada”.

“¿Entonces era una escena limpia?”, preguntó Mackenzie.

“Sí. No hay pistas, ni huellas de nieve o mojadas. Nada de interés”.

Mackenzie pensó en lo que había leído en los archivos del caso, particularmente en una nota bastante personal que el juez de instrucción había añadido al archivo hacía menos de seis horas. Al preparar el cuerpo para el examen, habían encontrado indicios de excitación sexual al quitarle la ropa interior a Christine. Esto, por supuesto, podría haber sido el resultado del tiempo que había pasado con el novio, pero si la habían encontrado aquí, sin camisa y en la cocina… en fin, eso apuntaba al hecho de que quizás alguien se había encontrado con ella aquí después de que ella dejara el apartamento de su novio. Y tal vez no quisieron tomarse el tiempo para llegar hasta el dormitorio.

"¿La policía local pidió ver las cintas de seguridad?", preguntó Mackenzie. "Noté al menos dos en los lados del edificio cuando entramos".

"Tenemos a alguien trabajando en eso ahora mismo", dijo Wheeler. "Lo último que supe, que fue hace dos horas, es que no hay nada importante en el video. Podéis comprobarlo vosotros mismos, claro está".

"Puede que te tomemos la palabra"", dijo Mackenzie al salir de la cocina y entrar en la sala de estar.

Christine había vivido una vida muy pulcra. Su pequeña estantería al lado derecho de la sala de estar estaba bien apilada y los títulos, muchos de los cuales eran biografías y viejos libros de texto de ciencias políticas, estaban colocados por orden alfabético. Había algunas fotografías colocadas por aquí y por allá en las dos mesitas de noche y en las paredes. La mayoría de ellas eran de Christine y de una mujer que evidentemente era su madre.

Luego se trasladó al dormitorio y miró a su alrededor. La cama estaba hecha y el resto de la habitación era tan decorosa como la sala de estar. Los pocos objetos que había descolocados sobre su mesita de noche y su escritorio revelaron muy poco: bolígrafos, algunas monedas, un cargador para el iPhone, un panfleto para un político local, un vaso con sólo un trago de agua dentro. Era evidente que no había ocurrido nada de una naturaleza física en esta habitación la noche en que Christine había muerto.

Esto planteó muchas preguntas y conclusiones, todas las cuales Mackenzie ordenó en su cabeza mientras regresaba a la cocina.

*Alguien se encontró con ella aquí cuando regresó del apartamento de*

*su novio. ¿Le esperaba o la sorprendieron?*

*El hecho de que su cuerpo fuera descubierto dentro del apartamento y que se hubiera quitado la camisa probablemente significaba que, fuera la visita esperada o por sorpresa, invitó al asesino a entrar. ¿Lo invitó a pasar sin tener la menor idea de que estaba en peligro?*

Cuando ella volvió a la cocina, Ellington estaba tomando notas mientras hablaba con el ayudante Wheeler. Ellington y Mackenzie se miraron y asintieron. Era una de las muchas maneras en que habían aprendido a estar en sintonía en el trabajo, un lenguaje no verbal que les ahorraba muchas interrupciones y momentos incómodos.

"Bueno, ayudante Wheeler, creo que ya tenemos lo que necesitamos", dijo Ellington. "Por casualidad, ¿también te encargaron del asesinato de Jo Haley de hace unos días?".

"No. Pero sé lo suficiente sobre el caso para ayudaros si así lo necesitáis".

"Genial. Te llamaremos si llega el momento".

Wheeler pareció contentarse con esto, sonriendo a ambos cuando salieron del apartamento de Christine Lynch. Afuera, Mackenzie miró hacia la acera, donde había pocos indicios de que hubiera nevado. Sonrió ligeramente al darse cuenta de que probablemente Ellington y ella estaban a punto de casarse cuando esta pobre chica murió.

*Christine Lynch nunca tendrá el privilegio de una boda o de un esposo, pensó Mackenzie. La hizo sentir una punzada de dolor por la mujer, un dolor que se profundizó cuando se dio cuenta de que había otro rito de feminidad que ella tampoco sentiría jamás.*

Envuelta en esa tristeza, Mackenzie puso una mano sobre su abdomen apenas abultado, como si estuviera protegiendo lo que había dentro.

***

Después de una llamada a la oficina, Mackenzie y Ellington descubrieron que el novio de Christine era un compañero de 22 años de Queen Nash. Trabajaba a tiempo parcial en una oficina de salud pública para meter un pie en cualquier profesión que le esperara después de graduarse con su título en salud pública. Lo encontraron

no en el trabajo, sino en su apartamento, y por lo visto la pérdida de Christine le había afectado mucho más que a un típico novio.

Cuando llegaron a su apartamento, Clark Manners estaba limpiando concienzudamente lo que ya parecía ser un apartamento limpio y reluciente. Estaba claro que no había dormido bien recientemente; sus ojos estaban vidriosos y caminaba como si alguna fuerza invisible tuviera que empujarlo. Sin embargo, pareció entusiasmado de invitarles a su apartamento, deseoso de llegar al fondo de lo que había sucedido.

"Mira, no soy estúpido", dijo mientras se sentaban en su inmaculada sala de estar. "Quienquiera que la haya matado.... iban a violarla, ¿verdad? Por eso se quitó la camisa, ¿no?".

Mackenzie se había preguntado eso mismo, pero las fotos de la escena del crimen contaban una historia diferente. Cuando Christine se había caído al suelo, lo había hecho sobre la camisa. Eso parecía indicar que se había quitado la camisa con bastante facilidad y que la había dejado tirada en el suelo. Si Mackenzie tuviera que apostar, apostaría a que Christine se la había quitado ella misma, probablemente para quienquiera que hubiera invitado a entrar, quienquiera que hubiera terminado matándola. Además... Mackenzie no estaba tan segura de que el asesino tuviera la intención de violar a Christine. Si hubiera querido, podría haberlo hecho. No.... Mackenzie pensó que había venido a matarla y eso era todo.

No obstante, este pobre hombre no necesitaba saber eso.

"Es demasiado pronto para saberlo", dijo Mackenzie. "Hay varias maneras diferentes en las que podría haber ocurrido. Y esperábamos que pudieras darnos algunas ideas que nos ayudaran a entenderlo todo".

"Claro, claro", dijo Clark, que claramente necesitaba una larga siesta y menos café. "Haré todo lo que pueda hacer".

"¿Puede describir la naturaleza de tu relación con Christine?", preguntó Ellington.

"Llevábamos saliendo unos siete meses. Esta era la primera relación de verdad que he tenido, la primera que duró más de dos o tres meses. La amaba... lo supe después de un mes".

"¿Había alcanzado ya un nivel físico?", preguntó Mackenzie.

Con una mirada lejana en sus ojos, Clark asintió. “Sí. Eso llegó bastante rápido”.

“Y la noche en que fue asesinada”, dijo Mackenzie, “entiendo que ella acababa de llegar de aquí, de este apartamento. ¿Se quedaba a dormir a menudo?”.

“Sí, una o dos veces por semana. Yo también me quedaba aquí a veces. Me dio una llave para que viniera y me quedara en casa cuando quisiera hace unas semanas. Así es como pude entrar en su casa… así es como la encontré…”.

¿Por qué no se quedó allí esa noche?”, preguntó Ellington. “Era tarde cuando se fue. ¿Hubo alguna discusión entre vosotros dos?”.

“No. Por Dios, rara vez discutimos sobre algo. No…. habíamos estado bebiendo y yo había bebido demasiado. Le di un beso de buenas noches mientras todavía estaba aquí con algunos de mis amigos. Me fui a la cama y perdí el conocimiento, creo que estaba un poco enfermo. Estaba seguro de que se acabaría uniendo a mí, pero cuando me desperté a la mañana siguiente, se había marchado”.

“¿Crees que alguno de tus amigos podría haberla llevado en su coche?”, preguntó Mackenzie.

“Les pregunté a todos y me dijeron que no. Incluso si se hubieran ofrecido, Christine habría dicho que no. Es que, bueno, son sólo tres manzanas y a ella le gusta el clima frío… le gusta caminar cuando nieva. Es de California, así que la nieve es una cosa mágica, ¿sabes? Además, me acuerdo de que… esa noche estaba emocionada porque había nieve en el pronóstico del tiempo. Estaba bromeando sobre salir a pasear en la nieve”.

“¿Cuántos amigos estaban aquí contigo esa noche?”.

“Incluyendo a Christine, éramos seis en total. Por lo que tengo entendido, todos se fueron no mucho después de que ella lo hiciera”.

“¿Podemos obtener sus nombres e información de contacto?”, preguntó Ellington.

“Claro”, dijo, sacando su teléfono y comenzando a localizar la información.

“¿Es normal que tengas tanta gente en casa en una noche entre semana?”, preguntó Mackenzie.

“No. Sólo nos estábamos reuniendo para un último homenaje antes de que las vacaciones de invierno llegaran a su fin. Las clases empiezan la semana que viene, ¿sabes? Y entre los horarios del trabajo y las visitas a la familia, era el único momento en que podíamos reunirnos”.

“¿Tenía Christine algún amigo fuera de tu grupo?”.

“Unos pocos. Era una especie de introvertida. Nos tenía a mí y a dos de mis amigos con los que salía, pero eso era todo. También era muy íntima con su madre. Creo que su madre planeaba venir aquí antes del fin del semestre, para mudarse aquí definitivamente”.

“¿Has hablado con su madre después de que sucediera todo esto?”.

“Así es”, dijo. “Y fue raro porque fue la primera vez que hablé con la mujer. La estaba ayudando con...”.

Se detuvo aquí, y sus ojos cansados mostraron signos de lágrimas por primera vez.

“...con los preparativos del funeral. Creo que la van a incinerar aquí en la ciudad. Voló anoche y se hospedó en un hotel por aquí”.

“¿Algún otro familiar con ella?”, preguntó Mackenzie.

“No lo sé”. Se agachó y miró al suelo. Estaba exhausto y triste, una mezcla que parecía haberle acabado devastando.

“Te dejaremos solo por ahora”, dijo Mackenzie. “Si no te importa, ¿tienes la información del hotel de la Sra. Lynch?”

“Sí”, dijo, sacando lentamente su teléfono. “Espera un momento”.

Mientras obtenía la información, Mackenzie le miró a Ellington. Como siempre, él estaba super alerta, mirando alrededor del lugar para asegurarse de que no se les había pasado por alto nada obvio. Ella también notó, sin embargo, que estaba jugueteando con su anillo de bodas mientras estudiaba el lugar, girándolo lentamente alrededor de su dedo.

Luego volvió a mirar a Clark Manners. Mackenzie estaba bastante segura de que podrían acabar interrogándolo de nuevo, y que probablemente sería pronto. El hecho de que estuviera limpiando obsesivamente su casa después de la muerte de su novia tenía sentido

desde un punto de vista psicológico, pero también podía ser interpretado como un intento de deshacerse de cualquier evidencia.

Pero ella había visto a gente quebrantada por el dolor antes y sentía en lo más profundo de su ser que lo más seguro es que Clark fuera inocente. Nadie podría fingir este tipo de dolor y esa incapacidad para dormir bien. Sin embargo, era posible que necesitaran hablar con algunos de sus amigos en algún momento.

Cuando Clark encontró la información, le entregó su teléfono a Mackenzie para que pudiera copiarla. También anotó los nombres y números que Clark había sacado de todos los amigos que habían estado en su apartamento la noche que Christine fue asesinada. Al anotar la información, se dio cuenta de que también había estado girando su anillo de bodas inconscientemente. Ellington se había dado cuenta de que lo hacía, y había logrado sonreírle rápidamente a pesar de la situación. Dejó de girar el anillo al tomar el teléfono de las manos de Clark.

***

Margaret Lynch era exactamente lo contrario de Clark Manners. Estaba tranquila y reposada, y recibió a Mackenzie y a Ellington con una sonrisa cuando se reunieron con ella en el vestíbulo del hotel Radisson en el que se estaba alojando. Sin embargo, los llevó a un sofá cerca de la parte de atrás del vestíbulo, mostrando su primera señal de debilidad.

“Si acabo llorando, preferiría no hacerlo delante de todo el mundo”, comentó, acurrucándose en el sofá como si estuviera bastante segura de que esto iba a suceder.

“Me gustaría empezar preguntando si conoces bien a Clark Manners”, dijo Mackenzie.

“Bueno, hablé con él por primera vez hace dos días, después de todo lo que había pasado, pero Christine lo había mencionado varias veces por teléfono. Creo que le caía muy bien”.

“¿Hay alguna sospecha de su parte?”.

“No. Por supuesto, no conozco al chico, pero basándome en lo que Christine me dijo de él, no lo veo haciendo algo como esto”.

Mackenzie notó que la señora Lynch estaba haciendo todo lo que podía para evitar palabras como "asesinado" o "matado". Pensó que la mujer era capaz de mantenerse bajo control porque estaba haciendo un buen trabajo distanciándose de ella. Probablemente eso había sido facilitado por el hecho de que ambas habían estado viviendo en lugares distintos del país durante un tiempo.

"¿Qué puede decirme sobre la vida de Christine aquí en Baltimore?", preguntó Mackenzie.

"Bueno, comenzó a ir a la universidad en San Francisco. Ella quería ser abogada, pero la universidad y esa cantidad de cursos... no encajaron bien con ella. Tuvimos una larga charla sobre su solicitud para la Universidad Queen Nash. Una larga charla. Su padre falleció cuando ella tenía once años y, en realidad, solo hemos sido Christine y yo desde entonces. Sin tíos ni tías. Siempre ha sido una familia pequeña. Tiene una abuela que todavía vive, pero sufre de demencia y está en una residencia cerca de Sacramento. No sé si lo sabes o no, pero la voy a incinerar aquí, en Baltimore. No tiene sentido pasar por el proceso de llevarla de vuelta a California sólo para que le hagan lo mismo allí. No tenemos vínculos con la zona, en realidad. Y sé que ella disfrutó mucho por aquí, así que...".

*Esta pobre mujer va a estar completamente sola, pensó Mackenzie. Siempre era consciente de este tipo de cosas cuando entrevistaba e interrogaba a la gente, pero este pensamiento pareció chocar contra ella como si se tratara de una roca.*

"De todos modos, ingresó y en un solo semestre, supo que le encantaba estar aquí. Siempre le preocupó mucho que yo fuera una anciana solitaria que vivía sola sin ella. Se mantenía en contacto, llamando dos veces por semana. Me contaba cómo iban las clases y, como dije, terminó hablándome de Clark".

"¿Qué dijo sobre él?", preguntó Ellington.

"Sólo que era guapo y muy gracioso. De vez en cuando mencionaba que no era muy estimulante y que tenía una tendencia a beber demasiado cuando estaban en situaciones sociales".

"¿Pero nada negativo?".

"No que yo recuerde".

"Le ruego que me perdone por preguntarle esto", dijo Mackenzie, "pero ¿sabe si se veían en exclusividad? ¿Cabe la posibilidad de que

Christine también se estuviera viendo con alguien más?”.

La señora Lynch pensó en esto durante un momento. No pareció ofenderse por la pregunta; permaneció tan tranquila como cuando habían llegado al vestíbulo para reunirse con ella. Mackenzie se preguntó en qué momento la pobre mujer iba a acabar por romper a llorar.

“Nunca mencionó ninguna competencia por su amor”, dijo la señora Lynch. “Y creo que sé por qué lo preguntas. Me dijeron cómo estaba la escena, que estaba en topless y todo eso. Acabé asumiendo que...”.

Se detuvo aquí y se tomó un momento para recomponerse. Las palabras que venían a continuación hicieron que algo se removiera en sus adentros, pero se las arregló para reprimirlo antes de que las emociones se apoderaran de ella. Cuando volvió a hablar, aún tenía un rostro impasible.

"Simplemente asumí que era una violación que había salido mal. Que tal vez el hombre se frustró por alguna razón y no fue capaz de hacerlo. Pero supongo que hay una posibilidad de que hubiera otro hombre en su vida. Si lo había, yo no lo sabía”.

Mackenzie asintió. La teoría de la supuesta violación también le había pasado por la cabeza, pero la forma en que la camisa había sido tirada al suelo y el hecho de que su cabeza yaciera al azar sobre ella... nada de eso parecía tener sentido.

“Bueno, señora Lynch, no queremos molestarla más de lo necesario”, dijo Mackenzie. “¿Cuánto tiempo piensa quedarse en la ciudad?”.

“Aún no lo sé. Tal vez un día o dos después del servicio”. Al decir la palabra servicio, su voz se quebró levemente.

Ellington le dio una de sus tarjetas de visita al ponerse de pie. “Si se le ocurre algo o escucha algo durante el funeral o los servicios, por favor, háganoslo saber”.

“Por supuesto. Y gracias por investigar esto”. La señora Lynch parecía triste cuando Mackenzie y Ellington se fueron. Supongo que sí, pensó Mackenzie. Está sola en una ciudad que no conoce, donde ha venido para encargarse de su hija fallecida.

La señora Lynch los acompañó hasta la puerta y les hizo señas

para que se fueran mientras caminaban hacia su coche. Fue el primer momento en que Mackenzie se dio cuenta de que sus hormonas estaban oficialmente alteradas como resultado de su embarazo. Ella estaba empatizando con Margaret Lynch de una manera que no podría haber sentido antes de saber que estaba embarazada. Crear vida, criarla y nutrirla sólo para que te la arrebaten de una manera tan brutal... tenía que ser de lo más espeluznante. Mackenzie se sentía absolutamente desdichada por la señora Lynch cuando ella y Ellington salieron de nuevo al tráfico de la ciudad.

Y así sin más, Mackenzie sintió un arrebato de determinación. Siempre había tenido una pasión por corregir los errores, por llevar a los asesinos y a otros hombres y mujeres malvados ante la justicia. Daba igual que se tratara de hormonas o no, ella se comprometió a encontrar al asesino de Christine Lynch, aunque no por otra razón que la de proporcionarle a Margaret Lynch la tranquilidad de un final.

## CAPÍTULO SEIS

El primer nombre en la lista de amigos que Clark Manners les había dado era un tipo llamado Marcus Early. Cuando intentaron contactarlo, la llamada fue directamente al buzón de voz. Luego probaron con el segundo nombre de la lista, Bethany Diaggo, y pudieron concertar una entrevista para ese mismo momento.

Conocieron a Bethany en su lugar de trabajo, un bufete de abogados en el que trabajaba como pasante como parte de sus estudios en Queen Nash. Como ya se acercaba la hora de la cena, simplemente salió media hora antes y se reunió con ellos en una de las pequeñas salas de conferencias en la parte trasera del edificio.

"Tenemos entendido que estabas en el apartamento de Clark Manners la noche que Christine fue asesinada", dijo Mackenzie. "¿Qué puedes decirnos acerca de esa noche?".

"Sólo nos juntamos para divertirnos un poco. Bebimos un poco, tal vez demasiado. Jugamos algunos juegos de cartas, vimos algunas repeticiones de The Office, y eso fue todo".

"¿Así que no hubo discusiones de ningún tipo?", preguntó Mackenzie.

"No. Pero vi que Christine estaba empezando a irritarse con Clark. A veces, cuando bebe, tiende a pasarse un poco, ¿sabes? No dijo nada esa noche, pero se notaba que empezaba a irritarse".

"¿Sabes si alguna vez causó problemas con ello en el pasado?".

"Que yo sepa, no. Creo que Christine sabía manejarlo. Estoy bastante segura de que ella sabía que su relación no era para siempre".

"Bethany, ¿conociste a una joven llamada Jo Haley? Más o menos de tu edad, ¿también estudiante de Queen Nash?".

"Lo cierto es que sí", dijo ella. "No tan bien como conocía a Christine, pero éramos conocidas, aunque rara vez saliéramos juntas, claro que, si nos cruzábamos en un bar o algo así, generalmente terminábamos sentándonos juntas para charlar".

"Supongo que sabes que también le asesinaron a ella hace unos

cuantos días", preguntó Ellington.

"Así es. Como una de esas ironías crueles, fue Christine quien me dio la noticia".

"¿Sabes cómo se enteró?", preguntó Mackenzie.

"Ni idea. Creo que compartían algunas de las mismas clases. Oh, y también tenían el mismo asesor académico".

"¿Asesor académico?", preguntó Ellington. "¿No es eso más que una forma elegante de decir consejero?".

"Más o menos", dijo Bethany.

"¿Y estás segura de que Jo y Christine tenían el mismo?", preguntó Mackenzie.

"Eso es lo que Christine me dijo. Lo mencionó cuando me dijo que Jo había sido asesinada. Dijo que le tocaba demasiado de cerca". Bethany se detuvo aquí, quizás entendiendo por primera vez la terrible premonición del comentario.

"¿Sabes por casualidad el nombre de ese consejero?", preguntó Mackenzie.

Bethany pensó por un momento y luego sacudió la cabeza. "Lo siento. No. Lo mencionó cuando hablábamos de Jo, pero no me acuerdo".

*No es problema, pensó Mackenzie. Una llamada rápida a la universidad nos proporcionará esa información.*

"¿Hay algo más sobre Jo o Christine que puedas decirnos?", preguntó Mackenzie. "¿Algo que pueda darle a alguien una razón para querer verlas muertas?".

"Nada en absoluto", dijo ella. "No tiene ningún sentido. Christine estaba muy concentrada en sus estudios y no le iba para nada el drama. Solo iba a la universidad e intentaba darle un comienzo rápido a su carrera. Pero no conocía a Jo lo suficiente como para juzgarla".

"Bueno, gracias por tu tiempo", dijo Mackenzie.

Mientras salían de la oficina y Bethany se preparaba para salir a pasar el día, Mackenzie trató de imaginar a estas dos mujeres muertas cruzando sus caminos en los pasillos y vestíbulos de la universidad.

Tal vez pasaban la una al lado de la otra cuando una salía de la oficina de su consejero mientras que la otra caminaba hacia una cita. La idea era un poco espeluznante, pero ella sabía muy bien que cosas como ésta solían ocurrir con bastante frecuencia en los casos de asesinato en los que había más de una víctima.

"Las oficinas de la universidad aún están cerradas por vacaciones", señaló Ellington al regresar al coche. "Estoy bastante seguro de que reabrirán mañana".

"Sí, pero asumo que hay algún tipo de directorio de empleados en su página web. En base a algunos de los libros que vi en el apartamento de Christine y algo de literatura política en su dormitorio, creo que podemos asumir con certeza que era una estudiante de ciencias políticas. Podríamos reducirlo de ese modo".

Antes de que Ellington pudiera decirle que era una buena idea, Mackenzie ya estaba conectando con su teléfono. Abrió su navegador web y comenzó a recorrer los enlaces. Pudo encontrar un directorio, pero, como había supuesto, no había números directos o personales; todos eran números de las oficinas de los asesores. Aun así, localizó a los dos asesores que habían sido asignados específicamente al departamento de ciencias políticas y dejó mensajes de voz para cada uno de ellos, pidiéndoles que la llamaran en cuanto recibieran el mensaje.

Tan pronto como terminó con eso, siguió buscando un poco más, esta vez a través de su lista de contactos.

"¿Y ahora qué?", preguntó Ellington.

"Sólo hay dos de ellos", dijo. "Veamos si podemos comprobar sus antecedentes y ver si hay algo que nos alerte".

Ellington asintió, sonriendo ante su pensamiento veloz. Él la escuchó mientras ella enviaba la solicitud de información. Mackenzie podía sentir sus ojos revoloteando sobre ella de vez en cuando, con su mirada atenta y considerada.

"¿Cómo te sientes?", le preguntó Ellington.

Mackenzie sabía lo que él quería decir, que se estaba desviando del caso y preguntándole por el bebé. Ella se encogió de hombros, viendo que no tenía sentido mentirle. "Todos los libros dicen que las náuseas deberían terminar pronto, pero no me lo creo. Ya las sentí un par de veces hoy. Y, si te soy sincera, estoy bastante cansada".

“Entonces tal vez necesites volver a casa”, dijo. “Odio sonar como la clase de marido dominante, pero... bueno, realmente preferiría que ni tú ni mi bebé sufrierais ningún daño”.

“Ya lo sé, pero esto se trata de una serie de asesinatos en un campus universitario. Dudo que se ponga peligroso. Probablemente es sólo un tipo con mucha testosterona que se excita matando mujeres”.

“Me parece justo”, dijo Ellington. “Pero, ¿serás honesta conmigo y me dirás si empiezas a sentirte débil o demasiado cansada?”

“Sí. Lo haré”.

La miró con desconfianza, aunque juguetonamente, como si no estuviera seguro de si debía confiar en ella. Luego se acercó y le tomó la mano mientras se dirigían hacia el centro de la ciudad para buscar un hotel para pasar la noche.

***

Apenas habían tenido tiempo de instalarse en su habitación cuando sonó el teléfono de Mackenzie. Ignorando el número desconocido, lo contestó de inmediato. Podía sentir el tictac del reloj que McGrath había puesto sobre ellos, marcando cada segundo. Sabía que, si esto no se resolvía para cuando las clases comenzaran la próxima semana, en sólo cinco días, a decir verdad, sería cada vez más difícil terminar una vez todos los estudiantes estuvieran de vuelta.

“Al habla la agente White”, dijo ella, respondiendo a la llamada.

“Agente White, soy Charles McMahon, asesor académico de la Universidad Queen Nash. Te estoy devolviendo un mensaje que me dejaste”.

“Genial, gracias por la urgencia. ¿Estás en la universidad ahora mismo?”.

“No. Tengo un montón de trabajo ahora mismo, así que redirigí todo mi correo de voz de la oficina a mi teléfono personal”.

“Oh, ya veo. Bueno, me preguntaba si podría responder algunas preguntas sobre un asesinato reciente”.

“¿Asumo que es sobre Jo Haley?”.

“Lo cierto es que no. Ha habido otro asesinato, hace dos días. Otra estudiante de Queen Nash. Una joven llamada Christine Lynch”.

“Eso es terrible”, dijo, sonando genuinamente sorprendido. “¿Es... bueno, con dos mujeres en tan poco tiempo... crees que hay una pauta? ¿Un asesino en serie?”.

“Aún no lo sabemos”, dijo Mackenzie. “Esperábamos que pudieras rellenar los huecos. Vi en el sitio web de la universidad que sólo hay dos asesores académicos para el departamento de ciencias políticas, y que tú eres uno de ellos. También sé que tanto Jo Haley como Christine Lynch compartían el mismo asesor. ¿No serás tú por casualidad?”.

Se escuchó una risita nerviosa y tensa de McMahon al otro lado del teléfono. “No. Y de hecho, esa es una de las razones principales de que tenga asignado tanto trabajo en este momento. El otro asesor académico de nuestro departamento, William Holland, dejó su puesto unos tres días antes de las vacaciones de invierno. Ahora me encargo de la mayoría de sus estudiantes... y probablemente me tenga que encargar de todo ello hasta que encuentren un sustituto. Tenemos un asistente que me ayuda cuando lo necesito, pero he estado muy ocupado”.

“¿Tienes alguna idea de por qué renunció Holland?”.

“Bueno, hubo rumores de que se había involucrado con una estudiante. Hasta donde yo sé, nunca hubo ninguna prueba que sustentara esto, así que pensé que era sólo un rumor. Entonces, cuando simplemente renunció, así sin más, hizo que me preguntara si había algo de cierto en todo ello”.

*Sí, eso hace que yo también me lo pregunte, pensó Mackenzie.*

“Por lo que usted sabe, ¿hizo alguna vez algo más que pudiera haber sido turbio? ¿Era el tipo de hombre que se sorprendía con noticias como ésta?”.

“No puedo responder con certeza. Quiero decir.... solamente lo conocía porque trabajábamos juntos, pero no lo conocía mucho fuera del trabajo”.

“¿Así que voy a asumir que no tienes ni idea de dónde puede vivir?”.

“Lo siento, no”.

“Ya que lo tengo.... señor McMahon, ¿cuándo fue la última vez que habló con Jo o Christine?”.

“Nunca hablé con ellas. Me asignaron a ambas cuando me entregaron los estudiantes de Holland, pero la única vez que me comuniqué con ellas fue por medio de un correo electrónico masivo que se envió a todos los estudiantes afectados”. Se detuvo aquí y añadió: “Sabes qué, dada la naturaleza de todo lo que ha sucedido, probablemente podría conseguir la dirección de Holland para ti. Sólo necesito hacer unas llamadas”.

“Te lo agradecería”, dijo Mackenzie. “Pero no lo necesitamos. También yo puedo conseguir esa información. Pero muchas gracias por tu tiempo”.

Dicho eso, Mackenzie terminó con la llamada. Ellington, sentado al borde de la cama con un zapato quitado y el otro puesto, había estado escuchando todo el tiempo.

“¿Quién es Holland?”, preguntó.

“William Holland”. Le contó a Ellington de lo que se había enterado gracias a su breve conversación con McMahon. Al hacerlo, también se sentó al borde de la cama. No se dio cuenta de lo cansada que estaba hasta que se le cayeron los pies del suelo.

“Haré una llamada para obtener su información”, dijo. “Si trabaja en la universidad, es muy probable que viva por aquí”.

“Y si es nuestro hombre”, dijo Mackenzie, “probablemente mi llamada y el mensaje que he dejado le han asustado”.

“Entonces supongo que tenemos que movernos con rapidez”.

Mackenzie asintió con la cabeza y se dio cuenta de que había vuelto a poner su mano sobre su estómago. Ahora era algo casi habitual, como alguien que se muerde las uñas o se golpea los nudillos con nerviosismo.

*Hay vida aquí dentro, pensó ella. Y esta vida, si los libros son correctos, está sintiendo las mismas emociones que yo siento. Está sintiendo mi ansiedad, mi felicidad, mis miedos....*

Mientras escuchaba a Ellington buscando una dirección física para William Holland, Mackenzie se preguntó por primera vez si había cometido un error al ocultarle el embarazo a McGrath. Tal vez estaba

tomando un gran riesgo al seguir como agente en activo, en el campo.

*Una vez que este caso termine, se lo diré, pensó ella. Me centraré en el bebé y en mi nueva vida, y-*

Aparentemente, sus pensamientos habían captado toda su atención, porque Ellington la estaba mirando ahora, como si esperara una respuesta.

“Lo siento”, dijo ella. “Estuve en Babia durante un minuto”.

Ellington sonrió y le dijo: “Está bien. Tengo la dirección de William Holland. Vive aquí en la ciudad, en Northwood. ¿Te apetece hacerle una visita?”.

Si era honesta, lo cierto es que no le apetecía. El día no había sido demasiado agotador, pero al meterse de lleno en un caso después de un viaje a Islandia y de no haber dormido mucho en las últimas treinta y seis horas, todo esto estaba empezando a afectarla. Mackenzie también sabía que el bebé que crecía dentro de ella estaba absorbiendo parte de su energía y pensar en eso la hacía sonreír de verdad.

Además, aunque el tipo fuera digno de interrogarlo o de ponerlo bajo custodia, probablemente no tardarían tanto. Así que puso su mejor cara y se levantó.

“Sí, vayamos a hacerle una visita”.

Ellington se paró frente a ella, asegurándose de que estuvieran de acuerdo. “¿Estás segura? Pareces cansada. Además, hace menos de media hora que me dijiste que te sentías un tanto agotada”.

“Está bien. Puedo hacer eso”.

La besó en la frente y asintió. “De acuerdo, entonces. Voy a creer en tu palabra”. Con otra sonrisa, se inclinó y acarició su abdomen antes de dirigirse a la puerta.

*Está preocupado por mí, pensó ella. Y ya está tan enamorado de este niño que es abrumador. Va a ser tan buen padre…*

Sin embargo, antes de que ella pudiera aferrarse a ese pensamiento, salieron por la puerta y se dirigieron hacia el coche. Se movieron con tal rapidez y propósito que le sirvió como recordatorio de que ella no sería capaz de concentrarse verdaderamente en sus

pensamientos sobre su futuro juntos hasta que este caso estuviera resuelto.

## CAPÍTULO SIETE

Eran poco después de las siete de la tarde cuando Ellington aparcó su coche frente a la casa de William Holland. Era una pequeña casa escondida en los bordes exteriores de una coqueta subdivisión, el tipo de casa que se parecía más a una cabaña fuera de lugar que a cualquier otra cosa. Había un solo coche aparcado en el pavimento asfaltado y había varias luces encendidas dentro de la casa.

Ellington llamó a la puerta de una manera casi asertiva. No estaba siendo grosero al respecto de ninguna manera, pero le estaba dejando claro a Mackenzie que, como estaba preocupado por su salud, él tomaría la iniciativa en casi todas las facetas del caso: conducir, llamar a las puertas, y así con todo lo demás.

Un hombre bien cuidado que parecía tener más de cuarenta años salió a abrirles la puerta. Llevaba un par de gafas de aspecto moderno y llevaba puestos una chaqueta y unos caquis. En base al olor que salía de la puerta por detrás suyo, estaba comiendo algo de comida china para cenar.

“¿William Holland?”, preguntó Ellington.

“Sí. ¿Y quiénes sois vosotros?”.

Ambos mostraron sus placas al mismo tiempo, Mackenzie dando un solo paso adelante al hacerlo. "Agentes White y Ellington, del FBI. Tenemos entendido que dejaste tu trabajo en Queen Nash hace poco tiempo”.

“Así es”, dijo Holland con cierta incertidumbre. “Pero me siento confuso. ¿Por qué justificaría eso una visita del FBI?”.

“¿Podemos entrar, señor Holland?”, preguntó Ellington.

Holland se tomó un momento para pensarlo antes de ceder. “Claro que sí, pasad. Pero yo no… quiero decir, ¿de qué se trata esto?”.

Entraron por la puerta sin contestar. Cuando Holland cerró la puerta detrás de ellos, Mackenzie tomó nota. La cerró lenta y firmemente. Estaba nervioso o asustado, o, más bien, ambas cosas.

“Estamos aquí en la ciudad investigando dos asesinatos”, contestó

finalmente Ellington. “Ambas estudiantes de Queen Nash, ambas mujeres, y, como hemos sabido hoy, ambas acudían al mismo consejero, a ti”.

Habían entrado en la sala de estar de Holland, que no perdió ni un segundo en tirarse sobre un pequeño sillón de salón. Los miraba como si realmente no entendiera lo que le decían.

“Esperad… ¿estás diciendo dos?”.

“Sí”, dijo Mackenzie. “¿No lo sabías?”.

“Sabía lo de Jo Haley. Y la única razón por la que lo supe fue porque el rector nos notifica cada vez que fallece un estudiante con el que trabajamos. ¿Quién es la otra?”.

“Christine Lynch”, dijo Mackenzie, estudiando su cara para ver si reaccionaba. Hubo un parpadeo de reconocimiento, pero muy leve. “¿Reconoces ese nombre?”.

“Sí. Pero yo... no consigo acordarme de su cara. Tuve más de sesenta estudiantes”.

“Esa es la otra cuestión”, dijo Ellington. "El tuve en todo ello. Oímos que dejaste el trabajo poco antes de las vacaciones de invierno. ¿Tuvo eso algo que ver con los rumores de que estabas saliendo con una de tus alumnas?”.

“Ah, por Dios”, dijo Holland. Se recostó en su sillón y se quitó las gafas. Se masajeó el puente de la nariz y suspiró. "Sí, estoy saliendo con una estudiante. Sabía que se había corrido la voz y que eso podría afectar tanto a mi carrera como a su carrera académica. Así que dejé mi trabajo”.

“¿Así sin más?”, preguntó Mackenzie.

“No, no así sin más”, dijo Holland. "Llevábamos meses viéndonos a escondidas y me he enamorado de ella. Ella siente lo mismo, así que hablamos largo y tendido sobre ello, intentando decidir qué hacer. Sin embargo, durante ese tiempo, se hizo público de alguna manera. Y eso tomó la decisión por nosotros. Pero... ¿qué tiene que ver todo esto con los asesinatos?”.

“Esperamos que nada”, dijo Ellington. “Pero tienes que ver esto como lo vemos nosotros. Tenemos dos estudiantes asesinadas y el único vínculo sólido entre ambas es que te tienen en común como su

asesor académico. Añade a eso el hecho de que estás teniendo una relación bastante abierta con una estudiante...".

"¿Así que creéis que soy un sospechoso? ¿Creéis que yo maté a esas chicas?".

Decir las palabras en voz alta pareció ponerlo enfermo. Se puso las gafas y se sentó en la silla, agachando los hombros.

"No estamos seguros de qué pensar ahora mismo", dijo Mackenzie. "Por eso estamos aquí para hablar contigo".

"Mire, Holland", dijo Ellington, "nos acabas de decir que no puedes acordarte de la cara de Christine Lynch. ¿Qué hay de Jo Haley?".

"Sí... la conocía bastante bien, en realidad. Era amiga de la chica con la que estoy saliendo".

"¿Así que Jo Haley sabía lo de la relación?".

"No lo sé. No creo que Melissa, que es mi novia, se lo dijera. Hicimos todo lo que pudimos para ser de lo más discretos".

Mackenzie se tomó un momento para pensar. El hecho de que su novia conociera a una de las víctimas, y que la víctima pudiera haber conocido potencialmente la relación tabú, no hacía más que empeorar las cosas para Holland. La hizo preguntarse por qué les estaba proporcionando voluntariamente toda esta información sin tener que indagar mucho.

"Perdona que te pregunte", dijo Mackenzie, "¿pero esta novia tuya, la dicha Melissa, fue la primera estudiante con la que has estado involucrado?".

Una expresión de frustración se abrió paso en el rostro de Holland que se puso de pie de un movimiento súbito. "¡Oye, iros a la mierda! No puedo...".

"Siéntate de nuevo ahora mismo", dijo Ellington, poniéndose directamente en el camino de Holland.

Holland pareció darse cuenta de su error de inmediato, mientras su expresión pasaba del arrepentimiento resignado a la ira, de uno al otro, tratando de asentarse en una emoción.

“Mira, lo siento. Pero estoy harto y cansado de que me juzguen por todo esto y realmente no me gusta que me acusen de andar con todas las estudiantes sólo porque estoy involucrado en una relación actual y responsable con una mujer mayor de edad”.

“¿Cuántos años tiene, Holland?”, preguntó Mackenzie.

“Cuarenta y cinco”.

“¿Y cuántos años tiene Melissa?”.

“Veintiuno”.

“¿Has estado casado alguna vez?”, preguntó Ellington, dando un paso atrás y relajando su postura.

“Una vez. Durante ocho años. Fue de lo más miserable, por si quieres saberlo”.

“¿Y cómo terminó ese matrimonio?”.

Holland sacudió la cabeza y se dirigió al extremo de la sala de estar, donde se unía al vestíbulo. “Bueno, esta conversación se ha terminado. A menos que planeen acusarme de algo, ambos pueden irse al infierno. Estoy seguro de que hay otros en la universidad que pueden responder al resto de vuestras preguntas”.

Lentamente, Mackenzie se dirigió a la puerta. Ellington le siguió de mala gana. Mackenzie se volvió hacia él, mientras su instinto le indicaba que había algo aquí.

“Holland, usted entiende que, al no cooperar, las cosas no tienen buena pinta”.

“He lidiado con eso durante el último mes de mi vida”.

“¿Dónde está Melissa ahora mismo?”, preguntó Ellington. “Nos gustaría hablar con ella también”.

“Ella es...”. Sin embargo, Holland se detuvo aquí, moviendo de nuevo la cabeza. “A ella también le han arrastrado por el barro. No permitiré que la molestéis por esto”.

“Así que no vas a responder a más de nuestras preguntas”, dijo Ellington. “Y te niegas a darnos la ubicación de la otra persona con la que tenemos que hablar. ¿Es eso correcto?”.

“Eso es absolutamente correcto”.

Mackenzie sabía que Ellington se estaba irritando. Podía ver cómo se tensaban sus hombros y su postura se ponía rígida como una piedra. Ella extendió la mano y le tocó el brazo suavemente, anclándolo.

“Tomaremos nota de eso”, dijo Mackenzie. “Si necesitamos hablar de nuevo contigo en relación con este caso y descubrimos que no estás en casa, te consideraremos un sospechoso viable y te arrestaremos. ¿Entiendes eso?”.

“Sin duda”, dijo Holland.

Los reunió en el vestíbulo mientras les abría la puerta. En el momento que pasaron al porche, Holland cerró con un portazo.

Mackenzie se dirigió hacia la escalera del porche, pero Ellington se mantuvo firme. “¿No crees que vale la pena continuar con ello?”, le preguntó.

“Tal vez, pero no creo que nadie que fuera culpable quisiera compartir algunos de esos detalles. Además... sabemos el nombre de pila de su novia. Si es realmente urgente, probablemente podamos deducir su nombre completo de sus registros académicos. Lo último que necesitamos, no obstante, es el arresto apresurado de un asesor académico que ya está en la cuerda floja y en medio de cierta controversia”.

Ellington sonrió y se unió a ella para bajar las escaleras. “Mira.... son las cosas como esta las que te van a convertir en una esposa increíble. Siempre impidiéndome que haga algo estúpido”.

“Supongo que ya he tenido mucha práctica estos últimos años”.

Volvieron al coche y cuando Mackenzie se sentó, se dio cuenta de lo cansada que estaba. Aunque jamás lo admitiría delante de Ellington, tal vez necesitaba tomárselo con calma.

*Uno o dos días más, pequeñín, le dijo en voz baja a la vida que crecía en su interior. Sólo unos días más y tú y yo tendremos todo el descanso que queramos.*

# CAPÍTULO OCHO

Sabía que no debería estar haciendo esto, pero era difícil resistirse. Además....con un nuevo semestre en camino, esta sería una buena manera de darle comienzo. Una última aventura. Una última noche de absoluta locura. Y si todo salía como de costumbre, se iría sintiéndose empoderada, tan empoderada que fácilmente anularía esos rápidos y pequeños destellos de arrepentimiento.

Y sería una gran manera de empezar el nuevo semestre.

Marie ni siquiera había intentado convencerse a sí misma de no hacerlo. En el momento en que aparcó su coche en el garaje, supo que aquí es donde terminaría esta noche. Todo lo que tenía que hacer era hacer una llamada, hacerle saber que estaba de vuelta en la ciudad y que quería verlo. Nunca antes le había dicho que no y después de tres semanas sin contacto alguno, dudaba mucho de que se lo dijera ahora.

Y por supuesto, él no lo había hecho.

Eran las 11:05 cuando se dirigió a la parte de atrás del edificio de apartamentos. Estaba en una zona un poco peligrosa de la ciudad, pero no era tan terrible como para que se sintiera en peligro al caminar sola por la noche. Además, estaba a sólo ocho millas del campus y ella sabía que la tasa de criminalidad en cualquier zona cercana al campus era de lo más reducida. De todos modos, estaba tan excitada por lo que le esperaba durante las próximas horas que cualquier sensación de peligro había desaparecido de su mente.

Cuando llegó a la puerta de la parte trasera del edificio, Marie no se sorprendió en absoluto de que estuviera cerrada con llave. Ella tocó el timbre de su apartamento y fue recompensada con el sonido de la cerradura desbloqueándose de inmediato. No le dijo nada a través del altavoz, sólo abrió la puerta. Eso la hizo sonreír; probablemente estaría de un humor muy serio. Dominante, incluso.

Lindo, pensó ella. Aunque ya sabemos quién acaba siempre siendo el agresor....

Ese pensamiento la excitó aún más al entrar. Ella ni siquiera se molestó con el ascensor, queriendo llegar a su apartamento en el segundo piso lo más rápido posible. Subió las escaleras de dos de dos; su ritmo cardíaco se disparó por el esfuerzo, así como por la anticipación de lo que la esperaba. La expectativa de todo ello, su

viaje desde Nueva York hasta aquí, acercándose al apartamento, era su propio y delicioso juego preliminar.

Había sido un largo viaje. Estaba estresada. Tensa. Pero, oh… por Dios, iba a agotarlo... a cabalgarlo hasta tumbarle....

Cuando llegó a su apartamento, encontró la puerta destrabada. La abrió sólo un poco y vio que las luces estaban apagadas. Aun así, había algo de iluminación proveniente de la parte trasera del área principal, tal vez una vela o algo así.

“¿Qué estás haciendo?”, preguntó ella, con voz sensual. Ella cerró la puerta detrás de ella y la cerró con llave.

“Esperándote”, llegó la respuesta.

“Bien. Pero... no puedes tenerme a menos que me digas exactamente lo que quieres”.

Ella le oyó reírse con ligereza en algún punto de la oscuridad. Mientras sus ojos se ajustaban a la falta de luz, pudo divisar su silueta en la sala de estar, tumbado en el sofá. Ella sonrió y empezó a caminar hacia él.

El apartamento olía a polvo y a nuevo, esencialmente porque eso es exactamente lo que era. Ella sabía que él tenía un lugar mejor, pero también sabía que a él no le gustaba recibirla allí. Le gustaba mantener su vida personal en privado. Por lo que ella entendía de él, pasaba muy poco tiempo en casa. Ella sólo había visto el exterior. Normalmente se reunía con él aquí o, en algunas ocasiones, en el asiento trasero de su coche o en un hotel. Aunque entendía la necesidad de privacidad, también deseaba poder destrozarlo en una cama enorme por una sola vez, tal vez con algo de luces de ambiente y música.

No obstante, mantenerlo todo oculto también era de lo más atractivo. Era parte del encanto. Era debido a eso que ella estaba prácticamente reprimiendo el impulso de abalanzarse sobre él en ese mismo momento.

Pero sus encuentros amorosos siempre habían estado relacionados con la anticipación. Provocaciones, algunos juegos preliminares del tipo más bien brusco, incluso algunos comentarios lúdicamente despectivos de vez en cuando.

“Ven hacia mí, Marie”, dijo.

Ella así lo hizo, acercándose al sofá para encontrárselo completamente vestido. Eso le parecía bien; sólo alargaría el juego previo durante algo más de tiempo.

“Qué bonito”, dijo ella mientras se arrodillaba en el suelo frente a él. Ella lo besó suavemente, moviendo su lengua contra sus labios de una manera que ella sabía que le gustaba.

“¿Qué es bonito?”, preguntó.

“Tú, pensando que tienes el control aquí”.

“Oh, lo tengo”, dijo, sentándose.

“Dejaré que pienses eso por un rato”, dijo ella, mordisqueándole la carne blanda del cuello. Él se movió para liberarse y ella sintió sus manos sobre ella, una en su espalda y otra en la parte posterior de su cabeza. “Pero los dos conocemos el tr...”.

Sin avisar, la agarró por la parte de atrás de la cabeza y la lanzó hacia adelante. La empujó hacia adelante con una velocidad bestial, y dio con la frente en su rodilla.

“¿Qué diablos...?”.

No obstante, antes de que ella pudiera pronunciar esa pregunta, él ya estaba encima de ella, presionando todo su peso sobre su espalda. Le temblaba la cabeza por el golpe y, por un momento, Marie no tuvo ni idea de dónde estaba.

Cuando sacó sus manos de abajo para luchar contra él, las manos de él ya habían agarrado su largo cabello rubio. Esta vez, golpeó su cabeza contra el suelo de madera. Marie luchó contra él por un momento, pero rápidamente comenzó a sentir que el mundo se alejaba nadando como un dolor ensordecedor que irradiaba de la parte posterior de su cabeza.

En algún lugar muy lejano, ella se dio cuenta de que él la agarraba por la cintura de sus pantalones y se los bajaba. Entonces el mundo se volvió negro por un momento y sólo volvió en sí después de eso porque sintió su boca sobre ella, vagando aparentemente por todas partes.

No tenía sentido. Ella le hubiera dejado hacerle cualquier cosa y, a cambio, haría cualquier cosa por él. Entonces, ¿por qué iba a...?

Este pensamiento también fue interrumpido por la oscuridad flotante que iba y venía. Sin embargo, esta vez, cuando llegó, se quedó un buen rato.

***

Le había llevado más trabajo de lo que pensaba, pero finalmente consiguió relajarse alrededor de las dos de la madrugada. Lo más difícil de todo había sido dejarla inconsciente. Lo cierto es que no creía poder hacerlo. Estrangular a la gente era una cosa. Sólo era cuestión de convencerte a ti mismo para hacerlo y luego aplicar presión una vez su cuello estaba entre sus manos. Sin embargo, golpear la cabeza de Marie contra el suelo había sido más duro de lo que él esperaba.

Cuando perdió el conocimiento, el resto del trabajo fue duro pero agradable. Y mientras realizaba sus tareas, comenzó a sentirse cómodo con la decisión que había tomado.

Había matado a Jo Haley y a Christine Lynch sin problemas. Con Jo, se había acostado primero con ella, disfrutando inmensamente del encuentro, y luego la había estrangulado al comenzar la segunda ronda. Y quizás el sexo había tenido la culpa, pero casi había cambiado de opinión, casi se había acobardado. Así había aprendido una lección y para cuando llegó a Christine, optó por saltarse el sexo. Después habían encontrado su cuerpo y él había visto la historia en las noticias, nada más que un párrafo, en realidad, pero que, de todos modos, había sido una revelación. Le había hecho repensar las cosas... le había hecho caer en la cuenta de que no podía matarlas sin más.

Sino que tenía que retenerlas. Los que quedaban además de Christine, las que necesitaban ser silenciadas. Habría más, incluyendo a Marie. Y si no podía matarlas directamente y dejarlas donde cayeran, eso significaba que tenía que hacer otra cosa. Tenía que ser más discreto, más cuidadoso.

Admiró su trabajo y pensó que sería totalmente capaz de salirse con la suya. Se paró frente al armario de los abrigos abierto que había en el pasillo. Marie estaba dentro del armario, completamente desnuda y colgando de sus muñecas atadas del perchero que corría horizontalmente a lo ancho del armario. También había tres tiras de cinta adhesiva reforzada cubriéndole la boca. Su cuerpo colgaba hacia abajo, pero sus brazos estaban estirados por encima de su cabeza donde él le había atado las muñecas. Era una pose extrañamente seductora y le hizo arrepentirse de no haberse acostado con ella antes de haberla llevado cautiva.

Se había quedado de pie allí, mirándola fijamente y disfrutando de la sensación de poder y de logro, durante casi quince minutos antes de que Marie empezara a moverse. Ella soltó un pequeño gemido, tratando de inclinarse hacia adelante, cayendo en la cuenta de que estaba siendo retenida mientras todavía seguía adormilada. Esto pareció alertarla, abrió los ojos y estiró las piernas. Miró febrilmente a su alrededor, examinando su situación: cabeza dolorida, totalmente desnuda, maniatada a una barra de hierro en un armario, siendo observada con malicia por un hombre con el que había estado acostándose con bastante regularidad durante los últimos dos meses.

Intentó hablar, decir una sola sílaba que se quedó atrapada por la cinta adhesiva. Un sonido que él pensó era una pregunta: "¿Qué?".

Era la única palabra que pudo pronunciar antes de que la gravedad de la situación se le viniera encima.

Se acercó a ella y le agarró la barbilla con la mano derecha. Ella se alejó rápidamente para darse cuenta de que eso hacía que sus brazos retrocedieran en un ángulo incómodo. Lentamente, él bajó la mano de su mentón, por encima de su seno derecho, hacia la cara interna de sus muslos. Por primera vez desde que habían empezado a acostarse, ella cerró las piernas mientras él exploraba allí abajo.

Se rió de ella. Como respuesta, ella intentó gritar a través de la cinta. Sonaba como si alguien estuviera usando una aspiradora en algún otro lugar del apartamento. Le había cerrado bien la boca, estirando la cinta adhesiva de oreja a oreja, y reforzándola tres veces.

"No hay necesidad de eso", dijo. Hizo todo lo que pudo por ignorar sus impulsos carnales y la excitación que se apoderaba de cada nervio de su cuerpo. Había cosas importantes que hacer aquí, cosas que discutir y resolver.

Ella gimió por toda respuesta, silenciada por la cinta.

"Hay algunas cosas de las que tú y yo tenemos que hablar", dijo. Luego le mostró el arma que había estado escondiendo detrás de su espalda, un arma con la que se había hecho hace dos años y que nunca había usado. Sólo la había cogido una vez desde que la comprara. Y honestamente no tenía intención de usarla ahora.

Por supuesto, no había forma de que Marie supiera eso.

"Si gritas o intentas pedir ayuda, te mataré". Volvió a caminar hacia delante, presionando su mejilla contra la de ella. Le puso la

mano que tenía libre sobre su cadera y la empujó hacia delante. Luego le colocó el cañón de la pistola en su abdomen desnudo. “¿Me crees?”.

Ella asintió frenéticamente. Había dolor y una severa confusión en sus ojos cuando se le empezaron a saltar las lágrimas.

Por un momento, se preguntó si el arma sería preferible. Ciertamente sería más rápido.

*No.... sería muy ruidoso. Y me perdería ese exquisito momento en el que la luz se apaga en sus ojos.*

Se volvió a recostar contra la pared, blandiendo el arma como si no fuera más que una taza de café.

Y entonces empezó a hablar. Habló y acusó, e hizo todo lo posible para evitar estrangularla en ese mismo momento. Incluso cuando le arrancó la cinta de la cara y le permitió hablar en susurros temblorosos, se las arregló para no matarla allí mismo.

No obstante, las respuestas que recibió de ella y la forma en que ella le respondió... estaba bastante seguro de que la estrangularía enseguida. Por un momento, mientras había estado atándola, se había convencido de que si ella le daba toda la información que él quería, podría soltarla.

Sin embargo, sabía que eso era ridículo. Ella jamás sería capaz de no denunciar lo que le había hecho.

Así que ella también iba a tener que morir. Como las otras dos.

Al darse cuenta de este pensamiento, se sintió complacido al descubrir que con cada asesinato que cometía, el concepto se hacía cada vez más fácil de aceptar.

# CAPÍTULO NUEVE

En el hotel, Mackenzie terminó su día con un baño caliente. Por lo general, no le gustaba bañarse en las habitaciones de hotel, pero le dolían los pies y las pantorrillas, y la cabeza le iba a mil por hora. Sólo quería relajarse. Si no hubiera estado embarazada de dieciséis semanas, probablemente también habría disfrutado de unas cuantas copas de vino.

Repasó la visita a la casa de William Holland una y otra vez en su cabeza. Sus instintos le decían que probablemente él no tenía nada que ver con los asesinatos, que solamente era una casualidad que tuviera bastantes coincidencias en su contra. Ella también sabía que el hecho de que él hubiera insistido tanto en no proporcionar información sobre su novia podría significar que él se estaba cansando de los sacrificios que estaba teniendo que hacer para que la relación funcionara. Renunciar a un trabajo bastante prestigioso sólo para poder tener sexo regular con una mujer más joven parecía un gran sacrificio, incluso si él estaba enamorado de ella.

A pesar de todo eso, pensó que valdría la pena intentar ponerse en contacto con la actual novia de Holland. Aunque Holland fuera un callejón sin salida, tal vez ella también conocía a Jo y Christine. Tal vez ella tendría alguna información sobre ellas que podría…

Su atención fue interrumpida por un golpe en la puerta del baño. Se abrió y Ellington miró dentro. "¿Puedo pasar?".

"Claro".

Ellington le echó una mirada juguetona de admiración al entrar al baño. Le gustaba la forma en que la miraba cuando estaba desnuda. No era necesariamente la clase de mirada lujuriosa, sino más bien de aprecio. Incluso ahora, cuando comenzaba a anunciarse su panza de premamá, Mackenzie podía verlo en sus ojos.

"Vas a estar muy sexy con la barriga de bebé", le dijo. Entonces retiró la toalla que había sobre la tapa del inodoro y se sentó. Sus ojos aún vagabundeaban por su cuerpo a través del vapor del agua caliente.

"Te oí hablar por teléfono", dijo Mackenzie. "¿Alguna novedad?".

"No. Acabo de solicitar cualquier registro de William Holland. Iba

a probar una manera de encontrar a la Melissa con la que podría estar saliendo, pero eso va a ser increíblemente difícil sin los recursos de la universidad”.

“¿De verdad crees que es un camino que vale la pena seguir?”, preguntó.

“Honestamente....no. Alguien que renuncia a mantener en secreto su relación con una estudiante tan fácilmente sería un pésimo asesino. Además, no parecía que estuviera tratando de ocultar ninguna información. La estaba dando libremente”.

Mackenzie asintió. Se revisó los dedos y vio que estaban arrugados. Frunció la nariz al verlo y luego hizo un gesto hacia la toalla. Ellington se la dio y se levantó para secarse. Al hacerlo, miró su tripa con escepticismo.

“¿Querías decir lo que dijiste?”, preguntó ella. “¿Sobre mi tripa premamá?”.

"Claro que sí. Por supuesto, nunca he estado con una mujer con barriga premamá. Sólo estoy haciendo una suposición general”.

“Sabes, he notado que mis dedos empiezan a hincharse”.

Pareció como si Ellington no supiera qué decir al respecto. La tomó en sus brazos después de que ella se envolviera con la toalla y le besó en la frente.

“Mis tobillos también se están hinchando”, dijo. “Todo esto está sucediendo muy rápido. Sé que es increíblemente vanidoso, pero me preocupa lo que este bebé le va a hacer a mi cuerpo”.

“¿Te refieres a la salud o a la apariencia?”, preguntó Ellington.

“Ambos”.

“Odio tener que decírtelo”, dijo Ellington. “Pero tú y yo... ahora estamos casados. Así que más vale que el único hombre que te mire sea yo. Y puedo decirte con toda certeza que cuando tengas esa tripa premamá y se te hinchen los tobillos y estés caminando como un pato.... todavía te encontraré sexy”.

Ella se rió suavemente contra su pecho y lo abrazó. “¿Caminando como un pato?”.

“No estaba seguro de qué palabra usar. Lo siento”.

“Está bien. Fue bonito”.

Ella lo besó suavemente y le tomó las manos. "Estoy más que agotada. Pero creo que, si te pones creativo, tal vez puedas encontrar una manera de mantenerme despierta algo más de tiempo. Si quieres, claro está”.

La única respuesta que le dio Ellington fue encontrar el doblez de la toalla en su espalda y tirar de él. Al caer al suelo, la recogió y la llevó al dormitorio donde, como Mackenzie había sugerido, la mantuvo despierta un buen rato más.

***

Quizás se debiera al hecho de que había resuelto el misterio del asesinato de su padre hacía aproximadamente un año, pero sus pesadillas y sueños habían dejado de mostrar esos rústicos y viejos maizales que la habían perseguido en Nebraska. Ahora, cada vez que su mente se deslizaba dentro de un sueño, era menos vívido y casi fluido en cierto modo. Siempre había tenido sueños increíblemente vívidos y los que podía recordar eran tan claros como los recuerdos de películas o programas de televisión que guardaba en su cabeza.

Poco después de quedarse dormida tras haber quedado totalmente satisfecha gracias a Ellington, Mackenzie soñó que estaba de pie en una enorme habitación. La habitación era del tamaño de una sala de conciertos y sólo contenía dos muebles: una mecedora y un moisés. El sonido de un bebé llorando salía de la cuna, resonando por la enorme habitación, de modo que casi parecía un trueno.

Mackenzie corrió a través de la habitación, pero no parecía acercarse más a la cuna. El bebé seguía llorando, lanzando ahora unos gritos agudos. No había estado cerca de muchos bebés en su vida, pero podía distinguir entre los llantos que significaban que había que cambiar al bebé o que tenía hambre, y los gritos de terror.

Finalmente llegó hasta la cuna, jadeando y casi sin aliento. Cuando miró dentro, no vio a ningún bebé. Por el contrario, todo el interior estaba cubierto de sangre. Metió la mano para tocarla y vio que todavía estaba húmeda y caliente. Luego levantó la mano llena de sangre y la puso delante de su cara, examinándola de cerca, como si nunca la hubiera visto antes. Y mientras lo hacía, la sangre se

desparramaba entre sus dedos, goteando sobre el nuevo y brillante anillo de bodas que había en su dedo anular.

"¿Mac?".

Se dio la vuelta y vio a Ellington. Estaba sosteniendo a un bebé. No parecía moverse y ciertamente no estaba llorando. "¿Qué ha pasado?", preguntó Ellington. "Dios mío, Mac, ¿qué ha pasado?".

Mackenzie corrió hacia él, ahora gritando. Y cuando llegó donde él, miró al bebé y vio…

Se sentó en la cama, llorando levemente.

Ellington seguía durmiendo profundamente a su lado y la habitación del hotel estaba muy tranquila, a excepción del zumbido del calentador contra la pared. Miró el reloj de la cabecera y vio que eran las 3:55. Se había dormido poco después de las diez, lo que significaba que había disfrutado de unas seis horas de sueño. Estaba segura de que eso no era suficiente para recuperarse por completo, pero también sabía que conciliar el sueño después de esa pesadilla iba a resultarle casi imposible.

Se palpó el abdomen, como si quisiera asegurarse de que sólo había sido un mal sueño. Sabía que era demasiado pronto, pero se encontró deseando que el bebé le diera patadas o se moviera de alguna manera.

Para despejar su mente del pánico y del sueño que lo había causado, Mackenzie se centró en el caso que tenían entre manos. William Holland les había dejado un mal sabor de boca, y aunque estaba bastante segura de que no estaba involucrado en los asesinatos, algo en él parecía apuntar a otra cosa: alguna pista que ella no podía identificar del todo. Tal vez hablar con su novia podría ayudar en ese sentido.

Luego pensó en las víctimas, revisando una pequeña tabla de comparación en su cabeza. Tenía los ojos cerrados, tratando de ordenar sus pensamientos y quedarse dormida a la vez. Escuchó el zumbido del calentador, se concentró en su respiración y se relajó con una especie de meditación perezosa.

*Ambas mujeres fueron estranguladas. El asesino se acostó con Jo antes de estrangularla. ¿Por qué no con Christine? ¿Qué ha cambiado? No había signos de penetración real, pero había evidencia física en su ropa interior de que había estado al menos en un estado de excitación cuando*

*llegó su muerte. Por lo tanto, están vinculados, pero también hay diferencias.*

*Las víctimas se sentían atraídas sexualmente por este hombre. Tal vez incluso estaba usando el sexo como señuelo para atraerlas. Por eso le dejaron entrar. Estos son asesinatos planeados. Y tal vez asesinatos de pasión... o simple control.*

*El coito con la primera víctima y no con la segunda indica que tal vez el acto sexual le pareció una pérdida de tiempo... o innecesario. Por lo tanto, tal vez no es sólo poder y control lo que quiere. No tener sexo con Christine podría significar que aprendió algunas lecciones durante la primera vez con Jo. Tal vez está siendo más rápido... más cuidadoso. Tal vez sólo quiere las muertes ahora... no la anticipación de las mismas.*

Reflexionó sobre todo esto y se sorprendió al sentir que el sueño se le acercaba sigilosamente. A Mackenzie le pareció bien. Su pequeña sesión de meditación le había llevado a hacer unas cuantas suposiciones sólidas sobre su asesino.

*Está siendo invitado por estas mujeres; le dan la bienvenida abiertamente antes de que las mate. Además, el asesinato es nuevo para él. Está aprendiendo a medida que avanza, descubriendo de lo que es capaz y de lo que disfruta, para lo que tiene tiempo y lo que le consume demasiado. Y si todavía está aprendiendo y además se siente como si tuviera prisa cuando está en el acto, es probable que cometa un error antes que después. Es probable que ya haya cometido alguno.... sólo tenemos que averiguar cuál es.*

Ese fue el último pensamiento en su mente mientras se volvía a quedar dormida. Era suficiente para sentirse segura al día siguiente, pero también sabía que con el montón de estudiantes que regresaban al campus al día siguiente, Ellington y ella tendrían mucho trabajo por delante.

## CAPÍTULO DIEZ

A las ocho de la mañana siguiente, Mackenzie y Ellington estaban sentados en un banco en el pasillo del departamento de ciencias políticas de Queen Nash. Había una puerta cerrada directamente a su derecha, con un letrero en negro justo debajo del cristal tintado que decía CHARLES McMAHON. Mackenzie había hecho una llamada previamente para organizar una reunión con McMahon lo antes posible. Mientras lo hacía, Ellington había estado hablando por teléfono con la agente Yardley en D.C., que le había dicho que William Holland no tenía antecedentes.

Ellington tomó un sorbo de una taza de café que habían comprado en una tienda cercana de camino al campus. Hizo una mueca de dolor y suspiró. “Esto sabría mucho mejor si estuviéramos sentados junto a las ascuas de una fogata en Islandia”.

Mackenzie no tuvo el valor de decirle que el café que él le había preparado en esa dichosa fogata sabía a granos de café quemados, así que sólo asintió y le dio un sorbo a su café.

Unos segundos más tarde, un hombre se acercó caminando rápidamente en su dirección. Los estudiantes habían estado caminando por los pasillos toda la mañana, pero esta fue la primera persona que vieron que parecía claramente un miembro de la facultad. Les hizo un gesto de asentimiento y les sonrió cuando se acercó a la puerta, rebuscando en el bolsillo lateral de la bolsa de su portátil que llevaba colgada al hombro. Este, aparentemente, era Charles McMahon.

“Lo siento”, dijo, sacando un juego de llaves del bolsillo de la bolsa del portátil. “El primer día de regreso después de las vacaciones de invierno es siempre un poco precipitado. Y entonces recibí vuestra llamada y eso se unió a todo...”

“Está bien”, dijo Mackenzie. “Agradecemos que te reúnas con nosotros con tan poco tiempo de anticipación”.

Todavía nervioso, McMahon abrió la puerta y entró. “Adelante”, dijo.

Mientras Mackenzie y Ellington se sentaban frente a su escritorio, McMahon se dispuso a poner las cosas en orden. Al hacerlo, les habló lo mejor que pudo. Después de sacar su portátil de la bolsa y colocarlo

sobre su escritorio, hizo todo lo que pudo para prestarles toda su atención.

“Por teléfono, dijisteis que podríais necesitar mi ayuda de nuevo”, dijo. “¿Qué puedo hacer por vosotros?”.

“Bueno”, dijo Mackenzie, “hablamos con William Holland. Admitió que sin duda tiene una relación con una estudiante y que por eso renunció a su trabajo. Le pedimos información sobre su novia y se puso muy a la defensiva”.

“Parece que olvidó que trabajamos para el FBI”, comentó Ellington. “Y que podemos obtener la información de otras maneras. Esperábamos que tú fueras esa otra manera”.

“Haré lo que pueda. ¿Qué información necesitáis?”.

“Todo lo que sabemos es el nombre de pila de la mujer. Melissa. Esperábamos que pudieras ayudarnos a averiguar quién es. Asumimos que en su día fue una estudiante que usaba a Holland como consejero”.

“Eso es así casi con certeza”, dijo McMahon. “Sé que la relación es bastante reciente. Basado en los chismes, de todos modos”.

“No más de un año si nos fiamos de lo que nos dijo Holland”, dijo Ellington. “¿Hay alguna forma de que puedas comprobar sus registros de nombres de estudiantes para encontrar ese nombre?”.

“Lo mejor que puedo hacer es repasar la lista de estudiantes que me fueron transferidos después de que Holland renunciara a su puesto. Si necesitáis algo más que eso, tendréis que pasar por encima de mí. Dadme un segundo y podré ver los nombres”.

Mackenzie y Ellington esperaron pacientemente mientras McMahon se detenía en medio de sus tareas de preparación para iniciar sesión en su ordenador y encontrar la información. Trabajó con rapidez, tarareando en voz baja mientras lo hacía. Mackenzie pensó que estaba un poco irritado, y que sin duda sus vacaciones se habían visto obstaculizadas por el hecho de que tenía una carga de trabajo mucho mayor por culpa de Holland y de sus actividades extracurriculares.

Después de unos dos minutos de búsqueda, McMahon empezó a anotar algo en un bloc de notas cercano. “Tengo dos Melissas que me pasaron a mí del grupo de Holland”, dijo. “Una está en su primer

curso y la otra en el segundo”.

“Holland dijo que su novia tiene 21 años”, dijo Mackenzie. “¿Es seguro asumir, entonces, que no es la novata?”.

“Sí, esa es una apuesta muy segura”. McMahon deslizó la hoja de papel que había estado garabateando hacia ellos. “Se llama Melissa Evington. Este es el número de teléfono que tengo en mis archivos”.

Mackenzie la tomó y la puso en su bolsillo. “¿Recuerdas haberla visto antes de las vacaciones de invierno?”.

“Sinceramente, no lo sé. Puedo mirar en mi agenda para asegurarme, pero vi a tantos estudiantes por lo que me pasaron de Holland...”.

“No te preocupes”, dijo Ellington. “El nombre y el número son más que suficientes”.

“Bien”, dijo McMahon. “Con suerte ella será de alguna ayuda”. Se detuvo aquí y luego añadió: “Agentes... ¿es esto algo sobre lo que tenemos que alertar a los estudiantes? Sé que estos asesinatos no ocurrieron en el campus, pero aun así...”.

“Es un poco pronto para hacer cualquier tipo de anuncio formal”, dijo Mackenzie. “Dejemos que la policía local tome esa decisión”.

McMahon asintió, pero lentamente, como si no fuera el mayor fanático de su respuesta. Y honestamente, Mackenzie lo entendía. Había mujeres que estaban siendo asesinadas por un hombre en el que aparentemente confiaban; a ella le parecía que la población estudiantil debería saberlo lo antes posible. No obstante, si se podía evitar el pánico, también le parecía bien.

*Otra razón más para terminar con esto lo antes posible, pensó mientras ella y Ellington salían de la oficina de Charles McMahon.*

***

Se las arreglaron para concertar una cita con Melissa Evington más tarde ese mismo día entre unas clases y otras. Mackenzie había llamado al número que McMahon le había dado y había arreglado el asunto. Con esa breve conversación, Mackenzie supo que estaban caminando hacia una causa perdida.

Cuando se encontraron en un pequeño café dentro de la comunidad estudiantil, Melissa Evington parecía enfadada. Cuando vio a Mackenzie y Ellington sentados juntos, caminó hacia ellos y pareció hacer todo lo posible para hacerles saber que le estaban molestando.

Cuando Melissa se acercó a ellos, Mackenzie se preguntó por qué estaría liada con un hombre casi veinticinco años más mayor que ella. Era absolutamente preciosa, incluso a través de su ira exagerada. Era el tipo de mujer joven que tenía el aspecto que hacía que mujeres como Mackenzie, que no era ni diez años mayor que ella, anhelara tener su juventud, preguntándose qué oportunidades podría haberse perdido.

“Odio ser tan exigente”, dijo Melissa, “pero solo puedo concederos unos diez minutos. Tengo que reunirme con un grupo de compañeros en media hora para concretar unas tareas”.

“Si respondes a nuestras preguntas sin reservas”, dijo Ellington, “diez minutos deberían ser suficientes”.

“Dijisteis que queríais hablar de mi relación con William”, dijo ella. “Os aseguro que es una relación de consenso. Y no, no estoy con él para sacar buenas notas, como creen algunos creen”.

“También hemos hablado con él”, dijo Mackenzie. “Y por lo que dijo, parece ser una relación sólida. Lo que tenemos que preguntarte, sin embargo, es si sabes si ha hecho esto antes o no”.

“¿Esto? ¿Te refieres a salir con una estudiante?”.

Mackenzie asintió.

“No. No lo ha hecho. Estaba casado y se divorció. No estoy segura de cuánto tiempo pasó entre la finalización del divorcio y que él y yo empezáramos a salir”.

“¿Sabes por qué se divorciaron él y su esposa?”, preguntó Ellington.

“Ella quería hijos y él no”.

“¿Lo sabes con certeza?”, preguntó Mackenzie.

“Es lo que me dijo. Vamos a ver... ¿qué es lo que creéis que ha hecho?”.

Mackenzie se inclinó hacia adelante y bajó la voz. "Dos estudiantes han sido asesinadas en los últimos diez días. Parece que ambas han sido asesinadas por hombres que conocían bien. Lo suficientemente bien como para tener relaciones sexuales con ellos. Y la cuestión es que ambas mujeres fueron aconsejadas por William Holland".

Melissa daba la impresión de que alguien le hubiera dado una bofetada en la cara. "¿Y eso lo convierte en sospechoso?".

"Bueno, parece una coincidencia. Pero cuando se añade el hecho de que actualmente está saliendo con una mujer de veintiún años de edad, más o menos de la misma edad que las otras mujeres, sí, eso hace que merezca la pena investigarlo".

La ira de Melissa se convirtió en irritación y entonces se dio cuenta de la realidad de lo que Mackenzie había dicho. "¿Dos estudiantes? ¿Puedes decirme cómo se llamaban?".

"Jo Haley y Christine Lynch".

Melissa se sentó en su silla. Parte del color desapareció de su cara. "¿Christine? ¿Estás segura?".

"Sí. ¿La conocías, supongo?".

"Así es. Estuvo en dos de mis clases el pasado semestre".

"¿Sabes algo de ella o de su círculo de amigos?", preguntó Ellington.

"No. Sólo sé que estaba saliendo con un tipo que vive por aquí. Creo que también era de algún lugar de California. Pero yo... Jesús, no me lo puedo creer".

"¿Qué hay de Jo Haley?", preguntó Mackenzie. "¿La conocías?".

"No, no reconozco el nombre".

Mackenzie estaba a punto de hacer otra pregunta, pero entonces le sonó el teléfono. Lo contestó y se alejó de la mesa en busca de algo de privacidad.

"Al habla la agente White".

"Agente White, al habla Wheeler. Pensé que tú y tu compañero querríais saber que alguien se presentó aquí esta mañana... dijo que

vive en el mismo edificio en el que vivía Christine Lynch. Tiene algunos detalles de esa noche que creo que querréis oír”.

“¿Quién es el testigo? ¿Tienes un número o una dirección?”.

“Oh, ella todavía está aquí en la comisaría. Le pregunté si estaría dispuesta a esperar para hablar con vosotros”.

“Danos media hora. Gracias, Wheeler”.

Concluyó la llamada y se volvió hacia Melissa. Ellington seguía hablando con ella, así que le dejó terminar con sus preguntas. “¿Recuerdas que el Holland hablara alguna vez de Jo o Christine? ¿Incluso aunque fuera de pasada?”.

“No. O, si lo hizo, no le presté mucha atención”.

Mackenzie metió la mano debajo de la mesa y le dio un apretón en la rodilla a Ellington, una señal de que era hora de terminar la conversación.

“Bueno, sabemos que estás muy ocupada en este primer día después de las vacaciones”, dijo Mackenzie. “Así que dejaremos que vuelvas a ello. Gracias por tu tiempo”.

“Claro... claro”, dijo Melissa, que seguía claramente conmocionada por la noticia de los dos asesinatos. Se levantó y se alejó de la mesa, mirando hacia atrás como si no confiara del todo en los agentes.

“¿De quién era la llamada?”, preguntó Ellington.

“De Wheeler”, dijo, poniéndose en pie. "Tenemos un testigo de la noche en que Christine Lynch fue asesinada”.

“¿Quién?”.

“No lo sé”, dijo mientras se levantaban para irse.

Mackenzie dio dos pasos antes de que le sobreviniera una ráfaga veloz de fatiga. Por una fracción de segundo, se sintió increíblemente mareada y tuvo una ligera sensación de vértigo que pareció atravesar todo su cuerpo.

Se detuvo, apoyándose en una mesa cercana. Tienes que recordar que estás embarazada, se dijo a sí misma. Estás investigando por dos ahora.

“¿Mac? ¿Estás bien?”. Ellington se plantó a su lado de inmediato, claramente preocupado.

“Sí”.

"Te quiero... pero no me mientas”.

“Estoy bien. Me levanté demasiado rápido y me desorienté”.

“¿Habría pasado si no hubiera un ser humano creciendo dentro de ti?”, preguntó con un tono sarcástico.

“Probablemente no”.

La miró con cautela y le tomó la mano. “Por favor, tómatelo con calma. Si tengo que sacar la tarjeta del marido protector, lo haré. Pero no quiero discutir... así que, si empiezas a sentirte mal, haz el favor de decírmelo”.

“Lo haré. Pero estoy bien ahora mismo. Lo juro”.

Ellington le hizo un vacilante guiño con la cabeza y luego, todavía agarrados de la mano, salieron del café y se dirigieron de nuevo a la calle, donde les esperaba una pista potencialmente enorme.

## CAPÍTULO ONCE

Las cosas estaban un poco tensas entre ellos de camino a la comisaría. A Mackenzie no le gustaba la sensación de que Ellington la estuviera sobreprotegiendo, especialmente en medio de un caso. Ella lo entendía e incluso lo apreciaba, pero ya estaba viendo cómo su papel como marido iba a ser un poco más dominante y difícil de negociar que su papel como pareja. Aparentemente era una sensación que él también estaba sintiendo. El viaje hasta comisaría careció de toda conversación mientras ambos tamizaban sus pensamientos a su manera.

Cuando llegaron a comisaría, el ayudante Wheeler los estaba esperando. Parecía muy nervioso mientras los llevaba a la parte de atrás del edificio. Asintió con la cabeza a sus compañeros agentes aquí y allá, pero por lo demás parecía estar intensamente concentrado en la tarea que tenía encomendada. Mackenzie decidió que le gustaba bastante, que era un policía que se tomaba su trabajo muy en serio y lo abordaba con orgullo.

Los llevó a una pequeña sala de conferencias donde había una mujer mayor sentada a la mesa. Estaba tomando una taza de té cuando ellos entraron. Mackenzie pensó que podría ser de ascendencia filipina por el tono de su piel. Parecía un poco nerviosa, casi como si se arrepintiera de haberse presentado con la información.

“Agentes”, dijo Wheeler, “esta es Hazel Isidro. Se presentó con información que podría resultar útil en el caso de Christine Lynch”.

Dicho esto, Wheeler pareció no saber con certeza si debía quedarse o no. Optó por quedarse de pie junto a la puerta mientras Mackenzie y Ellington se sentaban a la mesa.

“Tengo entendido que usted vive en el mismo edificio que Christine Lynch”, dijo Mackenzie.

“Así es”, dijo Hazel. “Ella vivía en el tercer piso. Yo vivo en el segundo”.

“¿La conocías bien?”.

“No muy bien, pero era una jovencita muy amable. En dos ocasiones distintas durante los últimos seis meses más o menos, entró en el edificio al mismo tiempo que yo después de haber ido a hacer la

compra. Insistió en ayudarme con mis bolsas. Una jovencita muy amigable, sin duda. Pero no hablamos mucho, no".

"¿Alguna vez la viste con un hombre?", preguntó Ellington.

"La vi salir con un joven unas cuantas veces. Dos o tres veces, tal vez. Nunca me lo presentó".

"¿Recuerdas cómo era?".

"En realidad no. Sólo que tenía el pelo castaño, con un corte militar. Un joven guapo, sin duda".

"¿Joven, como de la edad de Christine?", preguntó Mackenzie.

"Diría que sí, algo así".

Mackenzie y Ellington intercambiaron una mirada y tuvieron uno de esos momentos casi telepáticos que los buenos compañeros (y, según había oído, los maridos y sus esposas) compartían a menudo. Probablemente Clark Manners, parecieron pensar ambos al mismo tiempo.

"Bien, entonces comparta con nosotros la información con la que vino hoy a comisaría", dijo Mackenzie.

"Bueno, fue hace tres noches. Llevaba padeciendo este horrible dolor de muelas durante todo el día. Tomé un poco de Motrin pero apenas lo alteró. Me fui a dormir y me desperté alrededor de la una de la mañana con un dolor de locura. Estaba llorando de dolor, así que salí al Walgreen que hay a dos manzanas del edificio de apartamentos y compré algunas cosas más potentes. A la vuelta, abrí la puerta y cuando lo hice, este hombre se me acercó por detrás. Me pidió que sujetara la puerta. Por lo general, a esa hora, probablemente hubiera pensado que era un poco sospechoso y no le hubiera dejado pasar, pero me dolía mucho y solo quería volver a la cama… ni siquiera lo pensé dos veces".

"¿Lo viste bien?", preguntó Ellington.

"No. Llevaba una sudadera con capucha negra… la mayor parte de su cabeza estaba cubierta. Fue uno de esos momentos en los que, aunque sentía mucho dolor, me he dado cuenta de lo estúpido que fue por mi parte dejarlo entrar y…".

Se detuvo aquí y los miró con dolor en los ojos. Un pensamiento

pareció hacer aparición, uno que no se le había ocurrido hasta este mismo momento.

“Dios mío... ¿es culpa mía? ¿Dejé entrar al asesino? ¿Es mi culpa que haya muerto?”.

“Es demasiado pronto para empezar a hacer tales afirmaciones”, dijo Mackenzie. “Ni siquiera sabemos si este hombre que dejaste entrar era el hombre que mató a Christine”.

Hazel asintió, pero era obvio que parecía dubitativa. Poco a poco, continuó. "Subí en el ascensor principalmente porque estaba cansada y dolorida y simplemente... fuera de mí, ¿sabéis? Pero este hombre fue directo hacia las escaleras. Se movió rápido, como si tuviera prisa. Cuando pasó junto al ascensor, fue cuando mejor lo vi. Sólo un poco de su cara, al costado del gorro”.

“¿Alguna idea de qué edad podría tener?”, preguntó Ellington.

“No, lo siento”.

“¿Alguna posibilidad de que fuera el joven con el que viste a Christine?”, preguntó Mackenzie.

“No, no lo creo. Este hombre era mucho más alto. Fácilmente medio pie más alto que yo. Tal vez un poco más de 1,80 m de alto”.

“¿Puede ser lo más precisa posible sobre la hora en que sucedió todo esto?”.

“Bueno, era poco después de las doce y media cuando me desperté; no recuerdo la hora exacta. Pero recuerdo claramente que era la una y diez cuando me acomodé de nuevo en la cama porque hice los cálculos del sueño para ver cuánto acabaría durmiendo esa noche. Así que probablemente eran sobre las 12:40 cuando dejé entrar a ese hombre en el edificio”.

Mackenzie se volvió hacia Wheeler. “¿Puedes hacer que tus chicos revisen el video para buscar a la señorita Isidro y al hombre de la sudadera negra?”.

“Por supuesto”, dijo Wheeler, despidiéndose de inmediato.

“¿Puedo preguntar, por qué esperaste tanto para presentarte con esta información?”, preguntó Ellington.

“Bueno, honestamente, ni siquiera pensé en ello de nuevo. Terminé yendo al dentista al día siguiente y se me fue de la mente. Entonces, esta mañana, una de mis vecinas me habló de Christine y todo regresó con violencia. Fue entonces cuando me di cuenta de lo sospechoso que parecía ese hombre… y de cómo la cagué al dejarlo entrar”.

“Le repito”, dijo Mackenzie, “que no podemos asumir automáticamente que las dos cosas estén relacionadas”. Aunque en base a la línea de tiempo, pensó, podría haber una muy buena posibilidad de que así sea.

“¿Esta vecina sabe más de Christine que tú?”, preguntó Mackenzie.

“No lo creo. Ella…”.

La interrumpieron cuando se abrió la puerta de la sala de conferencias. Wheeler se inclinó hacia adentro: la mitad delantera de su cuerpo se inclinaba hacia adentro y todo, desde el abdomen hacia abajo, seguía afuera. Parecía un poco excitado, un tanto asustado.

“Lo siento, agentes”, dijo, la emoción evidente en su voz. “Pero acabamos de recibir una llamada de una unidad que está de patrulla. Encontramos otro cuerpo”.

## CAPÍTULO DOCE

El cuerpo había sido descubierto a lo largo de las orillas del río Patapsco, en una ribera seca a unos veinticinco minutos del campus. Cuando Mackenzie y Ellington llegaron con Wheeler siguiéndoles por detrás, los dos policías que habían descubierto el cuerpo originalmente todavía seguían allí. Su coche patrulla estaba discretamente aparcado a un lado de la carretera, ocultando la vista del río que fluía por debajo de una pequeña caída que había más allá de la cuneta al costado de la carretera. Afortunadamente, era una carretera secundaria y el tráfico no era demasiado malo.

Mackenzie apenas se detuvo para hablar con los oficiales mientras se dirigía a la zanja y a la zona boscosa circundante. “¿Quién descubrió el cuerpo?”, preguntó.

“Un equipo del Departamento de Transportes”, dijo uno de los oficiales. “Estaban aquí para sacar a un ciervo al que habían golpeado

a un costado de la carretera, a unos diez metros por allí", dijo, asintiendo hacia la izquierda. "Dijo que por casualidad vio algo raro saliendo del agua".

"¿Está intacta la escena?", preguntó.

"Sí. En cuanto vimos el cuerpo, llamamos. No se ha tocado nada".

Mackenzie y Ellington se adentraron en la delgada franja de bosque que separaba la carretera secundaria de la orilla del Patapsco. Wheeler eligió quedarse con sus compañeros por detrás.

Incluso antes de que llegaran a la línea de árboles, pudo ver el contorno de lo que era claramente una pierna humana, que sobresalía del agua y estaba parcialmente anclada a lo largo de la orilla. A Mackenzie le resultó fácilmente creíble que cualquiera que condujera a baja velocidad, como un vehículo del Departamento de Transportes que acabara de recoger el cadáver de un ciervo, podría verlo si mirara por la ventana casualmente.

Se acercaron a la orilla, donde era visible una parte mayor del cuerpo. A medida que se acercaban al agua, todos los detalles se enfocaron. La víctima era una mujer joven, probablemente de entre 18 y 24 años. La habían desnudado por completo. Tenía unas débiles vetas rojas en su cabello rubio, probablemente de sangre. Había pequeños rasguños y cortes a lo largo de la mayor parte de su cuerpo. La característica más prominente, sin embargo, era que su brazo derecho estaba claramente roto. Estaba doblado hacia atrás en ángulo, levantado por encima de su cabeza donde estaba atado a su muñeca izquierda.

"Bueno, el rango de edad ciertamente encaja", dijo Ellington.

Mackenzie asintió mientras se ponía en cuclillas para ver mejor. El cuerpo de la mujer estaba mayormente de espaldas, pero lo bastante inclinado hacia arriba por la orilla y por un tronco que había atrapado su cuerpo y que, probablemente, había sido la causa de que se quedara atrapada en este lugar. Las partes que Mackenzie podía ver de la espalda y las nalgas de la mujer estaban muy raspadas. En algunas áreas parecía como si alguien le hubiera raspado con una hoja de papel de lija. La mayoría de esos cortes y arañazos todavía seguían sangrando.

"No lleva muerta mucho tiempo", comentó. "Claro que está pálida, pero eso es porque ha estado expuesta a este agua que apenas está por encima del punto de congelación. Y muchas de estas heridas

siguen sangrando”.

“¿Crees que el asesino ha sido algo perezoso a la hora de deshacerse del cuerpo o qué?”.

“No. Las abrasiones en su espalda parecen ir en la misma dirección. Creo que se deshicieron de ella en otro lugar y el río la trajo hasta aquí”.

“Así que la arrojaron al río en algún lugar desde esa dirección”, dijo Ellington, señalando en la dirección de la que el río se desviaba perezosamente.

“Resulta... extraño. A las otras les estrangularon y las dejaron donde estaban. Arrojar esta al río supone un gran salto”.

“Creo que tienes razón”, dijo Ellington. “Pero tenemos que considerar la edad. Y aunque odio decirlo sobre una mujer muerta, es lo que la mayoría consideraría atractiva, como las otras dos”.

“Necesitamos identificarla”, dijo Mackenzie. “Y si empezamos por reducir la búsqueda a estudiantes de Queen Nash, sabremos si este cuerpo está relacionado con Jo Haley y Christine Lynch en un periquete”.

“No veo evidencia de estrangulación”, dijo Ellington. “¿Y tú?”.

“No”. Pero, aun así, algo en la forma en que el cuerpo había sido desechado la hizo volver a un tren particular de pensamientos que se le había ocurrido mientras trataba de quedarse dormida después de su pesadilla.

La muerte de Jo Haley parecía haber sido pensada. El asesino tuvo sexo con ella, luego la estranguló. Luego, con Christine, fue más cauteloso, más directo. Aunque podría haber habido alguna actividad sexual entre ellos, no tuvieron relaciones sexuales y a ella simplemente la estranguló.

*Tal vez con esta, estaba tratando de ser aún más cuidadoso. Tal vez por eso ha sido atada. O tal vez se encontró con que tenía más prisa. Tal vez incluso está empezando a darse cuenta de lo similares que parecen sus asesinatos y está tratando de variar las cosas....*

“Tu instinto suele ser el correcto”, dijo Ellington. “Como marido tuyo, es algo difícil de decir, pero es verdad. ¿Qué te dice sobre esto?”.

No dudó mucho antes de responder: “Creo que, si empezamos a buscar en los registros de Queen Nash, tendremos una identificación de esta chica al anochecer. También creo que, si le asignaron a William Holland como asesor, va a ver el interior de una sala de interrogatorios muy pronto”.

Como convocado por la urgencia de la situación y el comentario de Mackenzie, Wheeler se acercó caminando entre la maleza. Parecía estar haciendo un esfuerzo por no mirar el cuerpo. “Pensé que querrías saber que los forenses vienen de camino. Están a unos diez minutos de aquí”.

Mackenzie sólo asintió. Miró hacia atrás, hacia el cadáver, el de una mujer hermosa en la flor de la vida. La hija de alguien. La hija de alguien con un futuro que nunca se realizaría por completo.

Como por resorte, la mano de Mackenzie encontró una vez más la minúscula protuberancia en su estómago y permaneció allí, como si estuviera protegiendo lo que había en su interior

# CAPÍTULO TRECE

Mackenzie y Ellington estaban trabajando en una de las salas de conferencias más pequeñas del recinto cuando llegó una identificación positiva de la víctima del río. Eran las 6:27 y, como habían trabajado bajo la dirección de Mackenzie reduciendo la búsqueda de huellas dactilares y reconocimiento facial a los estudiantes de la Universidad Queen Nash, había resultado un proceso mucho más fácil de lo que podría haber sido.

Wheeler entró en la habitación con una copia impresa y se la deslizó a través de la mesa con cara satisfecha. "Identificación positiva", dijo.

Mackenzie recogió el folio y leyó algunos de los puntos destacados en voz alta. Al hacerlo, cierta excitación empezó a cobrar vida en su estómago. Eso, pensó con un poco de ironía, o el bebé siente tu excitación.

"Marie Totino, de veinte años de edad. Actualmente matriculada en Queen Nash en su tercer año. Estudiante de ciencias políticas. Ha hecho algunas prácticas en D.C. y en el gobierno estatal de Maryland. Vive en Baltimore, cerca del campus. Oriunda de Bethesda".

"¿Alguna noticia de quién es su consejero?", preguntó Ellington.

"Está en la lista como Charles McMahon".

"Además", reportó Wheeler, "los forenses encontraron algunas marcas profundas alrededor de la base de su cuello. Podría ser evidencia de estrangulamiento. Lo sabremos con seguridad después de la autopsia, supongo. También había un gran moratón en su cabeza y una pequeña fractura en el cráneo en esa zona. También encontraron residuos alrededor de su boca que indican que le cerraron la boca con cinta adhesiva en algún momento".

"¿Alguna idea de cuándo fue vista por última vez?", preguntó Mackenzie.

"Tenemos a unos cuantos tipos trabajando en eso ahora mismo. La familia está siendo notificada en este momento. Marie era hija única. Ambos padres siguen vivos, viviendo en Bethesda. Podría haber más, pero literalmente obtuve toda esta información justo cuando llegó esa hoja".

Mackenzie y Ellington se pusieron de pie, y comenzaron a trabajar en una especie de sincronía que resultaba natural y, al mismo tiempo, y de alguna manera, casi sobrenatural. Iban a tener que hablar con la familia. Mackenzie odiaba hablar con los seres queridos agraviados cuando acababan de recibir la traumática noticia del fallecimiento de algún ser querido, pero la urgencia lo era todo en este caso. Con un tercer cuerpo descubierto y ahora identificado como el de otra estudiante, no había manera de mantener la historia se secreto, especialmente ahora que ya se habían reanudado las clases.

"¿Qué tenemos exactamente a la hora de hallar algo relevante en las grabaciones de seguridad del edificio de Christine Lynch?".

"No hay nada de utilidad. Tenemos al tipo que viene de frente y del lado oeste, pero nunca se le ve la cara. Incluso tenemos el momento en que él y Hazel Isidro se cruzan, pero sólo se vislumbra una pequeña parte de su cara. La punta de una nariz y sólo un pedazo de sus cejas. Nada que podamos usar para identificarlo".

"Me gustaría ver esas imágenes cuando regresemos", dijo Mackenzie. "Pero, por el momento, vamos a necesitar la dirección de la familia de Marie Totino".

"Claro", dijo Wheeler. "Te la conseguiré ahora mismo".

Wheeler los dejó y en el momento en que se cerró la puerta, Ellington tomó la mano de Mackenzie. "¿Recuerdas cuando amenacé con interpretar mi papel de marido protector?".

"Claro que sí. Fue gracioso".

"Hablo en serio", dijo. "Mac, ¿realmente crees que es buena idea que hables con una mujer que acaba de perder a su hija? Si crees que no he notado que tu mano se te ha ido a la barriga cada vez que surge algo estresante, estás ciega".

Aunque la preocupación que mostraba por ella era reconfortante, Mackenzie también pensaba que quizá se estuviera poniendo un poco sobreprotector. Sin embargo, si era honesta consigo misma, no pensaba que valiera la pena discutir. "Está bien", dijo. "Puedes llevar la voz cantante cuando lleguemos allí".

Le miró por un momento y sintió bastante certeza de que podía leer el pensamiento que había detrás de sus ojos. Cree que, en esta ocasión, debería haberme quedado en casa debería haberme quedado en casa. Cree que fue un error no contarle a McGrath lo de mi

embarazo.

Tal vez tenía razón. Sin embargo, ahora ya estaban demasiado metidos en esto, así que no tenía sentido detenerse.

“Intentemos solucionar este asunto tan rápido como podamos”, dijo Ellington. “Entonces no tendremos que preocuparnos por estas cosas”.

“Con esa clase de pensamiento tan profundo, definitivamente deberías llevar la voz cantante”, dijo con una nimia sonrisa.

“Por Dios, espero que nuestro hijo no herede tu talento para ser una sabelototodo”.

Con eso, salieron de la sala de conferencias en busca de Wheeler y del domicilio de una familia que acababa de perder a su hija debido a lo que parecía ser un asesino en serie.

***

Fiel a su palabra, Mackenzie dejó que Ellington tomara la iniciativa cuando llegaron a la casa de los Totino treinta y cinco minutos después. Y, a decir verdad, a ella le venía bien que él tomara el papel de líder. Los padres, Sandra Totino, de 52 años de edad, y Mike Totino, de 57, habían empezado hacía menos de una hora sus nuevas vidas sin su hija. La noticia estaba tan fresca que los policías que les habían visitado para darles la noticia estaban regresando a su coche patrulla cuando llegaron Mackenzie y Ellington.

Ahora, quince minutos después, estaban sentados en la sala de estar de la residencia familiar. Sandra parecía estar aturdida, meciéndose de un lado a otro del sofá y mirando al suelo. Fue Mike, el padre, quien llevó toda la conversación. Mackenzie estaba bastante segura de que lo único que le permitía tener algún tipo de conversación racional con ellos era la ira que sentía por el asesino que se había llevado a su hija... por un asesino al que tenía muchas ganas de que capturaran para llevarle ante la justicia tan pronto como fuera posible.

“Su hija es la tercera alumna que ha sido asesinada en menos de dos semanas”, dijo Ellington una vez los Totino lograron recuperar una apariencia de equilibrio emocional. Estaba claro que ambos tenían un largo camino por recorrer (y es comprensible que así fuera), pero

Mike se aferraba solo a su ira.

"¿Por qué, en el nombre de Dios, alguien tendría a Marie como objetivo?", preguntó Mike Totino.

"Eso es exactamente con lo que esperábamos que pudieran ayudarnos. Creemos que todas las víctimas tenían algún tipo de relación con el asesino, ya fuera una simple amistad o algo más íntimo".

"No creo que Marie tuviera novio", dijo Mike. Luego añadió, con un poco de veneno en la voz: "Si es eso lo que está insinuando".

Ellington dejó pasar el golpe sin mostrar ninguna afectación. "Creemos que, si podemos encontrar un solo vínculo entre las víctimas, podría ayudarnos a estar más cerca de identificar al asesino. ¿Conocen a alguno de los amigos íntimos de Marie?".

"Eso es lo que lo hace tan difícil. No iría tan lejos como para decir que Marie no tiene... no tenía... ningún amigo...". Se detuvo aquí, claramente ahogando un sollozo. Le tomó varios segundos conseguir recomponerse antes de continuar de nuevo. "Estos últimos meses, ha estado con un grupo político. Organizan mítines y eventos para recaudar fondos, ¿saben? Ella mencionó algunos nombres por aquí y por allá, pero nunca presté mucha atención a ellos. ¿Qué hay de ti, querida?".

Le dio un empujón a Sandra, pero ella sólo pudo agitar la cabeza lentamente. Las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas, pero su cara era una pizarra en blanco.

"Sus registros muestran que estaba muy involucrada en la política", dijo Ellington. "Hizo algunas prácticas para organismos gubernamentales, ¿verdad?".

"Así es", dijo Mike.

"¿Recuerdan para qué eran las prácticas?".

"La más reciente fue algo con lo que ayudó a promover el registro de votantes. Pero había otra en la que estaba involucrada... ayudando a un director de campaña con horarios y cosas así".

"¿Y nunca mencionó a ninguna de las personas con las que trabajaba?".

“No. Nunca fue de las que se preocupan por su vida social. Siempre estuvo más interesada en hacer una profesión de todo ello. Lo ha estado desde que tenía unos dieciséis años. Siempre ha tenido una mentalidad muy política. Ella sabía que a ninguno de los dos nos importaba mucho la política”, dijo, señalándose a sí mismo y luego a su esposa. “Pero Marie intentó presionarnos. Nos traía propaganda y panfletos. Alfileres, banderitas y todo eso para los candidatos en los que creía”

Se detuvo otro momento aquí, agobiado por el recuerdo de las pasiones de su hija.

“Lo siento. Necesito un momento...”.

“Por supuesto.”.

"No tenemos reparos en que echen un vistazo alrededor... en su habitación. Arriba, la última habitación a la izquierda”.

Mackenzie y Ellington aceptaron la oferta de inmediato. Cuando estaban a mitad de camino por el pasillo hacia las escaleras, Mackenzie pudo oír cómo Mike empezaba a sollozar.

Llegaron a la habitación de Marie y Mackenzie se sintió abrumada por la sensación de un lugar que claramente había sido habitado. El hecho de que la ocupante de la habitación nunca volvería a poner su pie en ella resultaba inquietante.

La habitación no era un desastre, no realmente, pero podría haber necesitado una buena limpieza. Había algo de ropa sucias por el suelo y un montón de notas y papeles sobre el escritorio. Mackenzie fue hacia el escritorio y miró a su alrededor. Vio un montón de notas que habían sido garabateadas, la mayoría de las cuales eran sólo notas de tareas que Marie había escrito para sí misma.

También vio propaganda de varias figuras políticas diferentes, hasta llegar a los candidatos presidenciales. Algunos de ellos estaban marcados, Marie había hecho subrayados y notas a modo de recordatorios. Había anotado palabras como Move to Action y Oversell, haciendo notas sobre lo que hacía que la verborrea de la literatura fuera tan poderosa. Era un pequeño vistazo ideal de lo que Marie iba a hacer en la universidad: una carrera en política.

Vio un pequeño alfiler, un botón que la gente usaba a menudo en la ropa y los sombreros en los mítines, de un candidato local del que nunca había oído hablar.

“El señor Totino mencionó que Marie estaba trabajando con un director de campaña para un político, ¿verdad?”, preguntó Mackenzie.

“Sí. ¿Por qué?”.

Ella movió su mano hacia el montón de material. “Marie estaba muy metida en este tipo de cosas. Creo que tenemos que hablar con el director de campaña con el que trabajaba”.

Ellington asintió, echando un último vistazo a su alrededor. Cuando él también estaba a punto de revisar el montón de material que había sobre el escritorio, escucharon cómo el señor Totino les llamaba desde abajo.

“¿Agentes? Ahora ya estoy bien… si hay más preguntas, hagámoslo ahora…”.

No perdieron el tiempo porque querían salir de casa de los Totinos lo antes posible. Volvieron abajo, donde Mike Totino los encontró en el pasillo. “Terminemos en la cocina”, dijo, todavía secándose las lágrimas de los ojos. “Sandra no puede hacer esto ahora mismo. Ella… ella va a estar hecha un desastre por un tiempo y… mierda. Venga… acabemos con esto”.

Los llevó a la cocina, la casa tan silenciosa que Mackenzie podía oír el zumbido del refrigerador.

“Sólo unas pocas cosas más”, dijo Ellington, asumiendo de nuevo el papel principal. “Ha mencionado que Marie estaba trabajando junto a un director de campaña. ¿Por casualidad sabe de quién se trata?”.

“No. Lo siento. Pero era para un tipo local que se postulaba para un puesto en el ayuntamiento. Neil Rooney”.

“¿Así que ella sólo ayudaba? ¿O alguna vez dirigió estos mítines?”, preguntó Ellington.

“No. Estaba demasiado concentrada en sus estudios. Normalmente sólo ayudaba. Pero, maldita sea, realmente le apasionaban este tipo de cosas”.

Mackenzie estaba interesada en ver adónde llevaría Ellington la conversación a partir de ahora. Si ella estuviera a cargo, terminaría aquí. Estos padres obviamente necesitaban algo de tiempo para llorar por su hija sin que les molestaran. Además, estaba claro que, si había alguna información relevante que sacar de ellos, no iba a suceder en

este momento, cuando acababan de recibir la noticia. Además de eso, se habían enterado de cierta información, información que ya estaba empezando a conectar algunos puntos dentro de la mente de Mackenzie.

Se sintió aliviada cuando Ellington se puso de pie lentamente. Miró a Mike Totino con toda la empatía que pudo reunir, una mirada que le rompió un poco el corazón a Mackenzie. “Muchas gracias por su tiempo”, dijo. “Ahora le dejaremos en paz, pero si se le ocurre algo que pueda ayudarnos en los próximos días, por favor no dude en llamar a la policía de inmediato”.

¿Tienen alguna otra familia por aquí que venga a pasar esto con ustedes?”, preguntó Mackenzie mientras salían, incapaz de evitarlo.

“La hermana de Sandra llegará en cualquier momento”, dijo Mike. “Gracias por preguntarlo”.

Mike Totino cerró la puerta tras ellos. Para cuando Mackenzie y Ellington salieron al porche, la noche ya había caído. Hacía mucho frío, y el pronóstico era que las temperaturas descenderían por debajo de los diez grados esa noche. Esto hizo que Mackenzie pensara en el cuerpo de Marie Totino en el río Patapsco; le hizo desear que la pobre mujer hubiera muerto antes de ser arrojada a esas aguas heladas.

Ninguno de los dos habló hasta que estuvieron dentro del coche, donde la calefacción se movió tan rápido como pudo para producir algo de calor.

“¿Te parece un callejón sin salida?”, preguntó.

“Tal vez no. Me gustaría ver si podemos encontrar información sobre las aficiones que tenían Christine y Jo. Desde que hablamos con Charles McMahon hemos sabido que tanto Jo como Christine estaban graduándose en ciencias políticas. Y ahora sabemos que una tercera víctima también compartía esa misma carrera”.

“¿Así que crees que nuestras víctimas están siendo seleccionadas por sus estudios?”, preguntó Ellington.

“Tal vez no por sus estudios. Pero tal vez todas estas mujeres jóvenes tenían algo en común además de sus especialidades. Como los asesores en algunos casos. O tal vez amigos. El hecho de que permitieran que estos hombres se acercaran tanto a ellas… me hace pensar que el asesino pudiera ser un amigo”.

“Casi me hace desear que Holland fuera el asesor académico de Marie Totino”. Pensó en esto por un momento y luego suspiró. “En fin, veamos qué otra información podemos obtener sobre los clubes o actividades en las que estaban metidas Christine Lynch y Jo Haley. Vaya....el ayudante Wheeler realmente va a empezar a odiarnos”.

“Lo dudo. Creo que preferiría que le diéramos más trabajo en vez de sembrar el pánico en todo el campus debido a un asesino en serie”.

Ellington asintió mientras volvían a comisaría. Le pilló mirando en su dirección, pequeñas miradas por el rabillo del ojo para asegurarse de que ella se sentía bien. A decir verdad, se sentía bastante bien, mucho mejor de lo que se había sentido a esta misma hora el día anterior.

Para ella, eso ya era una buena señal. Quizás con esta débil pista para enlazar potencialmente a todas las víctimas, el final estuviera más cerca de lo que ella podría haber anticipado.

# CAPÍTULO CATORCE

Cuando regresaron a comisaría, parecía que había un ambiente muy tenso en el aire. Mackenzie notó que recibían algunas miradas raras de los agentes, algunas de las ellas llenas de decepción. Ella ya había visto antes destellos similares, por lo general cuando la policía local comenzaba a sentir que la presencia de un agente del bureau les estaba haciendo más daño de lo que les estaba ayudando.

"¿Qué demonios ha pasado aquí?", preguntó Ellington en voz baja.

"Ni idea", contestó Mackenzie.

Cuando vio a Wheeler acercándose a ellos, marchando como si tuviera un trillón de cosas que hacer, pensó que estaban a punto de averiguarlo.

"¿Qué está pasando?", preguntó Mackenzie.

"La historia llegó a las redes sociales hace una hora más o menos. Y la gente ya está haciendo su propio trabajo de detective, haciendo las conexiones. Tres mujeres jóvenes, todas estudiantes de Queen Nash, en menos de dos semanas".

"¿Alguna idea de dónde se originaron los artículos?".

"Parece que Hazel Isidro publicó algo en Facebook hoy por la mañana y alguien hizo un comentario sobre otro cuerpo que se había encontrado hoy, en algún lugar de un río, pero del que nadie tenía un nombre. Todavía no, al parecer".

"¿Cómo es de malo?", preguntó Ellington.

"No demasiado todavía, pero ya hemos visto cómo las redes sociales pueden hacer que las cosas exploten de la nada. Puedo garantizaros que la mayoría de los estudiantes del campus se enterarán de esto por la mañana. Probablemente incluso antes de eso".

"¿Qué implica eso en términos de personal policial?".

"Seguridad extra, recibir cientos de llamadas de cualquiera que piense que ve a alguien sospechoso. Puede ponerse feo. Es por eso que todos están sobre alerta por aquí. El jefe está de camino para reunirse

con el presidente de Queen Nash y ver qué se puede hacer para frenar el pánico”.

*Se acabó lo de adelantarse al pánico en el campus, pensó Mackenzie.*

“Ayudante Wheeler, ¿ha estado trabajando con alguien específicamente en la universidad para obtener información sobre las víctimas?”, preguntó Mackenzie.

“Una mujer en la oficina de registro. Ha sido de gran ayuda”.

“Sé que es fuera de horario, pero nos gustaría obtener toda la información que podamos sobre Jo Haley y Christine Lynch. Estamos buscando clubes, puestos de becarios o grupos variados con los que puedan haber estado involucradas”.

“Ya es la hora de salida, así que eso puede llevar algún tiempo”.

“Eso está bien. Oh... ¿y te dice algo el nombre de Neil Rooney?”.

“Lo cierto es que sí. Se presentó para vicepresidente del consejo municipal el pasado noviembre. ¿Por qué lo preguntáis?”.

“Marie Totino estuvo involucrada en ayudar en mítines y recaudaciones de fondos para él. Ella estuvo trabajando de cerca con su director de campaña. Me gustaría saber de quién se trata”.

“Ya veo. Puedo hacer que alguien encuentre esa información para vosotros. No debería ser tan difícil. Hay muchas estudiantes de ciencias políticas que ayudan con cosas como esa cuando llegan las elecciones. Estoy seguro de que es lo mismo en la mayoría de los campus que ofrecen la carrera, pero puede ponerse bastante animado por aquí”.

“¿Alguna vez se les ha ido de las manos?”, preguntó Mackenzie.

“No. En realidad, tienden a ser muy formales y pacíficos. Tenemos una pequeña pelea aquí y allá, pero nada parecido a lo que ves en las noticias nacionales”.

“¿Crees que nosotros...?”, Ellington empezó a preguntar. El sonido de su teléfono lo interrumpió. Comprobó el identificador de llamadas, frunció el ceño y dijo: “Discúlpame un segundo”.

Mackenzie miró mientras se daba la vuelta y hablaba en voz baja en una esquina. Tiene que ser McGrath, pensó ella. Y con ese

pensamiento vino otra de esas extrañas sensaciones de aleteaba en su estómago.

Y esta vez, estaba segura de que el bebé no tenía nada que ver.

“Sí, señor, espere”, dijo Ellington. Silenció la llamada y se volvió hacia Mackenzie y Wheeler. “Ayudante Wheeler, ¿nos disculpas un momento? Este es nuestro director al teléfono”.

“Claro. Podéis usar la sala de conferencias si la necesitáis”.

Se alejaron de Wheeler y se dirigieron a la sala de conferencias que habían estado usando como oficina improvisada.

“¿Qué es lo que quiere?”, preguntó Mackenzie.

“No lo sé. Dijo que quería hablar con los dos. Lo pondré en el altavoz”.

Había varias preguntas en su cabeza, pero ella sabía que todas eran inútiles. No las iba a responder hasta que hablaran con McGrath.

Con la puerta de la sala de conferencias cerrada, Ellington tocó la tecla del sonido y la colocó en modo de altavoz. “Muy bien, señor”, dijo mientras se sentaban uno al lado del otro. “Estamos aquí”.

“Gracias”, dijo. “Iré directo al grano. Os envié a los dos allí, esperando poder hacer frente a este asunto antes de que se convirtiera en una enorme preocupación para todo el campus. Estoy viendo que ya se está empezando a correr la voz. Y con la tercera víctima que ha aparecido hoy, creo que debería reemplazaros con otro agente”.

“Con todo respeto, ¿por qué?”, preguntó Mackenzie.

“Porque vosotros dos estáis demasiado involucrados. Y si se descubre que tenía un par de agentes que estaban recién casados y que han estado involucrados románticamente durante meses, y que no pudieron cerrar el caso, será un circo en toda la oficina. Tomé una decisión al enviaros a los dos juntos y soy lo suficientemente hombre como para admitir que probablemente fue una decisión equivocada. Esto no tiene nada que ver con vuestro rendimiento. Os pedí que resolvierais una serie de asesinatos en un periodo bastante decente de tiempo”.

“Pero la noticia apenas se ha difundido”, argumentó Ellington. “Estábamos hablando con el ayudante Wheeler. Por ahora, es sólo un

poco de conmoción en Facebook”.

“Lo que, como sabes, significa que saldrá en las noticias de las once de esta noche”.

“Director McGrath, podemos...”, empezó Mackenzie.

“No está abierto a discusión. Quiero que ambos os pongáis en segundo plano. Quiero que os quedéis allí, pero vuestro papel está siendo reducido. Como habéis trabajado en ello los últimos dos días, os quiero ahí como recursos. Voy a enviar a Yardley y Harrison hasta allí en unas horas, así que estarán activos en cuanto llegue la mañana y esto es algo que abarca todo el campus. Y si se nos escapa de las manos en las primeras doce horas, enviaré refuerzos”.

Mackenzie se puso de pie y empezó a caminar. Estaba furiosa, pero al mismo tiempo, lo entendía.

“¿Agentes?”, dijo. “¿Me habéis entendido?”.

“Sí, señor”, dijo Ellington, en un tono que indicaba que realmente no creía que estuviera bien en absoluto.

“Antes de iros, aseguraos de que el punto de contacto tenga la información de Yardley y Harrison”.

“Así lo haré”, dijo Ellington, terminando la llamada. Luego se puso las manos en las caderas y pronunció una maldición en voz baja.

“Tuvo que hacerlo”, dijo Mackenzie, aunque a ella no le gustaba la decisión más que a Ellington. “Esencialmente nos estaba haciendo un favor al permitirnos trabajar juntos en esto”.

“Aun así. ¿Este asunto está a punto de estallar y es entonces cuando nos saca de ello?”. Se enojó un poco antes de mirar directamente a Mackenzie y lanzarle una débil sonrisa. “Si todo el campus sabe que hay un asesino en serie, eso podría ser muy estresante para ti”.

“Soy una chica grande. Estaré bien”.

Aun así, la forma en que su ira pareció desvanecerse cuando se dio cuenta de que esto podría ser lo mejor para ella resultaba tranquilizador para Mackenzie. Incluso cuando se trataba de su carrera, ponía a ella y a su bebé por encima de todo lo demás.

“Bueno, supongo que eso es todo”, dijo Ellington. “Digo que consigamos copias de todos los archivos y hagamos lo mejor que podamos”.

“¿Y lo mejor es qué, exactamente?”, preguntó ella, aún un poco desinflada.

“Estar encerrados en una habitación juntos mientras otros dos agentes se enfrentan a la protesta pública por la mañana”.

“Esa es una manera interesante de darle la vuelta”, dijo.

“Venga. Vamos a decirle a Wheeler lo que está pasando”.

Salieron juntos de la habitación y Mackenzie hizo todo lo posible por ocultar el hecho de que en realidad se sentía aliviada por las noticias. Sí, era terrible ser degradada; la hacía sentir como si hubiera hecho algo malo, que era de alguna manera inferior.

Pero el pequeño nudo en su estómago que se había formado cuando supo que McGrath estaba al teléfono se estaba convirtiendo en otra cosa, algo muy parecido a las náuseas.

Aparentemente, ser empujado al asiento trasero del caso también hacía que el bebé se sintiera un poco enfermo.

## CAPÍTULO QUINCE

Tal vez fuera porque sus hormonas estaban como locas o porque sabían que eran unos recién casados... pero lo primero que hicieron Mackenzie y Ellington cuando regresaron al hotel fue hacer el amor. En cuanto a Mackenzie, fue una manera increíble de aliviar la tensión y el enojo que sentía por haber recibido un papel secundario en el caso. Y aunque sintiera ciertas náuseas unas cuantas veces, pudo disfrutar plenamente del momento. También le gustaba la idea de que, a pesar de estar embarazada, su vida sexual había sido casi imparable y de lo más insaciable desde que compartiera la noticia con Ellington.

Cuando terminaron, se turnaron en la ducha y a las diez en punto, tenían un pequeño espacio funcional de trabajo dentro de la habitación. Ellington estaba en la mesita junto a la ventana, mientras que Mackenzie tenía su portátil y sus papeles sobre la cama. Cuando comenzó a revisar los archivos del caso, vio que tenía un correo electrónico de Wheeler en su teléfono. Lo abrió y vio que él había adjuntado varios documentos que habían llegado de la universidad. Los abrió y vio que era la información que había pedido: cualquier club o actividad en la que Christine o Jo hubieran participado.

Lo leyó todo y empezó a tomar notas. “Wheeler nos consiguió esa información”, le dijo a Ellington mientras escribía. “No parece que las chicas fueran parte de ninguno de los mismos clubes, pero Jo y Marie se inscribieron en una organización que permite a los estudiantes ayudar en las campañas de los políticos locales. Ambas lo usaron para cumplir con algún requisito de sus especialidades”.

“¿Nada sobre Christine Lynch?”.

“Nada que pueda ver todavía”.

“Estoy aquí mirando la página de voluntarios en el sitio web de Rooney. Es fácilmente accesible y parece que está abierto a casi todo el mundo. La letra pequeña dice que se dará preferencia a aquellos con aspiraciones políticas o con formación académica en política. Y el director de la campaña es Daniel Humphrey”.

“Así que no es como si estas chicas tuvieran una entrada automática”, dijo Mackenzie. “Probablemente se alistaron como cualquier otra persona. Y en algún momento, parece tuvieron que hablar con Daniel Humphrey”.

“Esa podría ser una de las cosas que tenemos que averiguar”.

“¿Es Rooney republicano o demócrata?”.

“Independiente. Y, por lo que puedo decir, tiene muchos seguidores. Perdió las elecciones de las que Wheeler nos hablaba, pero estuvieron mucho más cerca de ganarlas de lo que nadie se esperaba”.

“¿Hay un número de contacto de Daniel Humphrey?”.

“No. Sólo una dirección de correo electrónico. Voy a enviarle uno ahora mismo”.

Se callaron de nuevo mientras Mackenzie miraba los archivos que Wheeler le había enviado. Creó una pequeña lista de paralelismos entre las niñas, sin encontrar nada completamente nuevo. La misma especialización, los mismos intereses que sus transcripciones y archivos estipulaban, el mismo curso de universidad. Pero ahí es donde se detuvo. Diferentes asesores académicos. Diferentes edificios de apartamentos. Por lo que parecía, la única conexión fuerte entre cualquiera de ellas era el hecho de que Jo y Marie habían interactuado con Humphrey.

A continuación, Mackenzie expuso las situaciones de cada una de las niñas. Era espeluznante pensar en ellos de esa manera, pero cuando se trataba de un caso con una línea de tiempo apresurada, a veces era la mejor manera.

*Primera víctima, Jo Haley. Sexo, seguido de estrangulación. Encontrada en el dormitorio.*

*La segunda víctima, Christine Lynch. Actividad sexual, pero sin relaciones sexuales. También estrangulada. Encontrada en la cocina.*

*Tercera víctima, Marie Totino. Hematoma en la cabeza y fractura de cráneo. Atada desnuda, con la boca cerrada. No está claro, aunque hay evidencia de estrangulación. La tiraron al río.*

Mackenzie fue de un lado a otro de esas notas, buscando una historia que tuviera sentido. Trató de jugar con todos los escenarios en su cabeza, pero sólo había uno que parecía pegar… e incluso ese parecía débil.

*Hay un elemento de sexo en dos de ellas… tres si se tiene en cuenta el hecho de que Marie Totino estaba desnuda y atada. En la que claramente hay una relación sexual real, dejaron a la víctima en la cama, como si el*

*asesino no estuviera preocupado por dejar ninguna prueba. Y entonces ató y amordazó a la última. Esos dos indican que el asesino podría anhelar tanto el poder como el sexo: la sensación de que tiene dominio completo sobre su pareja.*

*Dominio. Poder....pero un sentido de urgencia que parece escalar con cada víctima.*

Había algo allí... algo que Mackenzie no podía entender. Era como un nombre en la punta de la lengua, un nombre que no se le acababa de ocurrir a su cerebro.

"Voy a prepararme para ir a la cama", dijo Ellington.

Mackenzie casi le dice ¿tan pronto?, pero entonces vio la hora. De alguna manera, ya habían dado las 12:10.

"Sí, buena idea", dijo ella. "Incluso desde un segundo plano, mañana podría ser un día agitado".

"Me sorprende que Yardley o Harrison no hayan llamado todavía".

"A mí no. Lo único que Yardley y yo tenemos en común es que odiamos pedir ayuda. Puede que llamar incluso para ponerse al día le parezca mostrar debilidad en la primera noche. Me imagino que sabremos algo de ellos mañana a primera hora".

"Entonces, más razones para ir a la cama", dijo Ellington.

Apagaron sus portátiles y se prepararon para ir a la cama. Hasta lo hicieron de una manera rutinaria que parecía prefigurar los años de matrimonio que les aguardaban. Se metieron en la cama y Mackenzie se quedó dormida con el brazo de Ellington alrededor de su torso, y su mano sobre su abdomen. Pensó en lo que crecía bajo esa mano y luego, inexplicablemente, vio a María Totino en el río, amargamente fría y con la espalda raspada.

Y por razones que estaban mucho más allá de ella, esto le hizo llorar a Mackenzie. Pensó en la mirada muerta en la cara de Sandra Totino mientras intentaba entender un mundo en el que su hija había sido desnudada, asesinada y arrojada a un río helado. Mackenzie lloró durante varios minutos, haciendo todo lo posible por mantenerlo en privado.

Le agarró la mano a Ellington, que todavía estaba sobre su

abdomen, y él la apretó somnoliento. Él la atrajo hacia ella y cuando ella se dio cuenta de que aún estaba despierto, se volvió hacia él, hundió su cabeza en su hombro y lloró a mares. En algún momento se quedó dormida y aunque sabía que aún le quedaban varias semanas antes de que el bebé empezara a patear, podía jurar que había sentido cómo se movía en su vientre.

***

Cuando se despertó seis horas y media después, las pequeñas ideas con las que había estado jugando en su mente la noche anterior todavía estaban dispersas en su cabeza. Incluso antes de que abriera completamente los ojos, empezó a clasificarlas de nuevo.

*Sexo. Poder. Control.*

Luego pensó en la familia Totino y en toda la literatura de campaña política de la habitación de Marie. En algún momento, probablemente había trabajado estrechamente con Daniel Humphrey, el gerente de campaña de un político prometedor que casi había logrado dar una gran sorpresa en una elección local para concejal.

¿Qué debe hacer una casi victoria como esa a la mente del hombre que lo había preparado todo? ¿Un hombre que no era político, pero al que le gustaba codearse con ellos?

*Poder. Control.*

Se levantó de la cama y se dirigió al baño, donde se cepilló los dientes y se recogió el pelo. Cuando volvió a salir y sacó su portátil de la bolsa, Ellington se movió por detrás de ella.

"¿Estás bien?", preguntó.

"Sí. Sólo quiero comprobar algo".

Se sentó en la cama y miró el reloj. Mackenzie sabía que se sentiría culpable al ver que eran las 6:10. Él odiaba dormir más allá de las 5:30, pero ella también sabía que él no era de los que decían que no al capricho ocasional. Era extremadamente raro que pudieran dormir hasta tarde. Tenía curiosidad por saber si él había decidido levantarse de la cama o si intentaría dormir unas horas más.

Decidió levantarse de la cama. Se acercó a ella, le besó la mejilla

mientras su portátil se ponía en marcha, y luego comenzó su rutina matutina. Mackenzie sonrió, sintiendo otra oleada de consuelo cuando se dio cuenta de lo bien que se conocían. En las mañanas en las que no estaban apurados, ella sabía que Ellington pasaba la primera hora más o menos recorriendo una rutina de ejercicios para acabar por ducharse. La habitación del hotel no era muy espaciosa, así que cuando comenzó su rutina, una que incluía abdominales y más abdominales, tablas, lagartijas y otros movimientos con los que Mackenzie no estaba muy familiarizada, lo hizo entre su lado de la cama y la puerta del baño.

Mientras hacía ejercicio, Mackenzie comenzó a investigar desde primera hora de la mañana. Comenzó buscando en las cuentas de redes sociales de Daniel Humphrey. Todas ellas estaban listadas como páginas privadas, que no permitían el acceso a nadie más que a aquellos que le enviaran solicitudes de amistad. Si él estaba metido en política, suponía que lo entendía. Estaba a punto de abandonar esta ruta hasta que descubrió que tenía dos perfiles en Facebook, uno para su vida profesional y otro para su vida personal. Por primera vez, vio al hombre en cuestión. Era bastante guapo, un hombre de treinta y nueve años que podía pasar fácilmente por treinta. Si bien era en realidad su perfil personal, seguía estando bastante cargado de inclinaciones políticas.

Fue a su lista de amigos y rápidamente se desplazó a través de ella. El número de mujeres superaba con creces al de los hombres, y muchas de ellas eran mujeres de aspecto profesional. Algunos, sin embargo, eran clichés selectos, en capas con un filtro, mientras que las mujeres daban pequeños y sexys looks y posaban ante la cámara. Fue al campo de búsqueda y escribió los nombres de las víctimas.

Jo Haley primero. Y ahí estaba ella, listada como amiga de Humphrey.

Después probó con Marie Totino y, sin duda alguna, ella también estaba allí.

Con un pequeño movimiento de excitación en su estómago (que definitivamente no era el bebé), a continuación probó con Christine Lynch.

Ella también estaba en su lista de amigos.

Era el primer vínculo sólido entre las tres víctimas.

Sintiendo un ambiente de plomo a su alrededor, Mackenzie buscó

en Google su nombre, pero no había mucho que decir. Luego trató de escribir a Neil Rooney junto con su nombre y obtuvo algunos resultados más, a saber, artículos sobre algunos de los mítines de la campaña del año pasado. Se mencionaba el nombre de Humphrey en algunos artículos y dejaba caer algunas líneas sobre lo genial que pensaba que era su candidato.

Por lo que Mackenzie pudo ver, los mítines que Humphrey ayudaba a organizar tendían a atraer a un público mucho más joven. En noviembre pasado, durante la campaña en la que Rooney casi había logrado ser elegido vicepresidente del Consejo de la Ciudad de Baltimore, a menudo tocaba temas de Rage Against the Machine o Rise Against. Rooney había citado una frase de Breaking Bad durante un debate, un momento que había llamado la atención nacional durante un día o dos.

Por mucho que lo intentara, no pudo encontrar ninguna historia sobre violencia o altercados en los mítines. No era como si fuera un candidato presidencial o algo así; los mítines eran generalmente muy pequeños, con no más de doscientas personas más o menos.

Luego buscó rápidamente a Rooney en Google. Inmediatamente, vio donde se había ido. Siempre estaba en la carretera, viajando por el país. Parecía un tipo decente, como la clase de tipo por el que Mackenzie votaría. Era un cristiano profeso que contribuía con dinero a varias organizaciones benéficas de todo el mundo. Vio fotos de él visitando Sierra Leona y partes de la India, ayudando a los pobres. Leyó artículos sobre su perseverancia cuando había permanecido al lado de su madre mientras el cáncer de mama la mataba lentamente.

Estaba a punto de darse por vencida cuando se le ocurrió una última idea. Escribió los términos de búsqueda Daniel Humphrey, Baltimore y crimen.

El primer titular que apareció llamó su atención. Destacaba tanto que estaba segura de que eventualmente lo habría encontrado si hubiera seguido excavando durante su búsqueda inicial de Daniel Humphrey.

Hizo clic en la historia y la leyó, sintiendo todavía la sensación de que se estaba construyendo una especie de cimiento bajo sus pies: el cimiento de una pista. Puede que tenga algo que ver. Tal vez...

“¿Qué estamos mirando?”.

Había estado tan absorta en su investigación que no había oído a

Ellington salir de la ducha y subir detrás de ella. Estaba seco y parcialmente vestido, en calzoncillos y abotonándose la camisa.

"Daniel Humphrey", dijo ella. "Anoche estaba pensando... en un asesino que va de la estrangulación después del sexo a deshacerse de un cuerpo en un río".

"¿Y en qué estabas pensando exactamente?".

Mackenzie le llevó por su tren de pensamiento, explicando su idea de que el asesino podría ser alguien que anhelaba no sólo los aspectos sexuales de lo que estaba haciendo, sino el control de todo. Es por eso que cada escena del crimen parecía tener cada vez menos orientación sexual y cada vez más control de la víctima. Y cuando trataron de crear un perfil de un asesino basado en el control, la única persona con las que realmente se habían encontrado que encajaban en esa descripción era William Holland.

"Creí que habíamos acordado que era inocente", dijo Ellington.

"Creo que es probable que lo sea. Pero luego me pregunté sobre ese tal Humphrey. Revisé su cuenta de Facebook y encontré a las tres víctimas en su lista de contactos. Y piénsalo. Aparte de los políticos corruptos, ¿qué otro tipo de gente desesperada va a estar hambrienta de poder, haciendo lo que sea para experimentar algún tipo de control sobre sus vidas, sobre otras, etc.?".

"Aspirantes", dijo Ellington. "Gente, por ejemplo, que podría ayudar a los políticos a organizar mítines y a inscribir votantes".

"Los gerentes de campaña, tal vez", dijo Mackenzie.

"¿Y Rooney?", preguntó Ellington. "¿Está limpio?".

"Parece un santo", respondió Mackenzie. "Además, un vistazo a su itinerario de viaje y estoy bastante segura de que le descartaríamos de todos modos. Pero no importa... creo que a continuación, vamos a ir donde Humphrey. Si no es nuestro hombre, al menos es una buena pista. Encontré este artículo", dijo, señalando a su portátil. "Cuenta la historia de una mujer que se presentó el verano pasado, afirmando que hace tres años Humphrey drogó y violó tanto a ella como a una de sus amigas. Dice que amenazó con matarlas si se lo decían a alguien. Esta mujer se presentó, alegando que se le había pagado por su silencio. Dijo que Humphrey le había dicho que podía asegurarse un puesto en el equipo de un político que ya no está activo mientras ella se acostaba con él. Tuvieron una relación por un tiempo, pero las

cosas se volvieron tóxicas. Dice que la última vez que estuvieron juntos, la drogó a ella y a su amiga… y luego las violó a las dos".

"¿Qué hay de la amiga?".

"Ella nunca dijo nada. No hay nada de ella en absoluto por lo que puedo ver".

"¿Merece la pena creer en la historia de la mujer? ¿Sabemos quién es ella?".

"Se llama Kathy Clements. No he tenido la oportunidad de buscarla todavía. Pero este artículo afirma que después de los supuestos eventos que ella dijo que habían ocurrido, renunció a su trabajo y borró todas sus cuentas de redes sociales".

"A mí me suena a que es mentira".

"Lo mismo digo. Pero si le pagaron y le amenazaron… tal vez era para que mantuviera la boca cerrada".

Ellington se encogió de hombros. "Podría ser. Haré una llamada y veré qué puedo averiguar sobre ella".

Ellington hizo exactamente eso, realizando una llamada a la oficina de recursos del FBI. En el instante que empezó a hablar con alguien al otro extremo, sonó el teléfono de Mackenzie. Cuando vio el nombre en la pantalla, no estuvo segura de cómo sentirse.

Era Yardley. Y Mackenzie sabía que Yardley no era de las que piden ayuda. Así que o algo había ido muy mal o McGrath les estaba lanzando otro reto. Ella respondió a la llamada, tratando de sonar lo más calmada posible.

"Buenos días, Yardley".

"Hola, White. O, bueno, supongo que ahora eres Ellington también, ¿eh?".

Mackenzie se tensó un poco. Sonaba un poco extraño. Tal vez esa fuera una discusión que ella y Ellington necesitaban tener en un futuro muy cercano.

"¿Cómo va todo?", preguntó Mackenzie.

"Bastante bien. Creo que el ayudante Wheeler nos ha preparado lo mejor que ha podido. Tengo todos los archivos y notas del caso,

incluyendo todo lo que nos dejasteis por aquí. Así que gracias por eso. Mira... con las noticias de los asesinatos circulando por el campus, las cosas están un poco raras aquí. Muy precario, ¿sabes?”.

“Puedo imaginarlo”.

“Esperaba que Ellington y tú pudierais reuniros hoy con nosotros. Tal vez a la hora del almuerzo. Tenemos que entrevistar a algunas personas antes de esa hora”.

“Sí, creo que eso se puede arreglar. ¿Necesitas algo más de nosotros?”.

“No lo creo. Pero podemos discutir todo eso durante el almuerzo”.

Resultaba raro estar en esa posición, sabiendo que había mucho por hacer, pero sin poder hacer la mayoría de las cosas. Cuando terminaron la conversación, concertando una hora y un lugar de encuentro, Mackenzie sintió otro de esos revoloteos en su estómago. Esta vez, ella sabía que no eran los nervios ni ningún tipo de ansiedad. Su bebé se estaba moviendo. Había leído acerca de esto en varias ocasiones: incluso antes de que el bebé empezara a dar patadas, algunas mujeres podían sentir lo que se conocía como "revoloteos" a medida que el bebé crecía y se movía.

Sonrió al darse cuenta de que era casi como una señal, como si su bebé le dijera que estaba bien que se quedara en un segundo plano del caso, dado lo que estaba atravesando en ese momento.

Y tal vez estaba bien. Tal vez era hora de hacerse a un lado, de dejar que esta nueva fase de su vida tomara el relevo. Por supuesto, era más fácil decirlo que hacerlo e incluso mientras hacía planes con Yardley para esa tarde, no pudo evitar sentir un poco de resentimiento.

Cuando ella ya había colgado el teléfono, Ellington, también libre tras su llamada, la miró con curiosidad.

“¿Qué tiene tanta gracia?”, preguntó.

“¿Qué? Nada...”.

“Estás sonriendo. Como.... casi a punto de echarte a reír.”.

“Oh....bueno, creo que el bebé se está moviendo”.

“¿Qué? ¿Quiere decir dando patadas? ¿No es demasiado pronto para eso?”.

“Lo es. Pero esto es lo que se conoce como revoloteos. Honestamente, puede que solo se trate de gas”.

“¿En serio? ¿Crees que eso es todo?”.

Volvió a sonreír y sacudió la cabeza. Ellington se acercó a ella y la abrazó. “¿Crees que podía sentirlo?”.

“No lo sé. Es muy pequeño”.

Ellington colocó su mano sobre su abdomen de todos modos, esperando. Mientras esperaba, preguntó: “¿Con quién hablabas por teléfono?”.

“Con Yardley. Ella y Harrison quieren vernos más tarde”.

Ellington hizo un sonido de hmmm, una indicación de que, por una vez, Mackenzie estaba manejando mejor que él el hecho de quedarse en segundo plano. No obstante, no dijo nada. De hecho, ninguno de los dos dijo una palabra más durante varios minutos mientras se quedaban sentados, mientras Ellington esperaba a ver si podía sentir cómo se movía su hijo.

En ese momento, en la mente de Mackenzie, no había caso. Solo ella y su familia. Y aunque el concepto de familia siempre había estado algo torcido para ella, dada la forma en que fue criada, hizo que su corazón se hinchara de gozo. Su marido, su hijo... este iba a ser pronto su mundo.

Había suficiente esperanza y gratitud para hacer que pareciera que el mundo exterior tenía el potencial de ser perfecto, aunque fuera por un solo día.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

Se reunieron con Yardley y Harrison en el mismo café donde habían hablado con Melissa Evington. Parecía el lugar más lógico, ya que estaba en el corazón de las áreas comunes de los estudiantes. Aunque todos sabían que la preocupación se estaba extendiendo por todo el campus, no era detectable en las áreas comunes. Mackenzie se preguntó si esto se debía a que, a plena luz del día, en el centro del campus, los estudiantes se sentían seguros. Por la noche, incluso en esos jardines cuidados y esas aceras bien mantenidas, mientras caminaban hacia sus dormitorios y apartamentos, todos debían sentirse seguros.

Esto hacía que Mackenzie se sintiera incómoda. Miró a todos los estudiantes dentro del área común, a todas las mujeres en particular, en la cafetería, en el pasillo principal, en el salón, y entrando y saliendo del área de recursos, y se preguntó cuántas de ellas temían la idea de un asesino en serie, pero eran demasiado orgullosas para mostrarlo.

“En primer lugar”, dijo Yardley, "Creo que es una estupidez que os hayan obligado a tomar un segundo plano. Después de ver los mismos expedientes que vosotros, hemos llegado a las mismas conclusiones. Estamos a punto de ir al apartamento de Jo Haley a echar un vistazo, pero sabéis tan bien como yo que no va a llevar a gran cosa”.

“¿Qué pistas estáis investigando en este momento?”, preguntó Ellington.

“Todo nos lleva de vuelta a William Holland”, dijo Harrison. “Hay algo en ello que no tiene sentido. Quiero decir, no tiene sentido que él sea el asesino, pero hacia ahí es adonde todas las señales apuntan”.

“Hay que tener cuidado con eso”, dijo Mackenzie. “Si arrestamos a alguien del personal de la universidad ahora que la historia ha salido a la luz, podría resultar caótico. Y si lo arrestamos y resulta que estamos equivocados, eso será malo para la facultad y el bureau”.

“Además”, dijo Yardley, “la policía tiene los teléfonos móviles de Christine Lynch y Jo Haley. Ambos están protegidos por contraseñas, pero dicen que deberíamos tener acceso a los mensajes de texto y al historial de llamadas en unas horas”.

“Genial”.

“¿Qué hay de vosotros?”, preguntó Yardley. “¿Alguna novedad?”.

“Lo cierto es que sí. Encontré una conexión esta mañana, para las tres chicas. Nos enteramos de la existencia de un político local, Neil Rooney. Muchos de los votantes más jóvenes le secundan. Pero lo que es más interesante es la historia de su director de campaña, un don nadie llamado Daniel Humphrey. No sólo tiene a Jo, Christine y Marie como contactos en su perfil de Facebook, sino que también está en el centro de la historia de una supuesta doble violación”.

“Eso parece poder llevar a una pista prometedora”, dijo Harrison.

“La desventaja”, señaló Ellington, “es que todos nuestros testigos clave para saber la clase de hombre que es están muertos”.

“Sí, pero podemos encontrar más”, dijo Yardley. “¿Y si podemos tener acceso a todas las inscripciones en el sitio web de Rooney? Supongo que todos tendrían que pasar por este tipo Humphrey, ¿verdad?”.

“Estaba pensando lo mismo”, dijo Mackenzie. “Puedo hacer eso por vosotros. Podemos conseguir una lista de todas las mujeres que trabajaron para esa campaña, en particular las estudiantes de Queen Nash”.

“Espera”, dijo Yardley. “¿Piensas que este Humphrey podría estar detrás de los asesinatos?”.

“No estoy diciendo eso necesariamente. Pero él es nuestro único vínculo con las tres mujeres y su historia con las mujeres no es la mejor”.

La mesa se quedó en silencio de nuevo. Fue Yardley, con su actitud abrupta y directa, la que lo rompió de nuevo. “Maldición, esto es incómodo. Sólo.... no quiero que vosotros os encarguéis de los recados y del papeleo sin sentido para nosotros”.

“Está bien”, dijo Ellington, aunque no había entusiasmo en su voz.

“Sí. Es mejor que la posibilidad de que nos hubieran sacado completamente del caso y que nos hubieran relegado a responder a vuestras peticiones por teléfono desde D.C.”.

“En fin, según yo lo veo”, dijo Yardley, “estamos en una situación en la que no podemos salir ganando. Vamos tras Holland, y nos arriesgamos a tener una bronca increíble con la universidad. Vamos tras alguien estrechamente vinculado a la campaña de un político local y nos arriesgamos a cabrear a todo un partido político”.

“Rooney es un Independiente”, dijo Ellington con una risita. “Dudo que a nadie le importe”.

“Bromas aparte”, dijo Mackenzie, “hicimos una petición formal. Se supone que D.C. nos va a enviar información sobre la mujer que se presentó con la historia de la violación de Humphrey”.

“Honestamente”, dijo Ellington, “no espero mucho de ello. Aun así, os lo enviaremos en cuanto lo tengamos. La mujer parece ser de esas a las que no les importa hablar de ello para nada. “La llamaría yo mismo... pero escarbar en la campaña política de alguien puede llamar demasiado la atención a los ojos de McGrath.”

A Mackenzie le pareció que el comentario de Ellington sonaba muy cáustico. Ella lo entendía, aunque no estaba acostumbrada a verle tan agresivo sobre su desacuerdo con algo.

“No os preocupéis”, dijo Yardley. “Podemos manejarlo. Entonces, ¿parece que creéis que profundizar más en Humphrey sería una apuesta más segura que la de ir tras Holland?”.

“Sí”. dijo Mackenzie. “Aunque una lista de amigos en Facebook esté lejos de ser una prueba, significa al menos algún tipo de relación, incluso si es vaga o puramente digital”.

A Mackenzie le parecía que estaba siendo demasiado dominante. Ella respetaba a Yardley y a Harrison como agentes, aunque no sabía lo suficiente sobre ellos como para sentirse completamente cómoda con su enfoque. Sin embargo, se dio cuenta de que Yardley parecía absorber cada palabra que salía de sus labios como una esponja y, aunque le resultara halagador, también hizo que Mackenzie escogiera sus palabras cada vez con más cuidado.

“Entonces, por ahí es por donde empezaremos”, dijo Harrison. “Ahora mismo. Y os mantendremos informados de cada paso que demos”.

Dicho eso, Yardley y Harrison se pusieron de pie. Harrison, siempre con su bolsa tipo cartera colgada cruzándole por encima del pecho, se la ajustó y les sonrió. “Felicidades por la boda, por cierto. Y

por Dios santo, espero que no estéis contando este desastre como vuestra luna de miel”.

“No, nos encargamos de eso antes de que todo esto comenzara”, dijo Ellington, agarrando la mano de Mackenzie por debajo de la mesa.

Yardley y Harrison sonrieron con algo de incomodidad y luego siguieron por su camino.

“¿Crees que están a la altura de las circunstancias?”, preguntó Ellington.

“Sí. Yardley es muy decidida. Y Harrison es de los que se enfocan extremadamente en la tarea que tienen entre manos. Fue un movimiento inteligente emparejarlos”.

Ellington sonrió. “Parece que McGrath tiene un don para eso, ¿no?”.

“Sin duda alguna”.

“De todos modos, mira... estaba pensando. Creo que tal vez voy a dejarte en el hotel. Voy a tratar de pasar y hablar con Holland de nuevo... para ver que sabe de Daniel Humphrey”.

“También yo soy totalmente capaz de hablar con Holland”.

“Ya lo sé. Pero entre nosotros dos, ¿quién ha cabreado más a McGrath en el pasado?”.

“Yo”.

“¿Y quién le está ocultando un gran secreto?”. Hizo esta pregunta mientras miraba hacia su tripita.

“Oh, cállate”, dijo ella.

Salieron unos momentos después que Yardley y Harrison. A Mackenzie le sorprendía de lo involucrado que Ellington parecía estar. Normalmente, era del tipo que obedecía órdenes, principalmente porque ella sabía que no sentía nada más que respeto y admiración por McGrath. Se preguntaba qué tenía este caso que lo tenía tan fascinado.

*Es porque está a punto de ser padre, pensó ella. Es porque tiene que entender cómo alguien puede matar a estas mujeres sin remordimientos.*

*Tiene que entender cómo alguien puede matar tan fácilmente al hijo de alguien, sin importar la edad.*

No estaba segura de que esto fuera correcto, pero esperaba que así fuera, porque una de las cosas que Ellington y ella tenían en común era que cuando algo los impulsaba profesional y moralmente, no había forma de detenerlos.

# CAPÍTULO DIECISIETE

Ellington la dejó en el hotel, prometiéndole que volvería en una hora o dos. Había llamado antes a Holland, sin querer que pareciera como si quisieran sorprenderlo y acorralarlo de nuevo. Aunque Holland se había mostrado reacio, al final había estado de acuerdo. Mackenzie pensó que podría investigar un poco más a Neil Rooney, tal vez incluso conseguir algunos nombres de los altos cargos de su campaña. Puede que resultara ser una pérdida de tiempo, pero ahora que Yardley y Harrison estaban a cargo del caso, no había mucho más que pudiera hacer.

Encendió su portátil de nuevo, pensando en otras posibilidades que podría explorar. ¿Tenía novio Marie Totino? Si así era, ¿conocía él a Christine y a Jo? Incluso ese sencillo vínculo podría abrirles muchas más puertas.

Había estado sólo diez minutos investigando a Rooney cuando sonó su teléfono. No su teléfono móvil, sino el antiguo teléfono del hotel sobre la mesita de noche. La luz roja se encendió, indicando que era una llamada desde recepción.

Respondió con una sensación de tensión en el pecho. ¿Le ha pasado algo a Ellington? ¿Han encontrado otro cuerpo?

"¿Hola?".

"Hola, ¿hablo con la agente Mackenzie White?".

"Así es".

"Soy Rebecca, de la recepción. Tiene una visita aquí abajo en el vestíbulo".

"¿Quién es?".

"No me lo quieren decir. Por eso no les he dado su número de habitación. Pero insisten en que quieren hablar con usted".

Consideró sus opciones, tratando de imaginar quién podría ser. "Gracias", dijo finalmente. "Bajaré en unos minutos".

Se dirigió a la puerta, pero luego lo reconsideró. Alguien abajo quiere hablar con ella... y no dieron su nombre...

Mackenzie agarró su arma y se la metió en la cintura de los pantalones. Lo cubrió con su chaqueta y luego volvió a la puerta.

Tan pronto como la abrió, algo vino corriendo directamente hacia su cara. Cuando se dio cuenta de que era un puño enguantado, apenas tuvo tiempo de agacharse. En lugar de romperle la nariz, el puñetazo conectó directamente con su frente. Tropezó hacia atrás, casi cayéndose antes de poder alcanzar el pequeño lavabo que había en el vestíbulo. Otro puñetazo se le acercaba y esta vez estaba lista. Todavía tambaleándose por el primer puñetazo, cayó en cuclillas y le dio una patada en el tobillo a su atacante. Al tropezar al salir del ataque, Mackenzie giró rápidamente hacia arriba, lanzando su codo en un arco amplio. Conectó directamente con la cara del atacante y ella vio cómo sus ojos giraban hacia atrás en su cabeza mientras se quedaba inconsciente.

Sin embargo, ya había otro hombre entrando por la puerta detrás del primero. Llevaba puesta una camiseta blanca y unos vaqueros. Su cara estaba cubierta por un sencillo pasamontañas. También tenía las manos enguantadas. Una de sus manos sostenía un arma, una Glock básica por lo que parecía.

Mackenzie hizo unos cálculos rápidos. Dos contra uno. Al menos uno estaba armado. No tenía sentido participar en un tiroteo. Uno de ellos ya había caído. Tengo que usar los puños. Si les disparas y los matas, no obtendrás ninguna información de ellos.

Mackenzie pareció sorprender al segundo hombre cuando se lanzó a por él. Se encogió, esperando el disparo, pero llegó demasiado rápido.

*Eso o no tenían la intención de matarme… sólo asustarme…*

Mackenzie le agarró al hombre por el brazo y se balanceó con fuerza de una manera casi cómica. Su cara se estrelló contra la pared. Antes de que tuviera tiempo de rebotar, Mackenzie levantó la rodilla y se la estrelló contra la espalda. Luego usó su otro brazo para alcanzar su Glock, todavía esperando a su espalda.

El hombre gritó de dolor, y se echó hacia atrás en busca de cualquier tipo de ataque que pudiese lanzar. Su mano encontró el pelo de ella, le agarró un mechón y se lo retorció. Mientras lo hacía, se empujó contra su rodilla. Su cuero cabelludo pareció incendiarse, tomándola lo justo para que él pudiera escabullirse entre su rodilla y la pared.

Se dio la vuelta rápidamente y cuando chocó con ella en un duro ataque como los del fútbol americano, ella supo que en realidad no habían venido aquí a matarla. Las armas eran sólo para posar. No tenían ninguna intención de usarlas.

Cuando él se chocó contra ella, ambos se fueron dando volteretas hacia atrás. Mackenzie golpeó el costado de la cama, logrando finalmente desenfundar su arma. Rebotó en ella y luego se fue cayendo hacia atrás sobre la mesa en la que había estado trabajando. Su laptop y sus notas cayeron al suelo cuando el atacante fue a por su muñeca derecha, tratando de quitarle la Glock de la mano. Fue valiente en su ataque, renunciando a una amplia oportunidad para que ella se alejara de él mientras él levantaba el codo y se lo clavaba en la muñeca.

Mackenzie gritó y no pudo hacer nada más que soltar el arma. Cuando lo hizo, el atacante se puso de rodillas y comenzó a apuntar con su arma a la cabeza de Mackenzie.

*Quizás no esperaban tanto de una pelea, pensó ella. Tal vez ahora no tengan reparos en matarme....*

Antes de que el hombre pudiera subir su arma hasta el final, Mackenzie levantó su dolorida muñeca derecha y golpeó la palma de su mano contra el costado de la cabeza del hombre. Lo sacudió, pero no se lo quitó de encima. Mackenzie se agachó y se giró a la izquierda, desestabilizándolo aún más. Mientras buscaba el equilibrio, Mackenzie agarró su brazo derecho y lo apretó con fuerza. Ella estaba tratando de romperla, pero no pudo obtener suficiente influencia para hacerlo. Mientras ella intentaba agarrar más, el hombre se arrastró hacia atrás. Levantó la pierna izquierda y la echó a patadas. Su pie chocó contra el hombro de Mackenzie, haciéndola retroceder. Pero ella no le soltó el brazo. Si lo hacía, él tendría un tiro limpio para darle.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella no era la única en peligro aquí.

*Mi bebé...*

Se apretó más fuerte, esperando a oír ese seco chasquido en la muñeca del hombre. Aunque ese sonido no llegó, ella logró aplicar suficiente presión para hacer que se le cayera el arma. Se estrelló en el suelo, justo al lado de su portátil.

Mackenzie se lanzó a por ella. Su mano cayó sobre la culata y la acercó, poniéndose de rodillas para el disparo.

Se encontró con otra patada.

Esta aterrizó directamente en su estómago. Se quedó sin aliento y un grito de dolor y miedo salió a borbotones de su cuerpo.

*El bebé... el bebé...*

El hombre vino a por ella de nuevo, claramente con la intención de luchar por el arma. Con la furia hirviendo dentro de ella, quizás sintiendo la protección maternal por primera vez, Mackenzie lo detuvo con un fuerte puñetazo en la barbilla. Sintió como dos de sus nudillos se rompían, quizás hasta el meñique, cuando el hombre se detuvo en su camino, aturdido por un momento.

Mackenzie tuvo que hacer acopio de toda su compostura para no abrir fuego contra el hijo de puta. En vez de eso, ella le dio un tremendo golpe con el antebrazo en el cuello y cayó encima de él mientras él trataba de respirar.

"¡Que alguien me ayude!", gritó. "Llama...".

Vio el atisbo de movimiento demasiado tarde. El primer atacante se había levantado y venía corriendo hacia ella. Le metió un rodillazo en la cabeza. Mackenzie retrocedió, y el mundo se volvió negro de repente.

*Tengo que aguantar... sólo un poco más...*

El arma del atacante estaba justo a su lado. Ella la agarró justo cuando el primer atacante empezaba a levantar la suya.

Y luego se retiraron. El mundo se tambaleó, se volvió negro....

*Al carajo, pensó Mackenzie.*

Disparó un tiro. Necesitó cada gramo de fuerza que había dentro de ella para hacerlo.

Mackenzie no era muy consciente de que ambos hombres seguían huyendo. Su disparo había fallado. Levantó el arma, tratando de concentrarse, tratando de apuntar... pero todo estaba moviéndose, nada era estable, y la oscuridad se precipitaba hacia ella.

Cuando estuvo segura de que los hombres se habían ido y no iban a regresar, intentó ponerse de pie. Entonces se palpó el abdomen, deseando que el bebé se moviera, que hubiera cualquier mínimo

revoloteo para indicar que la patada no le había hecho daño.

Pero algo en su cuerpo, no ya en su tripa, sino en lo más profundo de su corazón, le dijo que tal vez no quería la respuesta a eso ahora mismo.

Fue este siniestro pensamiento el que se puso al frente de su conciencia mientras la oscuridad finalmente se abría paso. Tropezó un momento mientras intentaba recuperar el equilibrio y luego cayó al suelo, sus últimos pensamientos sobre su bebé antes de que la oscuridad la derribara.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

Mackenzie percibía movimiento a su alrededor. Sentía las manos de alguien sobre su brazo, y luego tocándole suavemente el cuello. Había voces, pero parecían venir de muy lejos. Escuchaba sirenas, lamentos penetrantes que parecían borrar todo lo demás. Los podía sentir en sus huesos, en sus tripas, en su...

*"El bebé...".*

Esta era su voz, y eso era bueno. Escuchar su propia voz le ayudó a centrarse. Abrió los ojos y las luces que tenía por encima hicieron que se sintiera como si se alguien le estuviera partiendo la cabeza por la mitad.

"Lo está haciendo muy bien, agente White", dijo la voz de un hombre. Sus palabras fueron silenciadas casi por completo por las sirenas.

Ella sonrió soñolienta y dijo: "Ahora toca Ellington".

*Estás en una ambulancia, dijo una parte muy rígida de su mente. Acabas de sobrevivir a un ataque por parte de dos hombres y te escapaste por los pelos. Te dieron unas buenas patadas en el estómago y…*

"El bebé", dijo de nuevo.

"¿Qué bebé, agente White?".

Tenía las palabras en la punta de su lengua. Mientras las pronunciaba, se preguntó si era la mejor idea. Pero tenía que hacerlo. Su bebé podría estar en peligro. Su bebé podría estar herido... o algo peor.

"Embarazada", dijo.

Todo pareció detenerse a su alrededor: las voces, el movimiento, incluso los lamentos de las sirenas.

"Bien, haremos lo que podamos", dijo de nuevo esa voz femenina.

"Llamad a Ellington", dijo ella. "El padre. Él es el...".

No obstante, en ese instante la oscuridad regresó a ella y ya no pudo mantenerla alejada.

***

La siguiente vez que abrió los ojos, parecía como si alguien hubiera puesto al mundo en la tecla de pausa. Se dio cuenta enseguida, incluso antes de que sus ojos se hubieran adaptado por completo a la luz, de que estaba en una habitación de hospital. El olor y la forma cuadrada y desinfectada de todo lo que había en el lugar lo delataban. El colchón de su cama estaba en alguna parte entre demasiado duro y simplemente perfecto, y la quietud en el aire acarreaba esa sensación de hospital.

"¿Mac?".

Giró la cabeza a la derecha y vio a Ellington sentado allí. Entonces, se levantó de un salto de su asiento, se arrodilló junto a la cama y le agarró la mano. "¿Cómo te sientes?".

Le llevó un momento encontrar las palabras adecuadas. Pero incluso cuando las encontró -dolorida y asustada- las ignoró. En vez de eso, hizo la única pregunta que realmente importaba.

"¿Cómo está el bebé?".

"No lo sabemos. Van a hacer un ultrasonido en unos minutos. Un médico hizo una revisión preliminar y cree que todo va a salir bien". Se detuvo aquí y dio la impresión de que estaba manteniendo sus emociones bajo control. "¿Qué es lo que pasó?".

"Dos hombres armados. Ambos con pasamontañas…".

"¿Y te escapaste? Había un agujero de bala en la pared… ¿fueron ellos o tú?".

"Yo".

"Tu meñique izquierdo está roto y tienes una leve conmoción cerebral. ¿Y…?".

Mackenzie sacudió la cabeza. "Nada más. No hasta que sepa cómo está el bebé".

Ellington le miró rápidamente la tripa y luego le miró a la cara. "Una enfermera salió de aquí hace tres minutos para traer una

máquina hasta aquí. Debería llegar en cualquier momento”.

Ella asintió y alejó la vista de él. Sintió cómo se le salían las lágrimas por el miedo que sentía por su bebé, por su propia naturaleza obstinada que le impedía quedarse al margen de un asunto cuando sabía que era lo mejor.

“Mac... ¿puedes decirme exactamente qué pasó? Dos hombres irrumpieron en tu habitación y montaron todo un número. Había un agujero de bala en la pared. Eso es algo muy grave”.

“Todavía no”, dijo, ahogando un sollozo.

Ellington suspiró, resignado.

Permanecieron en silencio durante unos treinta segundos más o menos hasta que fueron interrumpidos por una enfermera que hacía rodar una máquina de ultrasonido. Miró rápidamente a Mackenzie y le ofreció una leve sonrisa. “¡Mira, si estás despierta! ¿Cómo te sientes?”.

“Necesito saber cómo está el bebé”.

“Por supuesto”, dijo la enfermera, que entendió de inmediato la urgencia de Mackenzie. Mantuvo la cabeza baja mientras conectaba la máquina.

Cuando ya estuvo todo listo, la enfermera aplicó gel sobre la tripa de Mackenzie y comenzó a buscar al bebé. La tensión y el silencio en la habitación pesaban dentro de Mackenzie. Miró a Ellington y notó la expresión imperturbable en su cara. Se acercó al lado de la cama y le tomó la mano. Mackenzie la apretó, sintiéndose casi segura de que iban a recibir malas noticias.

Miró la pantalla y, al cabo de un rato, vio cómo salía la forma del bebé a la vista. Sólo se había hecho un ultrasonido hasta ese momento de su embarazo y, a pesar del miedo que había en su corazón en ese momento, todavía resultaba de lo más mágico. En el momento que lo vio, su corazón se detuvo; el bebé estaba en silencio e inmóvil.

Y no oía el latido del corazón a través de la máquina.

“Espera”, dijo la enfermera, al ver que la tensión empezaba a hundir a Mackenzie. “Tu pequeño está un poco acurrucado y es difícil llegar hasta él en este instante. Después de todo, os dieron un buen susto. Vale....y aquí vamos...”.

Entonces sonó el grito del latido del corazón como un boom boom boom.

Sonaba enlatado, con intermitencias estáticas, pero también era hermoso.

“Allá vamos”, dijo la enfermera. “Espera un segundo y déjame revisar... sí, no veo ningún daño en al bebé o en la casa que has construido para él. Por supuesto, este simple ultrasonido no puede decirlo todo, aunque sea buena señal. Hemos llamado al ginecólogo de guardia. Te examinará y te hará algunas pruebas. Pero, en base a lo que estoy viendo, creo que estás bien. Y que has tenido mucha suerte”.

La enfermera limpió la sustancia viscosa de la tripa de Mackenzie y limpió la varita. Le hizo un gesto con la cabeza a Mackenzie y Ellington antes de salir de la habitación.

Cuando se fue, Mackenzie ya no pudo contener las lágrimas. Dejó que fluyeran libremente y, cuando Ellington se acercó a ella, se sentó al borde de la cama y la tomó entre sus brazos, se hicieron todavía más intensas.

Sin embargo, eso estaba bien. Suponía que, si un bebé podía llegar a aprender la voz de su madre desde dentro del útero, también podría entender que, de vez en cuando, mamá sólo necesitaba una buena llorera.

***

Mackenzie suponía que podía haber sido peor. Había salido del enfrentamiento con tan solo un meñique izquierdo entablillado de manera muy incómoda, le dolía la cabeza debido el rodillazo que se había llevado y sus abdominales estaban un poco alterados, pero aparte de eso, estaba bien. El bebé también. Le había examinado un ginecólogo que había llegado a la conclusión de que el bebé estaba bien, aunque, probablemente, la secuencia de acontecimientos lo había asustado y había hecho que se pusiera tenso. Le chocaba pensar que algo que solo tenía quince semanas de edad, bueno dieciséis, desde hoy mismo como le había dicho su médico pudiera reaccionar ante los mismos factores ambientales a los que ella reaccionaba.

A Mackenzie no le cabía duda de lo afortunada que era. Miró a Ellington, que se había quedado en la habitación con ella tras la ecografía. Sí, pensó. Bastante afortunada.

“Creo que tenemos que hablar sobre lo que esto podría significar”, dijo ella.

“¿Quieres decir por qué dos hombres armados entraron tratando de matarte?”, preguntó Ellington.

“Sí. Y por qué sucedió en cuanto empezamos a investigar a Daniel Humphrey”.

“He estado hablando con Yardley un par de veces mientras te atendían los médicos. También hablé con ellos muy brevemente cuando te ingresaron al principio. Los tres estuvimos de acuerdo en que era bastante sospechoso que te atacaran justo después de que presionaras para echarle un vistazo”.

“¿Están haciendo un seguimiento de eso?”

“Lo mejor que pueden. Y mira... te sientes bien ahora, ¿verdad?”.

“Todavía me duele un poco la cabeza. Me dieron una buena paliza. ¿Por qué?”.

“Bueno, tal vez quieras saber que McGrath está en la sala de espera. Lleva ahí una hora. No le he dicho nada todavía... sobre el bebé. Pero, Mac.....incluso si logramos ocultárselo mientras está aquí, terminará viendo el informe médico cuando pase por su escritorio”.

“Sí...”.

“¿Debería hacerlo pasar?”.

Mackenzie suspiró, intentando entender la gravedad de la situación. No tenía ni idea de cómo podría responder. En realidad, estaba bastante sorprendida de que él se hubiera molestado en venir a visitarla.

“Sí, más vale que lo hagas”.

“¿Quieres que esté aquí cuando se lo digas?”.

“Te lo agradezco... pero no. Sólo traelo aquí”.

Ellington asintió, y se acercó a su cabecera para besarle la frente antes de salir a buscar a McGrath.

Un sentimiento de desesperación se apoderó de ella. Se daba perfecta cuenta de que daba igual cómo manejara McGrath la noticia

de su embarazo, y el hecho de que ella se lo hubiera estado ocultando, las cosas iban a ser diferentes para ella a partir de ahora. Durante el resto de este caso, el resto de su carrera, el resto de su vida.

Pasaron dos minutos antes de que apareciera McGrath. Llamó cortésmente a la puerta antes de entrar. Llevaba su atuendo habitual de camisa, pantalones y corbata, pero parecía sentirse fuera de lugar. Parecía estar tranquilo y casi apenado.

"¿Cómo estás?", le preguntó.

"Viva. Afortunada." Se detuvo y añadió: "Si no te importa que te pregunte... ¿por qué estás aquí? No fue nada ni remotamente cercano a una fatalidad".

"Estoy aquí en caso de que necesite controlar los daños. Este ataque ocurrió casi al instante de que pidieras que investigáramos a Daniel Humphrey. Especialmente si ambas cosas están realmente relacionadas... las cosas podrían ponerse feas. Por supuesto, también quería saber cómo te encontrabas".

"Deberías tener eso en mente cuando te diga lo que estoy a punto de compartir", dijo Mackenzie.

Él ladeó la cabeza y el corazón de Mackenzie se emocionó al percibir auténtica preocupación en su cara.

"Estoy embarazada. Lo sé desde hace unas semanas".

La conmoción en la cara de McGrath fue sólo momentánea. Casi de inmediato, fue sustituida por la preocupación.

"¿Está herido el bebé?", preguntó.

"No. También tuve suerte con eso".

"¿De cuánto tiempo estás?".

"Dieciséis semanas". Se miró la tripa y se encogió de hombros. "Está empezando a notarse".

McGrath se acercó a la cama, con las manos en las caderas y la cabeza baja. "¿Por qué no me lo dijiste?".

"Porque fui una estúpida egoísta. Pensé que, si lo decía, no me darías ningún caso de alto perfil".

“A juzgar por dónde estás ahora mismo, diría que habría sido una decisión inteligente”.

“Lo siento”, dijo ella. Ella también lo decía en serio; lo decía tan en serio, que sintió cómo le picaban unas lágrimas en las comisuras de los ojos.

“¿Pero estás bien?”, preguntó.

“Sí. Yo y el bebé”.

“Bien”, dijo, caminando hacia la puerta. Se volvió rápidamente y añadió: “Y felicidades, por cierto”.

“¿Me he metido en problemas?”, preguntó, tratando de sonar graciosa.

“Hablaremos de eso más tarde. Descansa un poco por ahora”.

Se fue después de esto, dejándola sola de nuevo. Mackenzie no estaba segura de cómo sentirse ahora que McGrath lo sabía. Se sentía aliviada y conmovida por su reacción, pero al mismo tiempo, no le gustaba la falta de control que sentía al desconocer su destino.

Unos momentos después, Ellington reapareció. Se acercó a su cabecera y le tomó la mano. “No dijo mucho tras salir”, dijo Ellington. “¿Cómo se lo tomó?”.

“Mucho mejor de lo que esperaba. Estaba genuinamente preocupado por mí y por el bebé. Incluso me felicitó. Pero...”

“Sí, sentí que había un pero”.

“Tengo la sensación de que podría pagar caro por esto. No sé lo que tiene en mente, pero podría ser de lo peor”.

“Probablemente tengas razón”, dijo Ellington. “No tiene sentido engañarnos a nosotros mismos”.

Mackenzie conocía a McGrath lo suficiente como para saber que esto era verdad. La conmoción cerebral que los médicos le habían diagnosticado ya habría sido suficiente para que él la obligara a tomarse unos días libres. Agrega a eso un embarazo que también había puesto en peligro, y es lo que se llama un doble-whammy.

“¿Qué pensaba de la sincronización de todo esto?”, preguntó Ellington. "Que te atacaran cuando lo hicieron, vaya."

“Esquivó el tema, aunque dijo que esa era la razón principal por la que apareció por aquí”.

“¿Puedo decirte algo?”, dijo Ellington.

“¿Qué?”.

“Me alegro de que lo sepa ahora. A riesgo de sonar demasiado cursi, me emociona que todos lo sepan. Me hace feliz, y entiendo que estoy más entusiasmado de lo que pensaba”.

Ella se alegraba de oírlo, aunque nunca había sospechado que él se emocionaría demasiado por ello, por muy avanzado que estuviera su embarazo. Aun así, su mente seguía volviendo a los acontecimientos de la tarde. La pelea en sí misma no era más que un borrón en su cabeza. Pero había un detalle en el que todavía estaba atascada, algo que la irritaba.

“Todo sucedió porque fui a abrir la puerta”, dijo ella. Estaba segura de que esto le resultaría algo nimio a Ellington, pero era donde su mente volvía a centrarse. “La recepcionista llamó al teléfono de nuestra habitación y dijo que había un hombre abajo que quería hablar conmigo. Abrí la puerta para bajar y ahí fue cuando me atacaron”.

“Yardley y Harrison interrogaron al personal. Tienen una descripción del tipo y hay una búsqueda bastante amplia de él”.

“Ya. Pero hay algo más. Tenían armas. Si sólo me quisieran muerta, podrían haberme disparado en el momento en que abrí la puerta. El hecho de que irrumpieran en la habitación me hace pensar que me querían viva. Probablemente para interrogarme o amenazarme”.

“Y luego les diste una patada en el trasero y tuvieron que cambiar de plan”, dijo Ellington. Entonces suspiró y dijo: “Esa es otra cosa: McGrath quiere tu declaración sobre cómo sucedieron las cosas en las próximas cuarenta y ocho horas. Está presionando mucho para conseguirlo. Disparaste tu arma y hay dos hombres sueltos”.

“Tal vez cuando podamos identificar al tipo del vestíbulo, eso ayude”.

“Tal vez”, estuvo de acuerdo Ellington. “Pero eso ya no es algo de lo que tengas que preocuparte. Estás fuera del caso, recuerda”.

Mackenzie frunció el ceño y estuvo a punto de decir algo, pero entonces Ellington caminó hasta ella, le puso una mano muy delicadamente sobre la tripa, y la besó en las comisuras de los labios. “Y eso está perfectamente bien”.

Aunque Mackenzie le sonrió, pensó: Eso es lo único que aún no sabe de mí. Esté fuera del caso o no, pensaré en ello constantemente hasta que resuelva este maldito asunto.

Y fiel a su palabra, se puso a cavilar no sólo cómo un supuesto don nadie como Daniel Humphrey había descubierto que estaba siendo investigado, sino lo que realmente tenía que ocultar.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

Mackenzie se quedó dormida un rato más tarde y se despertó con el sonido de su teléfono. Le llevó un momento darse cuenta de que no se trataba de su teléfono, sino del de Ellington. Cuando abrió los ojos, él estaba al habla, de pie junto a la puerta para no despertarla. Algo en su voz resultaba emocionante... prometedor, casi.

Le oyó decir: “Sí, puedo hacerlo. Pronto, sí”. Y entonces se acabó.

“¿Quién era?”, preguntó Mackenzie.

“Esperaba que eso no te despertara”, dijo.

“Bueno, pues lo hizo. ¿Quién era?”.

“Era Yardley. Han localizado a Daniel Humphrey y querían saber si yo quería estar allí. Y honestamente, me gustaría. Siento como si fuera necesario que uno de nosotros estuviera allí”.

“Bueno, agarra mis cosas”, dijo ella con una sonrisa perezosa. “Iré yo también”.

“Ja. Muy graciosa. ¿Te parece bien si voy? Lo están vigilando ya, así que no tardarán mucho”.

Con toda honestidad, ella quería que él se quedara con ella, pero eso se debía principalmente a que la idea de pasar unas horas más en el hospital ella sola resultaba deprimente. Sin embargo, ella asintió con la cabeza, tomó su mano y le dijo: “Sí. Ve a darle una buena patada en el trasero y tráelo. Hazlo por mí y por el bebé”.

Una vez más, la sonrió solo a medias, pero la mirada en los ojos de Ellington le decía que iba en serio. “Oh, lo haré”, dijo.

La besó suavemente en la boca y luego salió rápidamente de la habitación. Mackenzie vio cómo se iba, dándose cuenta de que podría estar teniendo una visión anticipada de lo que podría llegar a ser tener que presenciar la parte más emocionante de un caso desde la barrera.

***

Ellington corría por la calle con un millón de pensamientos en su

cabeza. Primero, Mackenzie había sido herida y tal vez casi asesinada. En segundo lugar, su bebé también corría el riesgo de sufrir lesiones graves. Y todo había sucedido en el cénit de la investigación de este gilipollas de Daniel Humphrey. Así que cuando Yardley llamó y le preguntó si quería que dejaran de ir tras él, por supuesto que había dicho que sí.

El viaje desde el hospital hasta el área donde Yardley y Harrison estaban vigilando el restaurante donde habían visto entrar a Humphrey hacía una hora y media, llevó menos de veinte minutos. Cuando vio su coche aparcado a un lado de la calle, aparcó tan cerca de ellos como pudo. Luego sacó su teléfono y llamó a Yardley.

"Estoy tres coches por detrás de ti", dijo. "¿Sigue ahí dentro?".

"Sí", dijo Yardley, "nada nuevo por nuestra parte. Estábamos pensando en entrar y fingir que estamos allí para cenar. Sólo para ver mejor. ¿Qué te parece?".

"Dale otra media hora. Si no está fuera, inventaré una excusa para entrar y sacarlo. Tal vez alguna mentira sobre alguien de la campaña de Rooney en el bar que quiere conocerlo".

"Suena bien. ¿Cómo está Mac?".

"Lo cierto es que lo está haciendo muy bien. Una conmoción cerebral y un meñique roto. Pero podría haber sido mucho peor." Le llevó todo su autocontrol no contarle lo del bebé. El solo hecho de pensar en revelar la noticia a Yardley y Harrison le hizo sonreír.

"Eso es genial. Hazle saber que nos hubiera encantado estar allí, pero estábamos persiguiendo a este cretino".

Terminaron la llamada, dejando a Ellington mirando por la ventana del restaurante de lujo delante del que Yardley y Harrison llevaban aparcados más de una hora. Se preguntó cómo estaría de ligado el ataque a Mackenzie con este imbécil de Humphrey. Se preguntaba cuánto se les habría pagado a los asaltantes y de qué tipo de fondo de campaña habría robado Humphrey el dinero.

De repente se preguntó si había sido un error salir para participar en su arresto. Si no se calmaba un poco, tenía miedo de que su mal genio, que por lo general controlaba razonablemente, pudiera sacar lo peor de sí mismo.

Exactamente once minutos después de su llegada, vio que iba a

tener la oportunidad de poner a prueba su temperamento. Vio a tres hombres y una mujer salir del restaurante, uno de los cuales era claramente Humphrey. Las luces de las copas de los árboles que cubrían la pequeña pasarela del restaurante les iluminaban directamente, de tal modo que no se podía confundir al hombre que había visto en varias fotos desde que comenzaran a investigarlo.

Su teléfono sonó cuando recibió un mensaje de texto de Yardley. Ese es él. Nos moveremos contigo en el momento que abras la puerta del coche.

A Ellington le parecía que Humphrey estaba esperando que el aparcacoches le trajera su vehículo. Al no ver ningún sentido en esperar a que llegara el coche, Ellington se bajó del suyo. Caminó rápidamente hacia el restaurante, notando que Yardley y Harrison se le unían, quedándose por detrás.

Cruzaron la calle y se acercaron al grupo de cuatro personas. Sólo uno de ellos parecía ser consciente de que se les estaban acercando. Era la mujer, vestida con un elegante y ligeramente descarado vestido negro. Agarró con total normalidad el hombro de Humphrey y le dijo algo. Se volvió, vio a los agentes caminando hacia ellos, y sus ojos se abrieron de par en par.

"¿Daniel Humphrey?", preguntó Ellington.

"¿Quién lo pregunta?", dijo Humphrey. Era alto y con un poco de sobrepeso, pero aun así tenía una figura intimidante. Ayudaba el hecho de que se comportara como si creyera formar parte de la realeza.

"Agente Ellington, del FBI. Me gustaría tener un momento de su tiempo, por favor".

"¿Sobre qué, exactamente?".

"Cosas que no creo que quiera discutir delante de sus colegas. Sólo cinco o diez minutos, es todo lo que pido".

"Lo cierto es que no tengo tiempo".

Ellington se adelantó. Harrison lo siguió, manteniendo su distancia, pero flanqueándole por la derecha. Yardley se quedó donde estaba, observando cómo se desarrollaba el asunto y dispuesta para actuar si fuera necesario.

De pie a menos de un metro de Humphrey, Ellington bajó su tono hasta que sonó casi como un susurro. Se acercó y dijo: “Dado que tu nombre ha aparecido en una serie de asesinatos y que sospecho que hoy enviaste a alguien a intimidar a mi esposa, te sugiero que encuentres el maldito tiempo”.

“¿O qué?”, dijo Humphrey. Estaba claro que hacía tiempo que se había acostumbrado a pensar que era tan poderoso e influyente como la gente con la que se codeaba. Ellington se preguntaba cuántos favores se le habían concedido a este imbécil por la gente que conocía.

“O te arrestaré aquí mismo, frente a este restaurante pretencioso”. Se acercó más, colocando sus labios casi sobre el oído de Humphrey, y añadió: “Y me aseguraré de doblar tu brazo hacia atrás lo suficiente para que te retuerzas frente a tu mujer aquí mismo. Elige lo que quieras. Y elige sabiamente, por favor. Si te soy sincero, estoy buscando una razón para patear tu trasero en el suelo”.

Humphrey miró a sus tres amigos, echándoles una mirada que decía qué le vamos a hacer. “¿Podríais recoger el coche y encontraros conmigo al final de la calle?”.

La mujer asintió con la cabeza mientras Humphrey se alejaba y miraba a Ellington. “Bien”, dijo. “Guíame”.

Ellington lo hizo, llevándolo de vuelta al coche en el que Harrison y Yardley habían estado esperando. Sin que se les pidiera que lo hicieran, Harrison y Yardley tomaron el asiento trasero, permitiendo que Ellington y Humphrey se sentaran en el frente. Cuando las cuatro puertas estuvieron cerradas, Humphrey se puso rígido al instante. Ellington podía ver el nerviosismo del hombre en sus ojos; no necesariamente un indicio de culpa, sino de que nunca había sido tratado de esa manera.

“¿De qué asesinatos estás hablando?”, preguntó Humphrey.

“Tres asesinatos, todos ellos de mujeres jóvenes que creemos que están relacionados de alguna manera con la campaña de Rooney que ayudaste a llevar a cabo el otoño pasado. Eres el único vínculo entre las tres, y eres amigo de todas ellas en Facebook”.

“¿Ese es tu enlace?”.

“Bueno, eso y tu cuestionable historial con las mujeres”.

Humphrey parecía como si alguien le hubiera dado una bofetada

en la cara.

“Señor Humphrey, ¿recuerda haber conocido a unas mujeres llamadas Jo Haley, Christine Lynch o Marie Totino?”.

La misma mirada se extendió por el rostro de Humphrey de nuevo. Esta vez, era todavía más intensa. Era como ver a alguien tratando de asimilar demasiada información a la vez. Esto hizo que Ellington se sintiera muy incómodo porque daba igual lo buen actor que fuera este hombre, Ellington estaba bastante seguro de que su conmoción era genuina.

“¿Marie Totino?”, preguntó, el nombre sonó como si se le estuviera cayendo de la boca.

“Sí”.

“¿Está seguro?”.

“Segurísimo. Su cuerpo fue hallado ayer en el río. La tercera mujer en la zona en menos de diez días. Supongo que la conocía”.

Humphrey asintió, y ahora la mirada de asombro se iba transformando en confusión. “Nosotros... tuvimos una cita. Dos citas, en realidad. Eso fue en algún momento.... supongo que fue el pasado octubre”.

“¿Una cita? ¿Cuál era la diferencia de edad?”.

“No lo sé. Dieciocho o diecinueve años, tal vez”.

“¿Cómo os fue en la cita?”, preguntó Yardley desde atrás.

“Bastante bien. Fue una cena. Dos cenas. Traté de besarla en la segunda cita, pero no estaba interesada”.

“¿Hablaste con ella otra vez después de eso?”, preguntó Ellington.

“Intenté enviarle mensajes de texto algunas veces, pero nunca respondió”.

“¿Cómo se conocieron?”.

“Fue en una de las campañas de recaudación para Neil Rooney. Fue como una cena. Estuvimos hablando mucho tiempo de los votos de las minorías. Lo recuerdo porque era muy apasionada al respecto”.

“¿Qué hay de las otras mujeres? Lynch y Haley?”.

“No las recuerdo. Supongo que son mis amigas en Facebook porque puede que las haya conocido en algún evento”.

“¿Tiene el hábito de ligar con mujeres en las campañas?”, preguntó Ellington. “No es la cosa más noble, pero si supiéramos eso con seguridad, respondería algunas preguntas”.

Era evidente que Humphrey se sentía avergonzado cuando asintió con la cabeza. “Sí. Así es como conseguí el número de Marie”.

“¿De algún tipo de lista de registro?”, preguntó Harrison.

“De las inscripciones para ayudar con las campañas. Otro tipo y yo poníamos una pequeña marca en las mujeres que nos parecían atractivas. Les hacíamos promesas de que les reuniríamos con altos cargos… políticos, gente en el poder”.

“Qué clase”, dijo Ellington. “¿Funcionó?”.

“Sí, muchas veces. Pero… no lo sé. Ya me cansé de hacerlo. Cuando Marie me hizo sentir algo patético e indeseado… empecé a darme cuenta de lo triste que era”.

“Basado en lo que me está diciendo, voy a pedirle coartadas para las noches en que se cree que estas tres mujeres fueron asesinadas”.

“¿Dijiste que fue en el transcurso de los últimos diez días?”, preguntó Humphrey. Había un destello de esperanza en su voz.

“Sí. Diez u once días”.

“Hazme saber las fechas y te puedo dar y puedo darte mi agenda. He estado por todos lados últimamente. Acabo de volver de Washington hace tres días. Estuve allí dos días. Antes de eso, estuve en Raleigh, Carolina del Norte, unos días”.

“¿Puede probar eso?”, preguntó Ellington.

“No en este mismo instante. Pero puedo conseguirte lo suficiente para aliviar cualquier sospecha en una hora más o menos”.

“¿Así que se supone que debo dejarte marchar?”.

“De ninguna manera”, dijo Yardley desde atrás. “Sr. Humphrey, mi compañero y yo vamos a seguirlo. Cualquier prueba que tenga, nos

la puede entregar. Agente Ellington, creo que tiene otros lugares más importantes en los que estar”.

Ellington miró fijamente a Humphrey antes de abrir la puerta para volver a su propio coche.

“¿Agente...?”, dijo Humphrey.

“¿Qué?”, soltó Ellington.

“Si le doy una pista... se supone que será anónima, ¿verdad? Como en que no puede decirle a un sospechoso quién fue exactamente el que los llamó, ¿verdad?”.

“A menos que sea absolutamente necesario romper esa confianza. ¿Por qué?”.

“Bueno.... el otro hombre que marcó los nombres en las listas de inscripción tampoco es exactamente la definición de integridad. No diría que es capaz de matar, pero no lo conozco tan bien”.

“Dame un nombre”:

“Bruce Dumfries. Es un lobbyist que tiende a pasarse de la raya. Pero se queda callado. Y siempre estaba en esos eventos. Nosotros... bueno, trabajamos juntos a la hora de elegir a las mujeres. Es una especie de cretino, ¿sabe?”.

“Lo investigaré”, dijo Ellington, refrenándose para no soltar algún improperio a Humphrey. “Por ahora, por favor, coopere con estos dos agentes. Si les da una señal de peligro, será arrestado”.

Ni siquiera esperó por una respuesta o para ver a Humphrey salir del coche y volver a ver a sus amigos que, incluso entonces, se estaban subiendo al coche de Humphrey. Una gran parte de Ellington quería que las dichas coartadas fracasaran. Quería que el caso terminara para poder llevarse a Mackenzie a casa y que estuviera a salvo. Porque si él sabía algo sobre su esposa, era que ella no se detendría hasta que el caso estuviera cerrado, sin importar el precio a pagar.

Lo peor de todo era que su instinto le decía que Humphrey no era su hombre. De lo contrario, no habría llegado al coche con tanta facilidad y, desde luego, no habría ofrecido coartadas tan rápidamente.

Escribió diestramente el nombre de Bruce Dumfries en su

aplicación de bloc de notas y luego arrancó su coche. Volvió al hospital, pensando una vez más sólo en su esposa y su hijo por nacer.

Una esposa y un hijo que, a sus ojos, corrían peligro hasta que regresaran a casa.

## CAPÍTULO VEINTE

Mackenzie estaba viendo una vieja película de acción que daban por la tele cuando Ellington regresó a la habitación del hospital poco antes de las diez. Sin embargo, lo cierto es que no estaba viendo la película en absoluto; estaba mucho más distraída por los detalles del caso, preguntándose cómo podrían desarrollarse todos los escenarios posibles dentro de su cabeza. Era todo lo que podía hacer ahora que no estaba activamente involucrada en el caso.

Cuando se acercó al borde de su cama, agarró su mano de inmediato y se hundió en la silla de las visitas. "¿Cómo estás?".

"Bien. Firmé el último de los papeles del alta hace media hora. Está todo listo para que salga de aquí. Tengo analgésicos para la cabeza y el dedo. Y me han aconsejado que viaje lo menos posible hasta mañana, más o menos, debido a la conmoción cerebral. Así que parece que no sólo voy a ser inútil de aquí en adelante, sino que voy a estar atrapada en una habitación de hotel".

Lo que no se atrevió a decirle es que se sentía aliviada por este último pensamiento. Significaba que ella se quedaría en la zona al menos otras diez o doce horas, y que podría mantenerse al tanto del progreso del caso.

Al levantarse de la cama y empezar a revisar sus objetos personales, trató de parecer lo más desinteresada que pudo. "¿Llegaste hasta Humphrey?".

"Así es. Pude hablar con él personalmente cara a cara, pero no hubo arresto. No se resistió demasiado y dijo que tenía coartadas para los últimos días. Yardley y Harrison lo están siguiendo hasta que pueda proporcionar pruebas sólidas de esas coartadas". Luego le contó la historia entre Humphrey y Marie Totino que él había admitido tener.

"Parece sospechoso", dijo Mackenzie.

"Yo también lo creía, pero admitió haber usado las inscripciones de asistentes para la campaña para ligar con mujeres que le parecían atractivas. Dijo que había otro hombre que le ayudaba a hacerlo, un influidor del congreso llamado Dumfries".

"¿Alguien lo está investigando?".

“Hablé con McGrath de camino aquí. Dijo que él empezaría a investigarlo por el momento y que me lo pasaría a mí en cuanto te llevemos de vuelta al hotel”.

Mackenzie no dijo nada más mientras se sometían al proceso de salida del hospital. No quería parecer una mocosa malcriada y de morros por no salirse con la suya al no tomar parte activa en el caso, pero tampoco quería hacer un millón de preguntas y parecer desesperada. Tal y como se figuraba, Ellington la pondría al corriente cuando fuera apropiado.

Aun así, se encontró perdida en sus pensamientos mientras Ellington completaba el viaje de regreso al hotel. Pensó en la estructura organizativa de una campaña política en particular. Se preguntó por qué alguien como Daniel Humphrey había decidido ayudar a organizar campañas y mítines para los políticos en lugar de convertirse él mismo en candidato. Claro, tenía que haber un deseo de poder en todo ello, pero era casi como una especie de poder pasivo... casi como cuando se ve a alguien poderoso desde lejos.

*Tal vez incluso alguien a quien le complace hacer favores a gente poderosa, pensó Mackenzie. Alguien como un influidor, el mismo tipo de hombre que Humphrey dijo que le había ayudado a repasar las listas de inscripción en busca de las mujeres más atractivas.*

Cuando entraron al aparcamiento del hotel, Ellington recibió otra llamada. Mackenzie frunció el ceño al respecto, sabiendo muy bien que, siguiendo instrucciones de McGrath, Yardley y Harrison no la llamarían para pedirle ayuda. Y como Yardley y Harrison estaban ahora en el caso, el ayudante Wheeler tampoco se acercaría a ellos.

Ella escuchó el lado de Ellington de la conversación mientras él aparcaba el coche. Se quedó en el coche mientras terminaba, al tiempo que Mackenzie escuchaba y trataba de entender el contexto de la conversación. Se sentía cansada y le costaba mucho concentrarse. Pensó que no era más que otra consecuencia de la conmoción cerebral, una conmoción cerebral que el médico había dicho que no era demasiado grave, pero que tampoco había que tomar a la ligera.

Se liberó del teléfono tres minutos después. Ni siquiera alcanzó el picaporte de la puerta, sabiendo que Mackenzie iba a querer que le informara.

“Un par de cosas”, dijo. “Ese era Harrison. Tienen una imagen perfecta del tipo que vino al hotel preguntando por ti. Aún no hay

identificación, pero esperan una en unas horas. Segunda cosa.... Humphrey tiene más que suficiente para respaldar el hecho de que no estaba en Baltimore cuando estas mujeres fueron asesinadas. Billetes de avión, y recibos de restaurantes y bares en D.C. también. Además, dice que hay varias personas a las que podríamos llamar que pueden confirmar que él también estaba allí".

"¿Así que ahora empezamos a perseguir al tal Dumfries?"

"Bruce Dumfries... sí. Pero... quisiste decir nosotros. Estoy bastante seguro de que McGrath me colgaría si dejara que me ayudaras".

"Probablemente". No estaba necesariamente molesta con él por las decisiones de McGrath, pero lo cierto es que se sentía bastante infantil por culpa de los intensos celos que le atravesaban la mente. "Es que me fastidia. Ya sé que suena inmaduro, pero es la mejor manera de decirlo. Me atacaron. El hecho de que no estaré presente para atrapar a quienquiera que estuviera detrás de esto, me pica un poco".

Se dirigieron a la habitación del hotel de la mano. Cuando entraron, Mackenzie sintió la necesidad de ducharse: para quitarse la pelea de encima, para quitarse la estancia en el hospital. Y luego iba a descansar. Pensó que como ya no estaba en el caso y estaba herida (y, pensó, no olvidemos que también embarazada), podría dormir hasta que Ellington la despertara y le dijera que era hora de volver a D.C. ¿Qué mejor manera de evitar que un caso le picoteara la mente que dormir hasta su inevitable conclusión?

*Estás deprimida, se dijo a sí misma cuando empezó a desvestirse. El embarazo te está haciendo reaccionar exageradamente... las emociones, las hormonas, el hecho de que te enfrentaste a dos hombres armados... es mucho.*

Pensó que estaba deprimida. La única luz al final del túnel era que sonaba como si el caso se estuviera moviendo en la dirección correcta. Con una pista como la de Daniel Humphrey cayéndose entre las grietas, era difícil no sentirse un poco desesperado.

"Me estoy metiendo en la ducha", dijo ella. "¿Estarás aquí cuando salga o te irás corriendo a comisaría?".

"Debería seguir aquí". Él le echó una ojeada mientras entraba al baño, notando más que su ropa interior. "Quiero decir esto en un sentido estrictamente útil, con esto de que tengas una conmoción

cerebral y todo eso. En fin, ¿necesitas ayuda?”.

Mackenzie se rió de él. “No, creo que estaré bien”.

Él la observó hasta que ella abrió el grifo y se metió en la ducha. La sensación de su mirada sobre su cuerpo siempre la hacía sentir un poco revitalizada, pero hoy hasta eso hizo muy poco por levantarle el ánimo. Se quedó bajo el agua durante un rato, dejando que su cuerpo se empapara de vapor, antes de lavarse lentamente. Mientras sus manos pasaban por encima de su tripa, miró hacia abajo y frunció el ceño.

*Lo siento, pensó ella. Hoy estuvimos muy cerca. Y eso va por mi cuenta. Mami promete ser más inteligente de ahora en adelante. Pero oye... sobreviviste a tu primer tiroteo... eso es emocionante.*

Por razones que ella no podía entender, esta pequeña conversación semi-telepática con su bebé le puso una sonrisa en la cara. Pudo entender por completo cómo algunas mujeres afirmaban haber sentido un vínculo con sus bebés a partir de las primeras semanas de embarazo. Y por ahora, si lo necesitaba, sabía que podía confiar en su nuevo deber como madre protectora para ayudarla a superar su falta de participación al final de este caso.

***

Ellington salió poco después de medianoche. Mackenzie podía darse cuenta de que se sentía culpable por tener que dejarla atrás, así que escondió sus propios sentimientos de exclusión lo mejor que pudo. Se acostó en la cama, mirando la oscuridad y tratando de encontrar su posición en todo esto. Les habían metido a una nueva habitación y se habían disculpado profusamente por lo que había sucedido ese mismo día. No había hecho sino añadir un signo más de exclamación surrealista al día.

*Eso es todo, se dijo a sí misma. No tienes lugar en esto. Este ya no es tu caso. Siéntate y mira cómo los demás lo terminan.*

Era un buen consejo, pero todos los demás no habían soportado una patada en el culo y se las habían arreglado para defenderse de dos hombres armados. Por inmaduro que pareciera, Mackenzie no podía dejarlo pasar. Se lo estaba tomando como algo personal y le parecía que tenía el derecho de volver a encontrarse cara a cara no sólo con esos dos hombres, sino también con quienquiera que los hubiera

enviado tras ella.

Era casi imposible para ella irse a dormir, sabiendo que mientras estaba acostada aquí, sintiéndose inútil, tres agentes con los que trabajaba (y uno con el que era particularmente íntima) estaban en el proceso de tratar de resolver un caso que ahora parecía tan resbaladizo como de costumbre. Habría dado cualquier cosa por tener acceso a las imágenes en directo de la comisaría, sólo para estar al tanto de todo.

Su portátil se había roto durante la pelea a primera hora del día, así que, aunque quisiera sacar los archivos del caso, no podía hacerlo. Estaba literalmente atrapada en esta habitación de motel con un televisor por toda compañía.

Fue a su maleta y sacó la botella de melatonina que a veces se llevaba en los viajes. Le había sido especialmente útil cuando la habían acosado las pesadillas en Nebraska y, desde entonces, no había tenido que depender mucho de ella. No obstante, se la tomó ahora, deseando desesperadamente que el sueño la alejara de varias horas.

Sin embargo, incluso media hora más tarde, cuando sentía que la droga empezaba a hacer efecto, el caso seguía en su mente. Algo sobre el perfil del asesino continuaba despistándola. La mezcla de poder y precaución, de dominio e inexperiencia. Hizo una mezcla interesante y cuanto más lo pensaba, más difícil le resultaba crear un perfil adecuado. Daniel Humphrey parecía encajar en su perfil, pero ahora que estaba fuera de escena, ¿a dónde iban a partir de aquí? ¿Buscando a un hombre que anhelaba el poder y lo conseguía relacionándose con los que lo ostentaban en lugar de buscarlo por sí mismo?

*Hay algo allí, pensó ella. Algo sobre el poder y su incapacidad para captarlo. Pero, ¿qué?...*

Era una pregunta que sonó lo bastante pronto como para que se arrepintiera de haber tomado la melatonina. Así las cosas, sólo pudo agarrarse al pensamiento como una mujer que se ahogaba en el mar justo antes de que las estrepitosas olas del sueño se la llevaran.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

Cuando se despertó a la mañana siguiente, ni siquiera perdió el tiempo en levantarse de la cama o cepillarse los dientes. Se sentó en la cama, cogió su teléfono y llamó a Ellington. Se imaginó que al menos debía haber alguna forma de pista lucrativa acerca de Bruce Dumfries o de lo contrario habría regresado para dormir un poco. Eso, o había sido lo suficientemente desafortunado como para verse envuelto en la monótona tarea de verificar todas las coartadas de Humphrey.

Después del cuarto tono, esperaba que la llamada fuera al buzón de voz, así que se alegró mucho de escuchar su voz cuando acabó por contestarle.

"Buenos días, belleza", respondió.

"Lo mismo te digo. ¿Trasnochaste?".

"Sí. Al investigar a Bruce Dumfries, descubrimos que, al parecer, él y Holland han sido amigos. Voy a volver a hablar con él esta mañana. Ese hombre va a estar cansado de verme".

"¿Qué sabemos de Dumfries?".

"No hay gran cosa. Dona dinero a causas que en su mayoría son de izquierdas, aunque presta algo de apoyo al lado derecho del pasillo. Parece el tipo de hombre que se queda callado. Hace todo su trabajo en las sombras, sin querer llamar la atención".

"¿Y ahora qué pasa?", preguntó Mackenzie.

"Supongo que terminaré visitando a Bruce Dumfries. Sin embargo, espero que mi visita a Holland me sirva de guía; por ahora, el único vínculo entre Dumfries y las víctimas es el hecho de que Humphrey lo delató".

"Suena a búsqueda inútil", comentó.

"Se siente como una, también. Así que... sí. Voy a terminar aquí. Algo de papeleo, cosas de último momento con Wheeler, y luego hacer una visita a Holland. Si tengo tiempo, iré a charlar con Dumfries. Creo que a McGrath le parecería bien si me enfocara en eso todo el día. Pero después de eso...".

“¿Después vuelves a casa?”.

“Sí. Y si tu cabeza se siente mejor, tal vez pueda finalmente cruzar el umbral contigo en brazos”.

“Suena como un plan”, dijo, aunque sabía que probablemente había detectado la decepción en su voz. Si lo había hecho, no obstante, no dijo nada al respecto.

“Nos vemos en un rato”, fue todo lo que dijo. “Te quiero”.

“Yo también te quiero”.

Se sentó al borde de la cama por un momento, considerando sus opciones. Podía quedarse en su sitio como una buena niña y esperar a que todos los demás hicieran su trabajo. Sabía que eso es lo que debía hacer.

Pero algo andaba mal... algo parecía andar muy mal.

Pensó en un hombre como Humphrey, con tantas ansias de poder que esencialmente se convertía en un perro faldero para alguien que aún no era poderoso, alguien como Neil Rooney que simplemente tenía cierta audiencia. Tal vez se había equivocado al crear un perfil. Tal vez alguien como Humphrey, deseoso de poder desde un punto de vista secundario, no sería capaz de asesinar. Para matar a alguien, tenías que tomar el control. Tenías que tener la suficiente confianza como para tomar esa decisión y ejercer ese poder oscuro.

Sin embargo, tampoco encajaba con un hombre que se ganaba la vida siendo un influidor como Dumfries. Los influidores tendían a apoyar a otros, a menudo tirando su dinero en varias causas para ayudar a que esas causas ganaran control. A menos que el control viniera de dar ese dinero y sentir que la causa se lo debía. Era una línea de pensamiento interesante, sin duda

Dejó de pensar en posibles sospechosos por un momento. En cambio, volvió a visitar el apartamento de Christine Lynch en su cabeza. Vio los libros de texto y los tomos de biografías de políticos en los estantes. Luego pensó en el tiempo que pasó en el dormitorio de Marie Totino: la propaganda, los folletos e incluso el pequeño botón de la campaña.

*¿Qué me estoy perdiendo? ¿Qué es lo que no vimos?*

Luego trató de aplicar toda esa evidencia dispersa a lo que

conocían del caso hasta ahora: las similitudes, los vínculos, las pistas que habían quedado en nada.

Lentamente, se levantó. Tenía un plan que no le iba a gustar a Ellington. Un plan que McGrath sin duda alguna desaprobaría.

Miró su vientre y se lo frotó. "Está bien, cariño. No hay nada malo en ello. Estaremos a salvo".

Fue a la maleta de Ellington, con la esperanza de encontrar lo que estaba buscando. Aunque no era de carácter muy organizado, era una criatura de rutina. Ella sabía que a él le gustaba meter a su maleta extras de ciertos equipos: un clip extra para su arma, una placa de respaldo, dos linternas, un juego de ganzúas.

Encontró el juego de ganzúas junto a la linterna extra. Ella imaginó que estos objetos permanecían en su maleta en todo momento, que nunca los sacaba de ella. Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que había tocado este equipo. Ella lo revisó, se aseguró de que todo estuviera presente. Tiró el paquete sobre la cama y luego llamó a una compañía de taxis; le dijeron que su transporte estaría allí en unos quince minutos.

Luego se vistió rápidamente, se cepilló los dientes y se preparó para el día. Tres horas, pensó. Eso debería ser mucho tiempo. Dudo mucho que Ellington vuelva antes de eso.

Trató de convencerse a sí misma, trató de decirse a sí misma que necesitaba pensar en lo más conveniente para su carrera profesional... en los mejores intereses de su bebé.

Pero no sirvió de nada. Después de todo, ¿qué le diría a su bebé si dejara pasar esta idea por alto y un asesino continuara suelto?

*Deberías llamar a Ellington, pensó. Decirle lo que estás pensando.*

Pero ella sabía que eso causaría tensión y, en última instancia, que él se lo impediría. Estaba pensando como un marido y un padre ahora mismo. Él la derrotaría y aunque podría pasárselo a Yardley y Harrison, ella se sentiría mejor manejándolo ella misma. Además... era como le había dicho a su bebé hacía unos momentos. No había peligro en ir donde se dirigía. Probablemente estaría de vuelta en esta habitación de hotel en una hora y media.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Mackenzie salió de la habitación y se dirigió al vestíbulo. Lo hizo en alerta máxima, sin estar

convencida de que no habría nadie más merodeando a la vuelta de la esquina para intentar asaltarle de nuevo.

Cuando salió, su taxi acababa de llegar. Se subió a la parte de atrás, le dio la dirección al taxista y trató de reprimir la culpa que envolvía su corazón.

***

Mackenzie no estaba segura si necesitaba revisar su conciencia o si estaba empezando a desarrollar una moral más laxa que la que tenía cuando se unió al FBI. La sensación de culpa se había desvanecido durante el viaje en taxi y para el momento en que estaba forzando la cerradura del apartamento de Christine Lynch, ya había desaparecido por completo. De hecho, al girar el tambor y hacer clic en la cerradura, sintió una gran emoción.

Entró en el apartamento y echó un vistazo. Se saltó la cocina, y se dirigió directamente a la librería de la sala de estar. Escaneó los títulos, pero no encontró nada interesante. Luego volvió a mirar hacia la cocina, sintiendo que quizás había visto algo, pero se le había pasado por alto.

Volvió a la cocina, se paró contra el mostrador y echó un vistazo a su alrededor. Escaneó lentamente el pequeño espacio, absorbiéndolo todo. Pasaron unos quince segundos antes de que se diera cuenta de la importancia de algo que había sido colocado en el refrigerador con un imán. Se acercó a la nevera y vio un volante que era muy similar a algunos de los que había visto en el dormitorio de Marie Totino. Lo retiró y lo miró. No le sorprendió demasiado ver que se trataba de un volante del último ciclo electoral, un volante que promocionaba a Neil Rooney. Ella lo abrió, lo leyó y, por supuesto, el nombre de Daniel Humphrey estaba en la parte inferior, en la lista de directores de campaña.

Había algunas citas en el volante, algunas de políticos de los que Mackenzie había oído hablar, todas alabando a Rooney. Mackenzie lo leyó todo de principio a fin y luego entró en la habitación de Christine. Se paró en la puerta, mirando la escena de la misma manera que lo había hecho en la cocina. Una cama a la izquierda, un armario a la derecha. Un vestidor justo enfrente, un escritorio escondido en el rincón izquierdo de la habitación junto a la ventana.

Se tomó su tiempo, revisando el lugar. Miró en el cajón de la mesita de noche y no encontró nada interesante. Luego miró sobre el escritorio. Todo estaba ordenado y limpio, el correo guardado en una pequeña cesta, toda la configuración de su portátil inalámbrica y despejada. El cajón debajo del escritorio sólo contenía cuadernos y papeles viejos que había escrito para la universidad.

Luego miró a la parte superior de la cómoda. Había una lámpara, un joyero y un libro encima. El libro era ficción, el último título de Nicholas Sparks. Abrió el joyero, todo estaba en su sitio. La única excepción era un solo artículo que se había colocado fuera, como si se hubiera dejado de lado a propósito. Al no estar en la caja y dado el orden circundante, resultaba algo fuera de lo común dentro de la habitación extremadamente ordenada de Christine.

Mackenzie recogió la baratija y la miró. Le llevó un tiempo entender lo que era. Parecía el tipo de alfileres de solapa dorados que a veces usaban los pilotos, pero más grande. Tenía la forma de una cinta estilo pergamino, de unas tres pulgadas de ancho y dos pulgadas de alto. En el centro, habían grabado una sencilla leyenda:

ERIC CONNOR

Soporte VIP

Eric Connor era un nombre que Mackenzie reconoció. Ella no estaba exactamente bien versada en el campo de la política, pero había escuchado el nombre bastantes veces en D.C. Estaba bastante segura de que era un senador muy apreciado. Y aparentemente, a Christine se le había dado esta pequeña muestra especial por apoyarle.

Algo más se le ocurrió a Mackenzie mientras sostenía el alfiler. Regresó por el apartamento, a la cocina. Miró el volante de Neil Rooney una vez más, abriéndolo por donde se citaba a la gente que hablaba de Rooney. La primera cita era nada más ni nada menos que de Eric Connor.

*“Neil no sólo es un amigo mío, sino alguien a quien respeto y admiro mucho. He llegado a verlo crecer, junto con sus tremendas ideas y su gran amor por este país. ¡Mantén los ojos abiertos, América! Neil Rooney va a hacer cosas importantes”.*

Pensó por un momento, regresando mentalmente a cuando había ido a revisar la habitación de Marie Totino. Ella también tenía algo de

literatura sobre Rooney. Y aparentemente, Rooney y Connor eran amigos. Y eso significaba, a modo de asociación, que Daniel Humphrey también estaba más o menos conectado con Eric Connor.

Revisó su reloj. Ella ya había estado lejos del motel casi cuarenta y cinco minutos. Llamar a un taxi y viajar hasta la residencia de los Totino sería presionar. Se tomó un tiempo para pensar correctamente la idea que poco a poco se le estaba ocurriendo y se dio cuenta de que, si ya había llegado tan lejos, no tenía sentido detenerse ahora.

La culpa empezó a aparecer una vez más cuando sacó el número que le habían dado para Mike y Sandra Totino. Mientras sonaba el teléfono, volvió a repasar algunas de las similitudes de las víctimas, por lo que pareció ser la millonésima vez. Pero ahora, después de ver el alfiler y el volante en la habitación de Christine, las cosas empezaron a parecer un poco más sólidas, un poco más como un camino que podría llevar a alguna parte que valiera la pena.

*Todas ellas están conectadas a una campaña para Neil Rooney, que fue organizada y establecida por Daniel Humphrey. Todas ellas son fervientes fanáticas de la política; todos asisten a los mítines y son especialistas en ciencias políticas. Todas eran mujeres que se lanzaban y votaban. Incluso si Daniel Humphrey es inocente, tal vez había alguien más. Alguien como Bruce Dumfries.*

Mike Totino contestó el teléfono, rompiendo su hilo de pensamiento.

“¿Hola?”. Sonaba agotado... cansado.

“Sr. Totino, siento mucho molestarlo de nuevo. Soy la agente White. Tengo una pregunta muy rápida que esperaba que pudiera responder por mí”.

“Puedo intentarlo”, dijo. También se dio cuenta de que su voz sonaba áspera. Había estado llorando recientemente y probablemente no había dormido lo suficiente.

“Me pregunto si ha habido algún momento en el último año en el que Marie haya estado involucrada en algo con un senador llamado Eric Connor”.

“No estoy seguro... creo...creo...creo que tal vez sea posible. Creo recordar ese nombre. Podría haber sido ese evento o gala o lo que sea a lo que fue en algún momento del verano pasado. Era para alguien muy importante en Washington. Estoy seguro de que era un senador,

pero no estoy seguro”.

“¿Te acuerdas de que ella fuera a este evento con alguien más?”.

“Oh, no. Ella era una solitaria para ese tipo de cosas. Siempre decía que cualquiera que fuera a un mitin o evento como ese en un grupo no iba por las razones correctas. Sabes... ahora que lo pienso, este evento al que fue... con el que estaba tan emocionada... trajo algo con ella. Una cosita que nos estaba enseñando a nosotros y a algunos de sus amigos”.

“¿Como un regalo?”, preguntó Mackenzie.

“No, nada de eso. Sólo un pequeño botón dorado”.

“¿Quieres decir como un alfiler?”.

“Sí, como un alfiler que llevas en tu camisa o chaqueta. Recuerdo que dijo que sólo la gente a la que le permitían estar entre bastidores tenía uno”.

*“¿Entre bastidores?”.*

“Sí, estoy bastante seguro de que eso fue lo que dijo. Está todo... en fin, un poco emborronado. Y hace que ahora caiga en la cuenta, después de que ella ya se ha ido, de que nunca le presté mucha atención a lo que ella quería hacer con su vida".

Mackenzie no tenía ni idea de qué decir. Nunca había sido buena consolando a la gente y aquí, al teléfono con el apartamento de una mujer asesinada, seguramente no iba a ser el momento en que fuera a empezar.

“¿Eso ayuda?”, preguntó Mike.

“Sr. Totino, creo que podría hacerlo”.

“Bien”, dijo. Entonces colgó y el chasquido en el oído de Mackenzie sonó demasiado fuerte.

Miró el alfiler que tenía en la mano. Uno que Christine Lynch también debía haber conseguido entre bastidores en algún evento para Eric Connor. Se preguntó si Jo Haley tendría un broche similar y, de ser así, dónde podría estar.

*No tengo tiempo para hurgar también en el apartamento de Jo Haley, pensó ella. Este es uno de esos casos en los que tengo que hacer una*

*suposición.*

*Y sería una buena idea, pensó ella. Las tres mujeres tenían vínculos con Daniel Humphrey, y Humphrey trabajaba estrechamente con Neil Rooney, que también era amigo y quizás un estudiante de alguna clase de Eric Connor. Parecía una versión retorcida de Six Degrees de Kevin Bacon. Y en algún lugar estaba Dumfries... un hombre que parecía permanecer en el anonimato entre las sombras.*

*¿Qué podría estar escondiendo en esas sombras? se preguntó ella.*

Totalmente consciente de que estaba rompiendo una regla, se embolsó el broche y llamó a la misma compañía de taxis que había usado antes. Mientras esperaba, volvió al dormitorio y echó otro vistazo. Revisó el joyero, por si acaso, preguntándose si habría alguna otra baratija ahí. Buscó debajo de la cama por si había libros o documentos sueltos. Revisó los papeles y cuadernos en el escritorio... y encontró una zona llena de lo que parecían ser papeles desechados, del mismo tipo que parecen acumularse en cajones y armarios olvidados en todas las casas.

Los sacó de entre los papeles de la universidad y los cuadernos. Había una pila de papeles de ese tipo de una pulgada de grosor. Incluso el desorden de Christine parecía organizado, los papeles estaban doblados casi por la mitad y metidos uno dentro del otro. Al desplegar los papeles, vio viejas notas para sus trabajos de la universidad, una invitación a una boda de hace un año y una tarjeta de cumpleaños de su hermana.

Luego llegó a una hoja de papel que claramente se había mojado en algún momento antes de volver a secarse. La mayor parte del papel no se podía leer, ya que estaba empapado y casi triturado.

Era una invitación a un evento de recaudación de fondos y gala para Eric Connor. El evento se había celebrado el pasado mes de septiembre y se refería a la invitada, Christine Lynch en este caso, como promotora VIP.

*Christine estaba en este evento. Marie también estaba allí. Cien dólares a que Jo Haley también estuvo presente.*

Además, escaneó el documento y en la parte inferior, en letra pequeña a lo largo de la parte inferior del pie de página, había una Sección de Agradecimientos destacados. Había varios nombres allí, algunos de ellos nombres de empresas, pero sobre todo había nombres de individuos. Y fue allí, mezclado con todos los otros nombres, donde

vio a Bruce Dumfries.

Ahora se sentía muy cómoda añadiéndolo a la cadena de sospechosos potenciales, colocándolo justo detrás de Humphrey. Seguro, sus coartadas podrían haber sido comprobadas, pero encajaba tan perfectamente en su perfil, que era difícil ignorrlo por completo.

¿Cómo se involucraría Dumfries en esta campaña, aparte de ofrecer dinero a alguna causa con la que el senador Connor estaba atrasado?

No tenía tiempo de averiguarlo.

Su cerebro se estaba volviendo loco mientras pensaba en todo. Pero antes de que pudiera llegar a ninguna parte, sonó su teléfono, sorprendiéndola. Vio que era la compañía de taxis; era hora de volver al hotel.

Bajó y subió a la parte de atrás del taxi. Cuando el conductor le pidió un destino, tuvo que ser muy prudente para no darle la dirección que tenía archivada en sus correos electrónicos de Jo Haley. En vez de eso, se reprimió y pidió que la llevaran de vuelta al hotel. Al hacerlo, tocó el alfiler dorado de su bolsillo, dándose cuenta de que iba a tener que confesar su pequeño viaje a Ellington.

Suponía que sería una razón tan buena como otra cualquiera para tener su primera discusión matrimonial.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

Si iba a seguir haciendo esto, sabía que tenía que ser más cuidadoso. Había tres hasta ahora. Tres. Pensaba que deshacerse de Marie en el río le aliviaría, le ayudaría a sentirse menos estresado. Y aunque las autoridades no estaban cerca de atraparlo, sabía que no podía pasarse de listo.

Después de todo, la historia ya estaba en las noticias. Estaba circulando por el campus. Y mientras veía los programas de noticias nocturnos desde su cálida sala de estar, se daba cuenta de que las autoridades se las habían arreglado para encontrar algunas pistas. Todas eran callejones sin salida, especialmente la errónea investigación del director de campaña de Neil Rooney, un pobre tonto llamado Daniel Humphrey.

Y aunque las autoridades estuvieran dando palos de ciego, eso demostraba que estaban muy dedicados a resolver sus crímenes.

Ah, no es que importara. Sólo había otra mujer ahí fuera, una mujer que sabía demasiado. Una vez que se deshiciera de ella, su tarea habría terminado y podría reanudar su vida normal.

Cuando cogió el teléfono y empezó a enviarle un mensaje de texto, se dio cuenta de que estaba emocionado. Le había llegado a gustar el acto del asesinato. Bueno, tal vez no gustar… más bien como un aprecio descarnado. Y, aparentemente, era bastante bueno en eso. Casi le entristecía que ésta fuera la última. Por supuesto, suponía que, si realmente quería hacerlo de nuevo en el futuro, no habría nada que lo detuviera.

*Deja de preocuparte por el futuro, tonto, se dijo a sí mismo. Todavía tienes una más entre manos. ¿Por qué no te encargas primero de eso?*

Hizo justamente eso, escribió el mensaje de texto y luego lo envió. Se estaba emocionando, se estaba excitando al presionar la tecla de enviar. Y no por las implicaciones de lo que había en su mensaje, sino porque él sabía la verdadera razón detrás de ello. Que ella también moriría por obra suya.

**Ha pasado demasiado tiempo, escribió a máquina. Creo que me vendría bien algo de desayunar.**

Colgó el teléfono y esperó. Estas mujeres... estas mujeres más

jóvenes que apenas habían entrado en la veintena, siempre respondían rápidamente. Sabía que no se debía sólo a que estuvieran realmente ansiosas por complacerle. No, era algo sobre esta pobre generación... siempre necesitada de estar al día y de saberlo todo.

Y, sin duda alguna, su teléfono ya estaba sonando. No era su teléfono estándar, sino uno de esos trastos baratos que se compran en las farmacias. Cambiaba de números regularmente por si acaso alguien se descuidaba. Tal vez él mismo. Tal vez una de sus chicas.

**Clase por la mañana temprano, tonto. ¿Cena?**

**No, respondió. Estoy ocupado todo el día después del almuerzo.**

**Lástima. Yo también tengo HAMBRE.**

Sonrió. Casi era demasiado fácil. Ahora estaba más que emocionado, sintiendo su propósito. La mujer que escribía esto... le quedaba muy poco tiempo para vivir. Y él era el único que lo sabía.

**¿Después de tu clase?, sugirió. ¿En el lugar de siempre?**

**Puedo hacerlo. ¿A las 10?**

**Estoy deseando verte, envió.**

Y lo decía en serio.

Con Jo, se había rendido a sus deseos más viles. Habían dormido juntos y en medio de ello, sabiendo lo que tenía que hacer antes de que terminara la noche, se adelantó y la mató. Estrangularla había sido más difícil de lo que él había anticipado; culpó al hecho de que había estado más interesado en el sexo durante la mayor parte de la noche.

Por eso había optado por renunciar al sexo con Christine y Marie. No podía dejar que le nublara la cabeza, no podía dejar que sus instintos humanos interfirieran. Había sido especialmente difícil con Marie porque era toda una fiera en la cama. Aunque a él le encantaba tener una sensación de control en todas las cosas, Marie había llevado las cosas a un nivel diferente en el dormitorio, pasando del dominador al esclavo en un abrir y cerrar de ojos, y siendo extremadamente buena en ambos papeles. Por eso, al final, no pudo evitar jugar un poco con ella. A ella le gustaba tener el control la mayor parte del tiempo en el dormitorio, así que él tenía que hacerla ver dónde

encajaba realmente antes de que él la despachara. Colgarla en el armario y verla rogar por su vida le había producido más placer del que jamás hubiera esperado.

Era la única razón por la que pensaba que podría ser capaz de asesinar incluso después de que esta cuarta y última mujer fuera silenciada.

Este pensamiento llenaba su mente mientras se acomodaba para dormir. Pensó en un futuro en el que, una vez que esta cuarta mujer fuera eliminada, experimentaría con tales cosas. La debacle total de la policía y el FBI en el manejo del caso actual era evidencia de que podía salirse con la suya.

Y Dios, era muy tentador.

Se quedó dormido, preguntándose qué tipo de víctimas podría tener en el futuro y de cuántas maneras diferentes podría ejercer control sobre ellas.

Hizo que su sueño careciera sorprendentemente de imágenes oníricas.

***

A la mañana siguiente, cuando se dirigía a su apartamento secundario, se encontraba muy tranquilo. Cuando hace varios años se interesó por primera vez en acostarse con mujeres más jóvenes, había alquilado el espacio. Algunas de las mujeres tenían novios o prometidos o, en un caso, incluso un marido. Y tenía que considerar su reputación y su carrera profesional.

Así que un espacio de vida secundario secreto acabó por tener sentido. Lo había usado sin ningún problema durante más de tres años, llevando a nueve mujeres diferentes al apartamento para cerca de cincuenta visitas. Así que cuando estacionó su auto, su Subaru más viejo, que no sobresalía como un elefante blanco en este vecindario como su Beamer, detrás del edificio de apartamentos, realmente se sintió como si estuviera en un hogar lejos de su casa.

Y allí estaba ella, esperándole. Bridgette Minkus. Veintiún años de edad. Bonita de una manera sencilla y ella lo sabía, y por eso siempre estaba tan ansiosa por complacer a los hombres. Era una bomba en la cama y aunque tenía demasiadas restricciones entre las sábanas, lo

compensaba con energía y vigor.

Estaba en su coche, aparcada dos espacios más allá. Bridgette conocía su situación, sabía que tenía que permanecer anónima y, como tal, siempre tenía prisa durante estos momentos especiales. Así que ella representó su papel, sin siquiera saludarlo mientras dejaba su coche y caminaba hacia la entrada trasera del edificio de apartamentos. Intercambiaron una sonrisa breve y cómplice cuando él le abrió la puerta.

Una excitación creciente comenzó a extenderse a través de él a medida que se abrían paso por el vestíbulo. Como habían practicado en el pasado, se separaron para que nadie que los viera asumiera que estaban juntos. Bridgette tomó el ascensor y él usó las escaleras. Como siempre, ella llegó antes que él; cuando llegó a la cima de las escaleras, ella ya estaba esperando en la puerta. La emoción se disparó dentro de él, y con razón. Siempre se emocionaba cuando venía a este apartamento. Sólo lo había usado para este único propósito... bueno, no para lo que tenía en mente actualmente. Sino para estar con mujeres que tenían pocas limitaciones sobre lo que no harían para alcanzar algún nivel de poder. Eso, asumió, excitaría a cualquier hombre.

Sin embargo, ahora había un tipo diferente de excitación dentro de él. El mismo tipo de placer retorcido que había surgido en él cuando, de niño de doce años, espiaba a la adolescente de la casa de al lado, mirando por la ventana por la noche mientras ella tenía relaciones sexuales con su novio.

Claro que esta sensación era más intensa, más penetrante. Saber que Bridgette solo pensaba que iba a darse un rápido revolcón entre clases... mientras que él sabía, de hecho, que tenía intención de matarla.

No obstante, cuanto más lo pensaba, tal vez ella correría la misma suerte que Marie. Había disfrutado de esclavizarla más de lo que esperaba. La sensación de poder y control que sintió al ver cómo recuperaba la consciencia, al darse cuenta de que había sido engañada y estaba en peligro de muerte, era mejor que cualquier encuentro sexual que hubiera tenido. Y estaba deseando volver a experimentarlo.

Abrió la puerta con llave. Incluso mientras giraba el picaporte para abrir, sus manos ya estaban sobre él. Ella lo empujaba por la espalda, tirando de él hacia adentro. Se preguntó si esto se debía a que ella lo deseaba mucho o a que tenía prisa por volver al campus para su próxima clase.

Honestamente, no le importaba. Cuando la puerta se cerró tras ellos, se volvió hacia ella y la empujó con fuerza contra la pared. Bridgette pareció sorprendida, quizás hasta un poco dolida, pero una sonrisa asomó a las comisuras de su boca.

“¿Desde cuándo eres tan grosero?”, preguntó.

Le colocó la mano derecha sobre una mejilla y lo acercó. Ella lo besó ferozmente y él no sintió ninguna necesidad real de hacerlo. No, hoy sólo tenía prisa. Cerró su mano libre para hacer un puño y, después de soportar otros cinco segundos del beso, le dio un fuerte puñetazo en el pecho.

Había más fuerza allí de la que se esperaba y el aliento salió de ella de una manera casi cómica. La mirada de dolor y sorpresa en su rostro lo atrajo aún más y se sintió impotente mientras lo hacía de nuevo. Cuando la golpeó esta vez, ella empezó a caerse al suelo, pero él la detuvo agarrándole por el cuello. La estranguló contra la pared, sacudiéndola y dándose cuenta de que ahora tenía tal erección que era casi doloroso.

Tal vez haría más que atarla esta vez. Tal vez, como con Jo, la poseería antes de pasar a lo demás.

Literalmente, tuvo que reírse a carcajadas. Tantas decisiones, todas las cuales él estaba más que encantado de tomar. No tenía adónde ir durante varias horas e iba a hacer muy buen uso de cada segundo que le quedaba con ella.

A medida que le aplicaba más presión en el cuello y sus ojos empezaban a rodar hacia atrás en su cabeza, hubo un pequeño aleteo de pensamientos en algún lugar de la parte posterior de su cabeza, como si un murciélago saliera de una cueva y luego se diera la vuelta instantáneamente para volver a entrar en ella. Ese aleteo era una voz distante de su razón, una parte muy antigua de él que le había preguntado si estaba seguro de que eso era lo que quería hacer… si estaba seguro de que eso era lo que quería llegar a ser.

Había pensado en esto al menos una docena de veces desde que estrangulara a Jo Haley….desde que se le ocurriera la idea el día antes de matarla. El hecho es que no, no estaba muy seguro.

Pero si la energía que palpitaba en su corazón y la excitación salvaje en cada músculo de su cuerpo servían de indicios mientras empezaba a arrastrar el cuerpo de Brigette a través del apartamento, pensó que era demasiado tarde para cambiar.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

“Mac… no puedes coger cosas del apartamento de una víctima de asesinato. Ojalá no tuviera que decírtelo”.

Ellington se había enterado de que había visitado el apartamento de Christine Lynch y había reaccionado tal y como ella esperaba. Parecía disgustado, pero también un poco emocionado mientras los llevaba de vuelta a D.C.

“Lo sé”, dijo ella.

“¿Estás segura? Porque dado que ni siquiera se suponía que pudieras estar allí, dudo que pudiéramos usarlo como prueba”.

Podía sentir la desilusión en su tono de voz y, por esa sola razón, realmente sentía como si le hubiera fallado. Por otro lado, Ellington sabía que ella no era del tipo que podía apartarse y dejar que otros hicieran todo el trabajo.

Además, él también estaba maniobrando con las novedades que había descubierto durante sus investigaciones matutinas. Lo más importante era el hecho de que Bruce Dumfries se encontraba actualmente en Washington, D.C., reuniéndose con varias organizaciones sin ánimo de lucro, así como con algunos jefes de un comité legislativo, en preparación para una conferencia al día siguiente.

Debido a esta noticia, a Ellington no parecía importarle demasiado el alfiler. La confrontación no escaló a lo que Mackenzie habría llamado una pelea, pero sí que creó una fuerte tensión entre ellos. Las cosas estaban tan tensas cuando regresaron a su apartamento que fue casi un alivio cuando Ellington se fue a reportar a McGrath. Ella sabía que eventualmente habría que pagar con creces por mantener la noticia del embarazo a espaldas de McGrath, pero por ahora, él parecía sentir cierta comprensión. Mackenzie sintió una punzada de dolor por Ellington, consciente de que él iba a tener que mentir en su nombre sobre lo que ella había estado haciendo desde que le dieran de alta del hospital… y que ciertamente no era así como ella quería comenzar su matrimonio.

Se preparó un pequeño almuerzo tardío y se sentó en la barra, mirando el alfiler dorado que había tomado del apartamento de Christine. Trató de imaginar la emoción de una seguidora política a la

que invitan a la parte de atrás del escenario en un evento de recaudación de fondos. Se preguntó de cuántas otras mujeres se trataría, cuántas otras mujeres tendrían el mismo broche.

*Me pregunto si había una lista de invitados o una lista con los nombres de los asistentes, pensó. Si la encontramos, podremos ver si hay más objetivos. Podríamos ser capaces de averiguar quién es el próximo objetivo del asesino.*

Por supuesto, para obtener ese tipo de información, tendría que ser asignada al caso. Se preguntó si Ellington estaría dispuesto a hablar con Yardley y Harrison sobre una cosa así.

Mientras tanto, podía hacer algunas averiguaciones por su cuenta. Sabía que, si podía encontrar algo lo suficientemente convincente, Ellington siempre saldía a defenderla. Así que, una vez más, se puso a trabajar con un portátil, esta vez usando el viejo modelo de Ellington, ya que el suyo estaba roto tras la pelea en su habitación de hotel. Empezaba a sentirse como uno de esos forofos de la investigación que usaban Internet para crear conspiraciones o encontrar suciedad sobre gente importante, especialmente celebridades.

Empezó por investigar a Neil Rooney, principalmente porque su nombre estaba muy ligado a todos los que habían visto hasta entonces. Ese era el vínculo más claro y obvio entre las víctimas. Pero por mucho que lo intentó, no pudo encontrar ni una sola cosa negativa que se dijera sobre él, aparte de unos pocos hilos sarcásticos en Reddit. También se percató de que, en algunos de esos hilos, mucha gente se apresuraba a señalar que, aparentemente, el director de campaña de Rooney le había pagado a una mujer para que mantuviera el pico cerrado acerca de la noche en que él la había violado a ella y a una amiga.

Intentó aplicar su perfil al estridentemente limpio Rooney. Vio algunos videos de él en YouTube, incluyendo uno en el que visitaba a una familia indigente en México. Incluso cuando el hombre tumbaba a sus oponentes o a los que estaban al extremo derecho o izquierdo del pasillo, lo hacía con clase y dignidad. Nunca contaba chismes, nunca arrojaba a nadie a los leones.

Mackenzie odiaba descartar a la gente en esas cosas, pero le resultaba muy difícil creer que el hombre sobre el que estaba leyendo y viendo en YouTube fuera capaz de matar a alguien... y mucho menos de estrangularlo.

Luego dirigió su atención hacia donde realmente no quería que se fuera. Había oído historias de horror sobre agentes del FBI y la CIA que habían perdido sus empleos porque habían ido a buscar en los lugares equivocados cuando se trataba de la política estadounidense. Y aunque alguien como Bruce Dumfries no ejercía ningún poder real propio, ella sabía que habría gente poderosa con la que él estaba conectado gracias al todopoderoso hilo del dinero.

Mackenzie sintió el peso de su decisión en el momento en que escribió el nombre Bruce Dumfries en la barra de búsqueda de Google. Estaba a punto de saltar a un agujero sin fondo en el que no tenía nada que hacer. Incluso si ella tuviera un papel en el caso, tendría algunas dudas sobre la idea de investigar a un influidor del congreso. Los influidores tendían a tener vínculos y conexiones que permanecían profundamente enterrados, mucho más allá del ojo público, sin importar lo buenas que fueran sus intenciones.

Cuando empezó a investigar a Dumfries, Mackenzie comenzó a darse cuenta de que todo lo que realmente sabía sobre el hombre era que era un influidor del congreso. Y eso era todo.

Pronto descubrió que Dumfries tenía un historial criminal que apareció rápidamente en su búsqueda en Internet. Había sido arrestado por posesión de drogas en los años 80 y por una queja de alteración del orden a principios de los 90 durante una protesta fuera del Pentágono donde había estado involucrado en una pelea que terminó por romperle la nariz a una mujer. Cuando lo denunciaron por golpear a una mujer, fue degradado din piedad por los medios de comunicación y masivamente ridiculizado. Sin embargo, cuando apareció en las noticias un video del evento, se desveló que Dumfries no había golpeado a la mujer. En lugar de jactarse de que había tenido razón todo ese tiempo, lo dejó pasar y se desvaneció en la oscuridad. Después de eso, fue conocido por hacer generosas donaciones a Planned Parenthood y a varios programas ambientales diferentes.

Y ahí es donde el rastro de Bruce Dumfries parecía desaparecer. Encontró conexiones sencillas entre él y la campaña de Rooney, aunque su nombre nunca estuviera explícitamente relacionado con el de Daniel Humphrey.

Por otro lado, también se encontró una mención de Dumfries en correlación directa con Eric Connor. Hacía ya varios años que uno de los guardaespaldas de Connor había dejado su puesto inesperadamente. En la única entrevista que pudo encontrar con el guardaespaldas, él declaraba que la relación que tenía con Connor

estaba muy bien, no como la que tenía con algunas de las personas con las que estaba asociado.

Es decir, Bruce Dumfries.

***

Cuando Ellington llegó a casa, Mackenzie no perdió el tiempo. A ella le daba la impresión de que, si no se lo decía enseguida, la anticipación y la preocupación por ello la acabarían por enfermar el estómago, y eso no era algo que quisiera experimentar mientras crecía un ser humano ahí dentro.

Para beneficio suyo, Ellington lo manejó bien. No la interrumpió mientras Mackenzie le contó cómo había pasado la tarde. Él la escuchó durante seis minutos mientras ella lo ponía al día y le mostraba parte del contenido que había encontrado en Internet. Ella hizo que el navegador descargara el artículo sobre el guardaespaldas, listo para que él lo leyera si así lo deseaba.

"No es nada específico", dijo ella. "Sólo dice que había gente con la que Connor estaba asociado y con la que él no estaba de acuerdo. Decía que a veces se creaba un ambiente de trabajo tenso y estresante, una presión que en realidad no se esperaba cuando se era guardaespaldas de un político".

Cuando finalmente terminó de explicar su línea de pensamiento, él estaba sentado en el sofá, inclinado hacia atrás y mirándola como si estuviera tratando de ver a través de ella.

"Mac", dijo. "Todo esto suena muy prometedor. Pero si Dumfries estaba vinculado a Eric Connor tan directamente... no vas a por alguien así a menos que estés absolutamente seguro".

"¿Crees que no lo sé?", preguntó ella. "Me he estado debatiendo sobre ello durante la última hora y media. Pero si no fuera a por él y no encontrara al asesino, siempre me lo preguntaría. Me perseguiría hasta la tumba".

"Además... hemos estado desenterrando cosas sobre él todo el día", dijo Ellington. "Encontramos exactamente las mismas cosas que tú. La buena noticia es que sabemos que está en Washington".

"Dijiste que iba a estar en la conferencia de mañana, ¿verdad?

Creo que Rooney también tiene que hablar".

"Así es. Así que, si realmente necesitamos llegar a Dumfries, le tenemos aquí en nuestro propio patio trasero".

"¿Encontrasteis el nombre del guardaespaldas? El artículo no lo menciona".

"Lo hicimos", dijo, aunque el tono de su voz indicaba que no le gustaba hacia dónde se dirigía esto.

"Sólo necesitamos hablar con él", dijo Mackenzie. "Incluso si no puede proveer suficientes pruebas para ir tras Bruce Dumfries, seguro que sabe algo sobre los asuntos más oscuros dentro de ese grupo".

"¿Y por qué crees que hay tratos oscuros?".

"Todas las víctimas estuvieron detrás de los escenarios de la campaña con estos hombres. Políticos. Odio pintarlos a todos del mismo color, pero... tres mujeres muertas, todas conectadas a hombres poderosos. Incluso si Humphrey o Dumfries resultan ser inocentes, tal vez este guardaespaldas conoce a los enemigos que podrían tener. Tal vez conozca más detalles sobre los enemigos que Rooney o Eric Connor han hecho a lo largo del camino. Hay un grupo de sospechosos potenciales en lo que podría decirnos".

Ellington asintió con la cabeza y Mackenzie pudo darse cuenta de que estaba haciendo todo lo que podía para pensar como ella. Ahora estaba tratando de pensar en ella no como su esposa y la futura madre de su hijo. Ahora la veía como la talentosa agente especial que también era, recordándose a sí mismo lo instintiva que podía ser.

"He pensado lo mismo", dijo. "Puede parecer una posibilidad remota, pero vale la pena investigarla. Si no tenemos un sospechoso pronto, y si Dumfries se va, probablemente tendríamos que ir a ver al guardaespaldas de todos modos".

"¿Vive en Washington?", preguntó ella.

"No. En Richmond. El departamento de Inteligencia indica que una vez que dejó su trabajo, se mudó a Richmond, Virginia, para cuidar de su madre enferma".

"Podemos ir a primera hora de la mañana, ¿verdad?".

"¿Nosotros?".

Odiaba sonar como una fiera decidida, pero no podía quedarse sentada en esto. Después de todo, sólo le estaban haciendo una visita. No había ningún peligro involucrado.

"Sí. Nosotros".

"McGrath nos mataría a los dos".

"Entonces no se lo decimos. Creo que... Dios. Esto suena terrible. Pero después de esto, ya no voy a estar activa. Sólo déjame acompañarte y estar ahí mientras tú lo interrogas. Tú toma la delantera. Yo solo estaré presente".

"Dulzura andante", dijo Ellington con una sonrisa. "Supongo que, si estamos casados, necesito acostumbrarme a eso".

Ella se acercó a él y lo besó suave y juguetonamente en los labios. "Gracias".

"No me lo agradezcas todavía. Tienes que saber... que incluso si encontramos algo de valor, estamos hablando de ir a por alguien muy influyente en el congreso que está estrechamente vinculado a un senador. Incluso si Eric Connor no tiene idea de la mierda vil que este tipo podría estar haciendo... también le afecta a él".

"Lo sé".

Mientras decía eso, de repente se dio cuenta de otra cosa. Los hombres que la habían abordado en la habitación del hotel... simplemente no tenían sentido que les hubiera enviado alguien de poca monta como Daniel Humphrey. La hizo preguntarse si un hombre como Dumfries, un hombre que estaba acostumbrado a tirar dinero en cosas en las que creía o que quería que fueran fomentadas, probablemente haría lo mismo para eliminar algo que se interpusiera en su camino.

"Creo que tenemos que hablar de esto", dijo Ellington.

"¿De qué?"

Se tomó un momento para responder, eligiendo cuidadosamente sus palabras. "Tu incapacidad para soltar las cosas. Ya lo vi con el caso de tu padre. Y me encanta eso de ti: tu empuje y tu determinación. Pero no siempre tienes que ser tú quien salve a la gente, ¿sabes? No siempre tienes que cargar con esa responsabilidad. A veces está perfectamente bien dejar que los demás ayuden".

El comentario le dolió un poco, pero ella sabía que tenía razón. Y honestamente, pensaba que podría haber sido capaz de soltar completamente este caso si no hubiera sido por los dos hombres que la habían atacado; no sólo habían puesto en peligro su propia vida, sino también la de su hijo.

Para ella, esa era una razón más que suficiente para permanecer apegada al caso de cualquier manera que fuera posible.

Sin que importara el precio.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Iban conduciendo a la mañana siguiente, tras salir de D.C. hacia Richmond a las siete de la mañana para reunirse con un hombre llamado Earl Jackson, ex guardaespaldas de Eric Connor. Mackenzie se dio cuenta de que Ellington estaba nervioso, probablemente porque se sentía culpable y asustado por su trabajo al haber permitido que ella lo acompañara.

"Podría haberme quedado en casa", dijo cuando estaban a mitad del viaje.

"Tú y yo sabemos que eso es mentira. Aunque me las hubiera arreglado para irme sin ti, no habrías dejado de recriminármelo por mucho tiempo. O me habrías dejado de hablar".

"Yo no le retiro la palabra a nadie".

"En cualquier caso.... ambos sabemos que no había forma de que me hubieras dejado hablar con Jackson sin acompañarme".

"Tienes razón", dijo ella. "Sólo intentaba ser una esposa dulce y complaciente".

"Para que conste, hubiera preferido que te quedaras en casa".

"Anotado".

Hablo en serio. Ya no estamos hablando solo de tu seguridad. Esto ni siquiera es por el bebé. Esto es tu trabajo. Recuerdo a esa detective que conocí hace unos años en Nebraska. Recuerdo lo atrapada que se sentía. Entonces ya me di cuenta que estabas destinada a cosas mejores. Y te esforzaste mucho para conseguir esas cosas. No quiero que lo pierdas todo sólo porque no puedes dejar pasar esto de largo".

De nuevo, sintió como si él la estuviera atacando. Pero ella también sabía que él sólo decía estas cosas porque él genuinamente se preocupaba por ella y quería lo mejor para ella. Fue esto lo que le permitió empujar el leve resentimiento que le aquejaba a un lado y extender la mano.

Miró a través del parabrisas y disfrutó del silencio que caía a su alrededor. Mackenzie estaba llegando a comprender que cuando dos personas estaban enamoradas y confiaban la una en la otra para casi

todo, incluso los silencios incómodos traían un poco de paz.

***

Earl Jackson vivía en las afueras de Richmond, más allá del área de Short Pump. Llegaron a su casa a las nueve de la mañana, y aparcaron detrás de una gran camioneta Ford de color negro. Tenía una linda casa, una casa de ladrillo de dos pisos en un callejón sin salida en un vecindario acomodado. El vecindario estaba tranquilo mientras caminaban hacia la puerta para llamar al timbre, la única conmoción provenía de un anciano que paseaba a su perro por la acera.

Unos segundos más tarde, les abrió la puerta un hombre alto y calvo. Llevaba puesta una camiseta de la Marina y unos vaqueros. Llevaba una taza de café en una mano y tenía el aspecto de un hombre que estaba preocupado por algo.

“¿Puedo ayudarle en algo?”, preguntó.

“¿Es usted Earl Jackson?”, preguntó Ellington.

“¿Quién lo pregunta?”.

Ellington fue el único que mostró su placa. Una vez más estaba tomando la iniciativa, asegurándose de que Mackenzie no se metiera de ninguna manera significativa a menos que tuviera que hacerlo. “Soy el agente Ellington y ella es mi compañera, la agente White”.

Al referirse a ella de esa manera, vio cómo los rastros de una sonrisa tocaban las comisuras de sus labios. Por lo visto, ambos estaban teniendo problemas para acostumbrarse a su nuevo nombre de casada.

Earl Jackson parecía un poco asustado. Su postura pareció extenderse un poco, como si estuviera pensando en bloquear la entrada de su casa si hubiera que hacerlo.

“¿De qué se trata esto?”, preguntó.

“Estamos trabajando en una investigación en Maryland que sacó a relucir distintos nombres de personas que están involucradas en el gobierno. Una de esas personas era un influidor del congreso llamado Bruce Dumfries. Un hombre que sabemos que le desagradaba lo

suficiente como para dejar un trabajo y romper lazos con el senador Eric Connor. Esperábamos hablar con usted sobre cómo lo conoció”.

“Ya. No estoy interesado en eso”, dijo Jackson.

“Puedo respetar eso”, dijo Ellington. “Pero esta es una investigación muy urgente y necesitamos información que no está disponible”.

Jackson los miró con escepticismo y le dio otro sorbo a su café. “¿Qué clase de investigación?”.

“Creemos que podría haber algunos hombres alrededor de Dumfries y Connor que podrían saber algunos detalles sobre un caso de asesinato que estamos tratando de resolver”.

Mackenzie notó inmediatamente que Ellington no había inferido que estaban buscando a Dumfries por el asesinato. Era un movimiento inteligente, al no darle a Jackson la posibilidad de ver al hombre bajo una nueva luz negativa automáticamente.

Esa mirada de miedo volvió a los ojos de Jackson. Aunque no dijera ni una palabra, la expresión lo decía todo. Jackson se hizo a un lado y asintió para que entraran. “Mi esposa está trabajando. Si ella estuviera aquí, podría sufrir alunas represalias por permitir esto”.

“¿Podemos preguntar por qué?”, preguntó Mackenzie mientras entraban.

“Bueno, supongo que estáis aquí porque sabéis que he trabajado para Eric. Y, como bien dijiste, renuncié. Bueno, las cosas no terminaron ahí. Ese imbécil me acosó implacablemente después de dejarle”.

“¿Dumfries es el imbécil?”, preguntó Ellington.

“Sí”.

“¿Y por qué te acosó?”.

“Afirmó que dije demasiado cuando dejé mi puesto con Eric. Dijo que lo arrojé debajo del autobús, lo cual es una tontería. Me entrevistaron dos personas. Con una de ellas, me callé un minuto y no revelé nada. Y con la segunda, hice lo mejor que pude para decir que todo se debió a que me sentía incómodo trabajando en esa posición cuando él estaba cerca. Y eso fue todo”.

“¿Qué quieres decir con que te acosaron?”, dijo Ellington.

Estaban en la sala de estar ahora, y Jackson se acomodó en un sillón reclinable. Ellington se sentó en un sofá frente al sillón mientras Mackenzie permanecía de pie a su lado. Era un lugar cómodo que parecía liberar la tensión de los tres.

“Bueno, originalmente me mudé a Richmond porque mi madre estaba en una clínica de reposo. Murió unos dos meses después de que me mudara aquí. Pero para entonces, mi esposa había conseguido un buen trabajo, así que nos quedamos. Trabajo desde casa, ayudando a establecer sistemas de seguridad a distancia para empresas en crecimiento, de modo que puedo trabajar en cualquier lugar. Así que nos quedamos aquí. Recibíamos llamadas de gente que trabajaba para Eric, amenazándonos. Llamé a Eric y se lo dije y todo paró por un tiempo. Sin embargo, hubo una vez en la que el mismo Dumfries apareció en nuestra antigua casa en el centro de Richmond. Llevaba un matón con él que constantemente se llevaba la mano a la cintura, como si llevara un arma de fuego encima”.

“¿Hubo alguna vez altercados físicos?”, preguntó Ellington.

“No. Mira....para ser honesto, la única razón por la que alguna vez dije algo sobre mis razones para dejar ese trabajo es porque pensé que se convertiría en dominio público. Si acababa desaparecido o muerto, imaginé que la pequeña declaración que hice haría que la policía investigara de inmediato en la dirección de Bruce Dumfries”.

“Eso plantea un montón de interrogantes”, dijo Ellington. “Para empezar, ¿cuál era la relación entre Dumfries y Connor?”.

“Oh, estaban siempre juntos. Mejores amigos. No estaban de acuerdo en muchas cosas, pero siempre se apoyaban mutuamente. Verás, Dumfries venía de familia de dinero. Dinero antiguo. Su familia ha estado forrada desde principios del siglo XX. Cuando su padre falleció y la mayor parte de ese dinero fue heredada por un ya rico Bruce Dumfries, terminó valiendo alrededor de doscientos sesenta millones de dólares. Y como estoy seguro de que ya saben, lo esparce por todo Washington, ganándose favores y haciendo amigos poderosos. Uno de esos amigos era Eric Connor”.

“¿Algún problema con Connor?”.

“En absoluto. Ese hombre fue grandioso conmigo. Me trató bien. Un verdadero hombre con carácter. Por eso me sorprende que fuera amigo de Dumfries... que siempre encubriera a ese cretino”.

“¿Cubrir qué, exactamente?”.

“Toda clase de asuntos sórdidos. Mi compañero y yo recibíamos llamadas cuando trabajábamos para Eric....llamadas del mismo Eric. Nos pedía que fuéramos a la residencia de los Dumfries y, como decía Eric, limpiáramos el desastre. Resulta que Dumfries era un fanático de golpear a su esposa casi semanalmente. Limpiar el desastre era asegurarse de que no se lo dijera a nadie. Pagándole, hablando con ella. A veces era para asegurarse de que no tuviera que ir al hospital”.

“¿Y alguna vez se lastimó de gravedad?”, preguntó Mackenzie.

“Una vez le rompió la muñeca. También le rompió la nariz”.

“Se casó dos veces, ¿correcto?”, preguntó Ellington.

“Sí”.

“¿Qué hay de la segunda esposa?”.

“Dumfries y su segunda esposa dejaron de vivir juntos después de una semana. Pero él le rogó que se quedara con él, sólo por interés para mantener su imagen pública. Ella lo hizo, y siguieron casados un año. La engañaba constantemente. También recibíamos llamadas sobre eso. Llamadas para ir a ver a las prostitutas y acompañantes que Dumfries había contratado. A una le arrancó unos cuantos dientes, casi estranguló a otra. Pero les pagó por su silencio”.

Mackenzie y Ellington intercambiaron una mirada de complicidad al escuchar esta noticia. “¿Y por qué no contaste todo esto después de dejarlo?”.

“Porque es un tipo peligroso”. Lo dejó aquí por un momento. Mackenzie pensó que estaba empezando a sentirse incómodo de nuevo, tal vez arrepintiéndose de todo lo que les había dicho. “No lo sé con certeza, pero estoy seguro de que Dumfries mató al menos a dos personas mientras yo trabajaba para Eric. Y sé que regularmente amenazaba a la gente. Era muy intimidante. Pero era encantador delante del público, así que cuando mostraba este lado oscuro a puerta cerrada, era casi paralizante. Es muy bueno mostrando al mundo una cara y guardando la otra para unos pocos. También ayuda el hecho de que juegue la carta de la inocencia, tratando de mantenerse siempre fuera del foco de atención. Pero cuando le da de pleno, lo hace muy bien”.

“¿Qué te hace pensar que hizo que mataran a gente?”, preguntó

Ellington.

“Había un periodista online que empezó a publicar una historia. Se enteró de lo de las prostitutas, sólo que cuando vino después de la historia, vino a por Eric. Tenía los hechos equivocados y Eric lo demostró. Así que el reportero investigó más a fondo y terminó cayendo en la cuenta de que era Dumfries el que estaba buscando. Terminó hablando con un antiguo compañero de cuarto de Eric en la universidad... un tipo que también conocía bien a Dumfries. Creo que este tipo avisó a Dumfries porque terminó pidiendo una reunión con él. Lo sé porque Eric nos hizo investigar al reportero como un favor a Dumfries antes de que se conocieran. Entonces, el reportero y Dumfries se reunieron y luego nadie le vio el pelo en dos días. Y cuando volvió al trabajo, estaba muy contento. En cuanto al periodista, fue encontrado tres semanas más tarde en un estanque en algún lugar del país. Le habían golpeado hasta matarlo con un bate de béisbol”.

“¿Y nadie hizo la conexión?”, preguntó Mackenzie.

“Hubo una persona que lo hizo. De nuevo... todo esto son suposiciones de mi parte. Sólo estoy conectando los puntos. Sin embargo, la persona que sospechó y empezó a hacer preguntas después de que encontraran el cadáver del periodista... Sé a ciencia cierta que le escribieron un cheque por treinta mil dólares. Directo de una de las cuentas de Eric para que no se pudiera relacionar con Dumfries”.

“Parece que Eric Connor tampoco era tan inocente como parece”.

“También hacía de las suyas. Tenía dos prostitutas a las que veía regularmente. Pero eso fue después de que su matrimonio terminó. Por lo que sé, nunca hizo ese tipo de cosas mientras estuvo casado. Pero su conexión con Dumfries... nunca lo entendí. Nunca lo pude comprender”.

“Lo estás haciendo sonar como si al tener a Connor como escudo, Dumfries fuera intocable”, dijo Ellington.

“Podría serlo. Siempre se le dio bien cubrir su mierda. Y cuando necesitaba ayuda, Eric estaba allí. A Dumfries le encanta el control y le encanta el poder. Claro que también sabe que, si se hiciera prominente, todos sus pequeños placeres viciosos serían descubiertos y mostrados al mundo. Está contento de quedarse donde está. Se siente cómodo allí, sacando su dinero de la oscuridad. Ha hecho buenos

amigos y estoy bastante seguro de que tiene algún guardaespaldas de baja categoría a su alrededor la mayor parte del tiempo. Del tipo que vino a mi casa con él para amenazarme. Me imagino el mismo tipo que eliminó al periodista”.

“Sr. Jackson…. ¿tiene alguna prueba de esto?”.

“Nada tangible. Pero recibí llamadas de Eric….llamadas en que nos dijo que había otro desastre en la casa de los Dumfries que necesitaba ser atendido. Sólo he hablado con Dumfries en algunas ocasiones. Lo odiaba. Sentí que me veía como a su equipo de limpieza, un pequeño peón que trabajaba tanto para él como para Eric”.

“¿Qué hay del otro guardaespaldas que estaba trabajando contigo en ese momento?”, preguntó Ellington. “¿Podría corroborar estas historias?”.

“Estoy seguro de que le encantaría, pero no puede. No mucho después de que yo me fuera, él también se fue. No le dijo a nadie a dónde fue y no dejó rastro. A menudo me he preguntado si también se llegó a hartar, pero tal vez Dumfries lo atrapara antes de que pudiera escapar”.

“Así que si intentamos conseguir una reunión con Dumfries…”.

“Yo tendría cuidado”, dijo Jackson. “FBI o no… el hombre tiene vínculos peculiares y poderosos. Todavía no sé cómo lo hace. Hay un rumor que dice que era muy buen amigo de Richard King en la universidad”.

“Richard King”, dijo Ellington. “¿Te refieres al jefe del Departamento de Justicia?”.

“Eso es. Además… tendrá gente defendiéndole. Cuando Eric fue reelegido durante el último mandato, fue una elección reñida. Su victoria le dio la vuelta al senado y él hizo saber que gran parte de su éxito provenía de amigos leales y partidarios como Dumfries. En realidad, mencionó a ese cabrón en su discurso de victoria, para darle las gracias. Si Dumfries cae, Eric también se vería afectado. El control del senado estaría básicamente en juego. Y Maryland necesitaba esa victoria… el partido demócrata la necesitaba. Hay demasiado en juego”.

“Jackson”, dijo Ellington. “¿Tiene el número de mujeres de las que abusó?”.

Jackson agitó la cabeza. “No. Sé que había al menos dos. Tres si cuentas a su primera esposa”.

“¿Sabes dónde está su primera esposa ahora?”.

“Ni idea. Intencionalmente, traté de no mantenerme en contacto con él”.

“¿Alguna idea de cuánto tiempo ha pasado desde que recibiste una de esas visitas o llamadas amenazantes?”, preguntó Mackenzie.

“Ha pasado más de un año. Por eso dudé en dejaros entrar. Ha pasado un año y estaba pensando que quizá ese capítulo de mi vida terminaba por fin”. Se detuvo aquí y miró directamente a Ellington. “Mira... si vas tras él, tiene que ser con algo seguro e irrefutable. Tiene que ser de una manera en la que no tenga la oportunidad de mandarte a sus matones o de pagar para que lo que encuentres sea encubierto. Y aunque odio pensar en Eric de esa manera, creo que Dumfries podría convencerlo. Y si él te pone a Eric encima, llenarán de mierda al FBI..."

“Confía en mí”, dijo Ellington. “Tomaremos todas las precauciones”.

Jackson asintió con la cabeza, pero no parecía muy convencido. “Os deseo la mejor de las suertes. Sé que dormiría mucho mejor de noche si ese hijo de puta fuera derribado de una vez”.

“Hablas de él como si fuera un monstruo”, dijo Ellington.

Jackson se encogió de hombros y preguntó: “Jekyll y Hyde... ¿era ese tipo un monstruo?”.

“No”, dijo Mackenzie. “Sólo un médico que tenía un lado malvado que salió a flote”.

“Ese es Dumfries, entonces. Es él exactamente”.

Terminó esta declaración con una mirada que le enfrió un poco la espina dorsal a Mackenzie. Era la mirada de un hombre que conocía al monstruo, y que también sabía que mientras los monstruos tuvieran sombras a su alrededor, siempre existirían.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

“Agente White, ¿cómo te encuentras?”.

Era una pregunta llena de gravedad, particularmente viniendo de McGrath, desde el otro extremo de su teléfono. Miró por el parabrisas, la próxima salida era para D.C. Habían dejado atrás a Earl Jackson hacía una hora y media y Mackenzie seguía procesando los escalofríos que le había provocado ese encuentro. Cuando vio llegar la llamada de McGrath, ese escalofrío creció, pero sabía que sería inútil ignorar la llamada.

“Estoy bien”, respondió ella. “Tal vez un poco atontada”.

“¿Descansada, supongo? ¿Se encuentra mejor tu cabeza?”.

“Sí, señor. ¿Ya llegaron los informes médicos?”.

“No. Estarán aquí enseguida. Mira... Mackenzie...”.

Una ráfaga de calor pasó a través suyo. Si se debía al miedo o a una emoción genuina, no estaba segura, pero McGrath nunca se había referido a ella por su nombre de pila.

“He estado pensando cada vez más en ello, y siento que te conozco lo suficiente como para entender por qué decidiste no avisarme sobre el embarazo de inmediato”, continuó. “No obstante, al mismo tiempo considero imprudente que hayas mantenido un papel tan activo estos últimos días. Me hace sentir realmente mal pensar que algo le podía haber pasado al bebé solo porque elegiste no contármelo. Me ha hecho darme cuenta de que te valoro más de lo que probablemente demuestro”.

“Gracias, señor”.

“Quiero que te tomes el resto de la semana libre”, dijo. “Pero quiero programar una reunión contigo para el lunes por la mañana. A las nueve en punto, en mi oficina. Quiero repasar algunas opciones sobre cómo mantenerte en los casos sin que sientas la necesidad de jugar a que eres Wonder Woman. Y también tenemos que repasar la baja por maternidad y todo eso”.

“Sí, señor. Lo agradezco”.

“Disfruta los próximos días. No te voy a mentir… probablemente tengas que sentarte delante de un escritorio en el futuro, pero estoy seguro de que triunfarás en todo lo que te ponga por delante. Cuídate, White. ¿O es Ellington ahora?”.

“Todavía estamos deliberando al respecto”, dijo Mackenzie.

Terminaron la llamada y, honestamente, Mackenzie no estaba segura de cómo sentirse. Aquí estaban, actuando claramente contra las órdenes de McGrath de que se mantuviera alejada del campo, cuando él le había llamado para mostrarle lo que seguramente era el sentimiento más conmovedor hacia ella que había visto desde que se convirtiera en agente. La hizo sentir muy mal.

“¿Era ese McGrath?”, preguntó Ellington.

“Sí. Y resultó bastante conmovedor”.

Se puso a pensar por un momento en la conversación y se dio cuenta de que quizás una de las razones por las que le resultaba tan difícil pasar a un segundo plano en este caso era porque se había producido durante una época de gran transición. Se había casado, iba a tener un hijo y, además de todo eso, su carrera parecía tener una gran trayectoria. El hecho de que McGrath no acabara de darle una patada en el trasero era prueba de ello.

Y, honestamente, ¿por qué arruinar una transición con la sensación de que había fracasado en llevar un caso a su fin? ¿Por qué matar su ímpetu de esa manera?

Miró hacia la carretera, pensando en un detalle más que había captado el día anterior. Se lo había mencionado a Ellington, pero casi de pasada, como si no fuera algo importante.

Era el hecho de que Bruce Dumfries no hablaría en la conferencia de mañana, pero el senador Connor sí lo haría. Así que eso, al menos, dejaba claro por qué Dumfries estaría allí.

Y el lugar estaba a sólo cuatro horas de su apartamento.

Ciertamente la hizo pensar, incluso después de la sincera conversación con McGrath.

“¿Estás bien?”, preguntó Ellington.

“Sí”, dijo, esperando que no fuera obvio que su mente estaba

preocupada. “Solo estaba pensando”.

***

Esa misma tarde, convocaron a Ellington al cuartel general para participar en una conferencia telefónica con Yardley, Harrison y el departamento de recursos de la oficina. Había recibido una llamada y algunos correos electrónicos sobre el caso, que compartió con Mackenzie antes de irse.

Para empezar, Yardley y Harrison habían logrado obtener una identificación positiva del hombre que había estado en el vestíbulo del hotel preguntando por Mackenzie. Parecía saber dónde estaban las cámaras, bajando siempre la cara cuando estaba al alcance de alguna. Sin embargo, había habido algunos instantes mientras hablaba con la mujer en la recepción en los que su cara había salido a la luz. Su nombre era Donnie Curts y tenía un historial criminal bastante extenso que incluía allanamiento de morada, así como unos meses en prisión por fracturar el brazo de un hombre durante uno de esos allanamientos de morada. En este momento, se había puesto en marcha una cacería para encontrarlo.

Por otro lado, Daniel Humphrey había decidido enviar a su abogado a la oficina, una táctica que parecía que iba a explotar en su cara ya que era solo él quien parecía ser el tipo malo en todo este asunto.

“Y aquí está la auténtica bomba”, había dicho Ellington mientras se dirigía a la puerta. “Está previsto que Neil Rooney haga una especie de anuncio esta tarde. Hay rumores que dicen que es una declaración para informar al público de que Humphrey va a dejar de ser su director de campaña”.

Esto hizo que Mackenzie se sintiera un poco ciega; tal vez incluso un poco ingenua. Habían pasado tanto tiempo concentrándose en el hombre del extremo inferior del tótem que no habían mirado hacia arriba. Después de oír hablar de los supuestos crímenes y el comportamiento retorcido de Bruce Dumfries, los esqueletos con los que Humphrey había estado bailando parecían inocentes en comparación.

Ellington ya estaba en la puerta y Mackenzie se dio cuenta de que ella lo seguía de cerca, como la obediente esposa que iba a decir adiós

al marido de camino al trabajo. Mackenzie se detuvo en seco cuando este sentimiento se apoderó de ella y se dieron un beso antes de que él se fuera.

Mackenzie se dirigió a la sala de estar y se apalancó en el sofá. Si esto era lo que tenía que esperar de los últimos meses de su embarazo y de las semanas posteriores al parto, no le hacía ninguna ilusión. Era introvertida de corazón, claro que sí, pero tampoco podía soportar quedarse sentada, especialmente cuando había un caso delante suyo que aún no se había resuelto.

No perdió ni un segundo en fingir que iba a ser capaz de ignorar el hecho de que Dumfries iba a hacer una aparición muy pública en una conferencia al día siguiente. Cogió el portátil y buscó información sobre la conferencia. Rápidamente se dio cuenta de que solo la llamaban una conferencia a modo de formalidad. Lo que realmente encubría no era sino una recaudación de fondos para varios grupos demócratas, ante lo que Mackenzie no tenía ninguna pega. Sin embargo, cuando vio la redacción sobre la intención real en letra pequeña cerca de la parte inferior de la página, así como una agenda llena de oradores como Eric Connor y Neil Rooney, no pudo evitar poner los ojos en blanco. Podría presentarse como una conferencia, pero en realidad era solo una excusa para que los hombres y mujeres de poder se pusieran de pie frente a los que los habían elegido, recordándoles que, gracias a los votos del público, ellos tenían el control.

*Control... poder... suena como el lugar perfecto para un hombre como Dumfries.*

No obstante, otro pensamiento le sobrevino después de esto. Uno que le dolía pero que también le cabreaba.

*Este es el tipo de cosas que necesitas contarle a tu marido... no como compañero de oficina, sino como el hombre con el que ahora estás casada, el hombre que es el padre de tu hijo.*

Estaba empezando a tramar un plan. Tenía una buena idea de lo que necesitaba hacer. La única pregunta que quedaba era si incluiría o no a Ellington. Su marido. Un hombre que debía confiar en ella y, al mismo tiempo, estar siempre inequívocamente a su lado.

*Exactamente, pensó ella. ¿Qué clase de ejemplo estás dando al empezar tu matrimonio escondiéndole algo así? Si sigues adelante con tu pequeño plan, él lo descubrirá de todos modos.*

Se sentía egoísta pero también se sentía digna. Como marido suyo, pensaba que él lo entendería. Tal vez hasta la apoyaría en ello.

Terminada la lectura sobre la conferencia, Mackenzie apagó el navegador y cerró la tapa del portátil. Se quedó sentada en el sofá y miró al espacio, pensando largo y tendido en ello durante mucho tiempo.

***

Ahora se estaba convirtiendo casi en una rutina, y Mackenzie era muy consciente de que no era así como debía comenzar un matrimonio. Ellington llegó a casa a las 7:30 de la tarde y ni siquiera había tenido la oportunidad de entrar y quitarse el abrigo antes de que ella le dijera lo que había planeado.

Se detuvo solo un momento, mirándole con una sonrisa resignada y lanzando un suspiro de frustración. Se encogió de hombros, lo colgó en el armario y se volvió hacia ella. La miró de la misma manera que la había mirado tantas veces durante su viaje a Islandia, un viaje que incluso ahora, sólo cuatro días después de haber partido, parecía que hubiera ocurrido hace mucho tiempo.

“Mackenzie, te quiero mucho”, dijo. “Pero, ¿estás loca de remate?”.

“Creo que es lo correcto”, dijo Mackenzie.

“Tal vez lo sea. Y ciertamente parece encajar con todo lo que buscamos en un sospechoso, pero esto es un juego totalmente distinto. Si voy a McGrath con la sugerencia de que nuestro asesino es un poderoso influidor del congreso que está estrechamente ligado a lo que parece ser un senador que no tiene ni idea de nada, sabes que va a exigir pruebas físicas. Y no las tenemos”.

“Tienes razón”, dijo ella. Ella lo sabía tan bien como Ellington. Por eso estaba totalmente preparada para hacerlo por su cuenta. El plan que tenía en mente era de mínimo riesgo, uno con el que pensaba que Ellington podría estar de acuerdo.

“Sólo quiero que me escuches. Tengo un plan y…”.

“Normalmente lo tienes”, dijo Ellington con una sonrisa.

Esa sonrisa le dijo todo lo que necesitaba saber sobre el futuro de su matrimonio. Con Ellington, ella iba a tener un esposo que siempre la escucharía, un esposo que nunca le derribaría una idea sin más. Siempre estaría a su lado y, aunque no estuviera de acuerdo con ella, siempre la escucharía.

Lo hizo en ese momento, allí mismo. La escuchó mientras ella le explicaba el plan que ella había preparado en su mente. Mackenzie lo explicó muy cuidadosamente, sin querer perderse ni un solo detalle. Sabía que le estaba pidiendo mucho, que hiciera algo ciertamente controvertido a espaldas de McGrath, pero el riesgo valía la pena. Y hasta antes de que terminara de explicarle lo que tenía en mente, podía darse cuenta de que Ellington sentía lo mismo que ella.

Y cuando llegó al final, él estaba asintiendo. La mirada de ansiedad en su cara le dijo todo lo que necesitaba saber. Por si ella albergaba alguna duda, dijo una sola frase que lo confirmaba.

Con un fuerte suspiro de resignación, tomó su mano y dijo: “Está bien… hagámoslo”.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

La conferencia se celebraba en el Centro de Conferencias Capital View. Cuando Mackenzie y Ellington llegaron al día siguiente, la conferencia en sí empezó a tener más sentido para Mackenzie. Había oradores de renombre como, por supuesto, Eric Connor, Neil Rooney e incluso el actual secretario de prensa. Después de que los oradores principales terminaran, había otras figuras mucho más pequeñas y menos conocidas, que celebraban reuniones para responder a preguntas del público e incluso talleres sobre cómo reforzar el interés en el voto, las relaciones internacionales y la política en general.

Mientras Mackenzie recogía un panfleto con el programa al entrar al centro de conferencias, vio que Eric Connor estaba organizando una de las sesiones de descanso más pequeñas.

También vio algo más que había visto el día anterior en la página web. La mañana comenzaría con pequeños discursos de los oradores clave: un músico local que acababa de firmar un importante contrato discográfico y que actualmente estaba haciendo la transición a activista político, Neil Rooney, y luego Eric Connor. Hablarían en ese orden, lo que significaba que, en algún momento antes de las diez de la mañana, Mackenzie tendría la oportunidad de llevar a cabo su plan.

Directamente más allá del pequeño centro de recepción donde había recogido el programa, había una pequeña estación de seguridad. Se les pedía a los asistentes que pasaran por tres carriles diferentes, flanqueados por guardias con varas detectoras de metales. Al entrar en una de las filas, Mackenzie observó cómo la gente colocaba sus monedas sueltas, teléfonos móviles y otros objetos metálicos en pequeñas bandejas que luego otro guardia pasaba por detrás de los guardias para devolvérselas a sus propietarios.

Ellington estaba delante de Mackenzie y cuando llegó al guardia en su línea, le mostró su identificación del FBI rápida y discretamente. Mackenzie hizo lo mismo y los dos se quitaron rápidamente las chaquetas para mostrar sus armas. El guardia asintió con prontitud y les hizo pasar, sin llamar la atención al respecto.

"Quiero recalcar una vez más", dijo Ellington, "lo mal que me parece esta idea".

"Anoche dijiste que era una buena idea".

“Bueno, la idea es buena. Y también lo es la conceptualización. Estoy hablando más bien de mi esposa embarazada participando en ella, y de no decirle a nuestro inmediato supervisor lo que estamos haciendo”.

Mackenzie no iba a discutir el punto, así que no dijo nada. Se abrieron paso por el vestíbulo central y entraron al auditorio de la parte trasera del edificio. Era un espacio de tamaño decente, con alrededor de setecientos asientos. Había una música muy ligera, algo alegre e instrumental. El lugar estaba bien iluminado, gracias a que unos cuantos tramoyistas habían hecho algunos ajustes de última hora en el escenario.

La mayoría de los asientos de la parte delantera ya estaban ocupados, así que Mackenzie y Ellington tuvieron que conformarse con asientos en la quinta fila. Cuando se sentó, Mackenzie estudió el lugar, haciendo un mapa de los posibles resultados en su cabeza. Estaba segura de que los oradores saldrían por la puerta de atrás, que estaba detrás del escenario ligeramente elevado y a la derecha. Probablemente también saldrían por ahí. En cuanto a las salidas, había una sola puerta a la izquierda, aproximadamente a mitad de camino a lo largo del piso donde todos los asistentes estarían sentados. Aparte de eso, estaban los dos juegos de puertas dobles que habían atravesado.

Asumió que Dumfries estaría sentado muy cerca del escenario, o tal vez simplemente esperando su turno detrás del escenario. En otras palabras, acercarse a él en persona iba a ser más difícil de lo que ella pensaba. Inconscientemente, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sintiendo la forma de su teléfono, afortunadamente la única arma que necesitaría usar el día de hoy.

“¿Estás nerviosa?”, le preguntó Ellington.

“No”.

Era mentira. Tenía los nervios totalmente alterados, algo que no era propio de ella. Tal vez fuera porque sabía exactamente lo que estaba en juego. Esta mañana podría transcurrir de dos maneras: se iría de aquí con suficientes pruebas como para presentar una investigación oficial y potencialmente hacer arrestar a Dumfries, o se iría con las manos vacías. Era una situación de todo o nada de la que realmente empezaba a sentir el peso a medida que la gente entraba al auditorio.

Quince minutos después, la conferencia comenzó oficialmente. El presentador del evento salió y repasó una lista del programa del día y luego presentó al primer invitado, el músico local con ambiciones políticas. Mackenzie nunca había oído hablar de él y, por lo tanto, le resultó fácil desentenderse durante la siguiente media hora más o menos.

El músico habló durante unos veinte minutos y dejó el escenario con un respetable aplauso. El presentador salió y presentó al siguiente orador. Cuando el nombre “Neil Rooney” salió de sus labios, Mackenzie se puso un poco tensa. Vio a Rooney salir con un estruendoso aplauso. Era un hombre atractivo al final de la treintena que sabía excepcionalmente bien cómo trabajarse al público. Su discurso fue conciso y breve, ensalzando la importancia de la votación y la capacidad que tenían ambos partidos de conectar con el otro lado del pasillo para el mejoramiento del país. Salió del escenario doce minutos más tarde, dejando a la multitud animada.

No pasaron más de treinta segundos antes de que el presentador saliera. Repasó la lista de eventos de la tarde y luego hizo la transición a la introducción para el siguiente orador. Cuando presentó a Eric Connor, no obtuvo una recepción tan grande como la de Rooney, aunque también fue impresionante.

Mackenzie se encontró a sí misma mirando al público. Ella había visto unas cuantas fotos de Humphries en línea y él se veía muy claro en todas ellas. Aun así, pensó que lo reconocería entre la multitud.

Connor se tomó unos momentos para dejar que los aplausos lo acunaran por unos momentos mientras saludaba con la mano y sonreía a la multitud. De inmediato, pudo ver el encanto del hombre, desde su sonrisa hasta la forma en que se comportaba. Tenía cincuenta y dos años y podía fácilmente pasar por cuarenta. Tenía una cualidad casi como la de Kennedy, con un poco de mal humor añadido.

Cuando habló, su voz sonaba baja pero firme. Articuló todas y cada una de las palabras y quedó claro, por su postura, estatura y facilidad, que sabía cómo trabajarse una multitud. Mackenzie lo escuchó todo lo que pudo, pensando en cómo Earl Jackson había parecido tan desconcertado y triste de que Connor pudiera alternar con personas como Dumfries.

En el escenario, Connor habló sobre cómo asegurarse de que las minorías fueran mejor tratadas en las próximas elecciones y cómo la clase acomodada podría desempeñar su papel para que eso ocurriera.

También habló de cómo D.C. tenía un estereotipo muy negativo a la hora de hacer las cosas, un estereotipo que él creía que era justo, pero que, con la ayuda de los votantes y de los funcionarios electos a los que realmente les importaba su tarea, podía cambiarse en el curso de un solo ciclo electoral.

Su discurso duró aproximadamente media hora, y dio ejemplos de una participación electoral sin precedentes en algunas de las zonas más pobres del condado. Tuvo que detenerse cada dos o tres minutos para aplaudir. El hombre sabía lo que estaba haciendo y ella vio de inmediato que, si quería, podría fácilmente tener una posición mucho más influyente si se postulaba para cargos más grandes. Por supuesto, recordó lo que Earl Jackson había dicho sobre Dumfries: que él prefería permanecer en la sombra. Se preguntaba si ocurría lo mismo con Connor. ¿Estaba perfectamente contento con su papel como senador, o tenía metas más grandes relacionadas con su cargo?

A medida que su tono cambiaba y bajaba un poco, Mackenzie se dio cuenta de que estaba terminando su charla. Anteriormente, había visto al presentador entrando y saliendo por la puerta a lo largo de la parte trasera detrás del escenario. Mientras intentaba encontrar una manera de encontrarse con Connor cara a cara, suponiendo que esa sería su mejor opción para enfrentarse a Dumfries, dijo algo desde el escenario que casi no se podía creer del todo… algo que podría hacer su plan infinitamente más simple.

“Me han dicho que tendremos un pequeño intermedio una vez deje de hablar”, dijo riéndose. “Unos veinte minutos más o menos. Durante ese tiempo, estaré en el vestíbulo por donde todos ustedes han entrado en caso de que alguien tenga preguntas o comentarios para mí. ¡Espero veros allá afuera!”.

Con eso, Eric Connor abandonó el escenario y, al igual que el maestro de ceremonias y el músico que lo precedió, salió por la puerta trasera del escenario. Ellington le dio un codazo a Mackenzie y le lanzó una mirada de incredulidad. Parecía emocionado, sintiendo claramente el mismo alivio que ella.

“Puede que seamos los primeros en saludarlo”, dijo Mackenzie, que ya se había puesto en pie. Sin embargo, no le prestó ninguna atención a Connor. Estaba muy ocupada buscando a Dumfries.

Y ahí estaba él. En primera fila, levantándose y dirigiéndose a la derecha. Le dijo algo a un miembro del equipo de seguridad, se le permitió salir por un lateral del escenario, y entonces siguió a Connor

unos segundos más tarde.

Mackenzie y Ellington se levantaron rápidamente de sus asientos y se dirigieron al pasillo que recorría el centro de la sala, entre las dos secciones separadas de asientos. Otros ya estaban haciendo lo mismo delante de ellos, pero como se movieron rápido, Mackenzie pensó que no tendrían que esperar mucho. Solo para estar preparada, se adelantó y puso en práctica la primera parte de su plan; sacó su teléfono móvil de su bolsillo, abrió la aplicación de grabación de voz y volvió a colocarlo en su bolsillo con la aplicación en funcionamiento.

Mientras se acercaban a las puertas dobles que se dirigían al vestíbulo, Mackenzie tomó nota de un hombre que se encontraba junto a la pared trasera. Lentamente, se acercó a las puertas y parecía estar mirándolos directamente. Ella había notado un par de agentes de seguridad inteligentemente apostados durante toda la mañana, lo que tenía sentido, dada la estatura de algunos de los oradores. Y aunque este hombre se comportaba como tal, la verdad es que parecía estar un poco fuera de lugar.

Estaba a punto de comentarle esto a Ellington cuando se acercaron a la puerta, pero para entonces, ya no había tiempo. El hombre estaba en la puerta justo cuando Ellington estaba a punto de pasar.

“¿Agente?”, preguntó el hombre, poniendo suavemente una mano sobre el brazo de Ellington.

Ellington miró la mano del hombre, apoyada en la parte superior del brazo, y dijo: “¿Sí?”.

“¿Podría hablar con usted?”.

Una mirada de escepticismo apareció en la cara de Ellington. Le dio un apretón de manos al hombre y le dijo: “¿Qué necesitas?”.

“Solo una palabra. Creo que puede haber algo que necesites oír... algo urgente. Estoy tratando de ser lo más discreto posible sin causar una escena aquí. No llevará ni dos minutos”.

“¿Quién eres?”.

“Estoy con el equipo de seguridad”.

Ellington volvió a mirar a Mackenzie y luego salió al vestíbulo donde ya se estaba formando una pequeña multitud mientras Eric

Connor aparecía a la vuelta de la esquina.

“Está bien”, dijo Mackenzie. “Te veré allá afuera. Te esperaré antes de…”.

Ellington asintió con la cabeza, pero aun así no parecía muy cómodo con la situación. No obstante, le echó un último vistazo a Mackenzie mientras seguía rápidamente al empleado de seguridad a lo largo del pasillo y hacia el escenario.

*Eso es extraño, pensó Mackenzie mientras salía por la puerta al vestíbulo. Debe de ser algo bastante serio si el equipo de seguridad tenía en cuenta que había agentes del FBI presentes. ¿Pero por qué sólo Ellington?*

De hecho, había algo que sin duda alguna parecía extraño. Trató de averiguar de qué se trataba mientras se unía a la multitud, que seguía creciendo, con gente entrando desde el auditorio y desde los pasillos de los laterales. Mackenzie notó que había dos camarógrafos presentes también, con los logotipos de los programas de noticias locales a ambos lados de sus cámaras. Varios reporteros diligentes se pusieron de pie a su lado, esperando a que Connor hiciera una breve declaración antes de responder a las preguntas de la multitud reunida.

Y ahí estaba Dumfries, a su derecha. No estaba en la primera posición a su derecha, pero estaba cerca. Earl Jackson no había estado bromeando sobre cómo se relacionaban ellos dos. Había algo que le parecía un tanto malicioso a Mackenzie… como si cada uno estuviera allí para proteger al otro, para atacar si el otro era atacado.

Hizo todo lo posible para pensar en cómo dar el siguiente paso. Su plan original era ir tras Connor, para preguntarle sobre la posibilidad de que sus exempleados solucionaran los líos que habían montado sus amigos influidores en el congreso. Sería un golpe bajo, pero ella sabía cómo funcionaban los hombres que estaban acostumbrados a tener el control. Si presionaba lo suficiente, Dumfries mostraría algo. Lo había visto muchas veces durante los interrogatorios.

Si tuviera que hacerlo, dejaría caer el nombre de una de las mujeres que ahora estaba bastante segura de que eran sus víctimas. La mirada en su cara al mencionar los nombres probablemente contaría toda la historia.

*Por supuesto, este es el primer hombre al que he acusado de algo tan descaradamente que tenga una reputación pública que mantener, pensó ella.*

Dos filas de personas eran todo lo que la separaba de Connor mientras daba un breve discurso introductorio. “Ya saben la mayoría de ustedes cómo van estas cosas”, dijo, en tono casual y conversacional. “Mantengámoslo claro, rápido y simple. Si estáis con la prensa y necesitáis un poco más de tiempo, puedo encontrar algo de tiempo una vez se reanude la conferencia. ¿A quién de ustedes le gustaría hacer la primera pregunta?”.

La pregunta estaba en la punta de la lengua de Mackenzie. Estaba totalmente preparada para gritarla por encima del estruendo de la multitud, un grupo de personas que ya había crecido hasta las cincuenta personas más o menos.

Pero antes de que pudiera pronunciar la pregunta, un joven que estaba justo delante de Connor le hizo una pregunta sobre los impuestos a la propiedad. Connor le respondió. Junto a él, separado por sólo otras dos personas, una de las cuales estaba bastante segura de que era un agente de seguridad de incógnito, se encontraba Bruce Dumfries.

Lentamente, se adelantó. Quería que su grabadora de voz captara todo lo que se decía.

“¿Alguna otra pregunta?”. preguntó Connor.

“Aquí mismo”, dijo Mackenzie, levantando la mano.

Eric Connor miró hacia donde estaba ella. También Dumfries y el guardia de seguridad. Ella observó la reacción de Dumfries y… no tenía sentido. Parecía que no le importaba en absoluto. Sin embargo, Eric Connor pareció alarmado por un momento. Por una fracción de segundo, había habido reconocimiento en su cara... como si la conociera de algo.

Se puso al frente de la multitud, asegurándose de que todos los que estuvieran presentes pudieran verla. “Me preguntaba qué sabe sobre las tres jóvenes de la Universidad Queen Nash que han sido asesinadas recientemente”.

El espacio se quedó en un silencio total. Ahora Dumfries la estaba mirando, pero estaba confundido. Connor, por otro lado, se puso pálido y su postura cambió de inmediato. Parecía como si una corriente eléctrica hubiera pasado a través de su cuerpo. Sin embargo, fue rápido en responder.

“Sé muy poco al respecto”, dijo. “Solo lo que he leído en los

periódicos. Y creo que hubo un gran interés en mi antiguo colega, Daniel Humphrey. Un asunto de lo más triste”.

Mackenzie sintió que perdía la ventaja. Estaba sorprendida por el repentino desarrollo que había tenido lugar frente a ella. Dumfries no había mostrado ninguna reacción al verla, pero Connor sí. Dumfries solo había mostrado una gran confusión cuando ella había mencionado los asesinatos, pero Connor pareció sentirse mortificado por un momento.

Entonces, volvió a pensar en Earl Jackson. Algo sobre el periodista que había pillado a Dumfries.

*Ese periodista había pensado que el problema venía de Connor al principio. Fueran las que fueran las pistas que tuviera el periodista, originalmente le habían llevado a Connor....*

“Cada una de ellas tenía alfileres VIP de la campaña del otoño pasado”, añadió Mackenzie. Luego sacó del bolsillo el alfiler que había sacado del apartamento de Christine Lynch y lo levantó. “Igual que este.... tomado del apartamento de la segunda víctima”.

Las cámaras dispararon y la gente empezó a murmurar. Mientras tanto, Eric Connor parecía enfadado. En un momento de absoluta inconsciencia, miró a Dumfries. Dumfries sólo se encogió de hombros, mientras el color también desaparecía de su cara.

Mackenzie se adelantó, ahora a menos de un metro de Connor. El miembro de seguridad que estaba a su lado se adelantó para cortarle el paso, pero Mackenzie siguió hablando.

“Las conociste a todas en una gala, ¿no?”.

“Me temo que estás equivocada”, dijo Connor, pero su voz sonaba sacudida y él estaba claramente alterado. Parecía que fuera a vomitar.

*Fue a Connor a quien Earl Jackson y su compañero guardaespaldas estaban limpiando el lío en realidad, se dio cuenta Mackenzie. El periodista tenía razón desde el principio. Fue Connor... y Dumfries era sólo el chivo expiatorio. Y lo hizo, a cambio de algo más de poder. A cambio de ser esencialmente intocable.*

“Te gusta hacer daño a las mujeres, ¿verdad?”, preguntó.

Algunas personas entre la multitud empezaron a refunfuñar. El guardia de seguridad se adelantó, bloqueando su vista de Connor.

“Las estrangulaste, ¿verdad? Jo Haley, Christine Lynch…”.

“Ya basta”, dijo el guardia de seguridad.

“¡Tiraste a Marie Totino al río! ¿Qué es lo que estaba mal? ¿No podías controlarla? ¿No pudiste…?”.

De repente, Eric Connor saltó hacia delante. Al hacerlo, tiró al guardia de seguridad hacia un lado. Mackenzie estaba tan distraída que no vio venir el golpe. Eric Connor lanzó un puñetazo lento que conectó, pero que apenas le dolió. Aparentemente, su punto vicioso solo le daba para estrangular mujeres indefensas que estaban enamoradas de su nivel de poder.

Mackenzie echó su brazo hacia atrás, totalmente dispuesta a intercambiar unos golpes con él, pero la multitud explotó a su alrededor. En el frenesí, ella vio una forma que se abalanzaba desde la derecha y reconoció la cara. Era Ellington, y estaba derribando a Connor.

Los de seguridad atacaron a Ellington, pero se las arregló para sacar su placa de identificación antes de que pudieran golpearle. Las cámaras parpadeaban como relámpagos y cada cámara en el lugar (Mackenzie veía cuatro de ellas ahora) se disparó para ver cómo el senador Eric Connor era arrestado.

“¿De qué demonios se trata todo esto?”.

La pregunta sonó fuerte, y se elevó por encima del estruendo de un centenar de personas que ahora miraban mientras Ellington le ponía las esposas a Eric Connor. Venía de Bruce Dumfries, que parecía asustado y de alguna manera aliviado a la vez.

Mackenzie mostró su identificación cuando se volvió hacia él. Tan tranquila como pudo, dijo: “Si puedes respondernos algunas preguntas, harás que sean mucho más fácil de responder”.

Y entonces, como si necesitara más pruebas de que Connor era culpable, este empezó a gritar y a golpear con furia bajo Ellington. Sin embargo, en cuestión de segundos, esos gritos se convirtieron en carcajadas, que fácilmente se convirtieron en una de las cosas más terribles que Mackenzie había oído jamás.

Sin embargo, a través de las carcajadas, la ira permaneció. Mackenzie la veía brillar en sus ojos mientras él miraba hacia las cámaras. Y allí, frente a las cámaras y a los asistentes, Eric Connor

bajó la guardia, tal vez por primera vez en su carrera, y dejó que todos fueran testigos de su locura.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

Como ella esperaba, McGrath estaba furioso. Cuando llegaron al cuartel general del FBI con Connor por detrás media hora más tarde, McGrath estaba esperando afuera. Cuando Mackenzie abrió la puerta del coche, estaba justo ahí, en su cara.

“Estoy haciendo todo lo posible para ser lo más profesional posible y tratar de entender que no es cortés mostrar crueldad a una mujer embarazada, pero podría hacer que te despidieran por esto”. Luego miró por encima del capó del coche en Ellington y dijo: “Y tú.... tú estabas con ella. ¿Acaso te importa una mierda tu carrera?”.

“Sí, señor. Pero, con el debido respeto, estamos trayendo a un asesino de tres mujeres directamente a la puerta del FBI. Lo entiendo, pero concentrémonos primero en los resultados”.

Mackenzie tuvo que devolverle la sonrisa. No estaba segura de haber oído a Ellington enfrentarse a McGrath de esa manera.

McGrath asintió con la cabeza, las manos en jarras. Se asomó a la parte trasera del coche donde Eric Connor parecía estar sorprendentemente tranquilo, observando el enfrentamiento.

“De verdad espero que tengas razón”, dijo McGrath. “Porque si te equivocas, nos has jodido a todos”. Le puso un dedo encima a Mackenzie, como un profesor que estuviera llamando a un estudiante inepto. “Te quiero en mi oficina tan pronto como termine este show de mierda. ¿Me entiendes?”.

Mackenzie solo asintió. McGrath dio la vuelta y se dirigió hacia el edificio, como si tuviera miedo de estar allí cuando sacaran a Connor del coche. Mackenzie miró a Connor y vio que estaba sonriendo por lo que acababa de escuchar. Estaba regodeándose, haciéndoles saber que era plenamente consciente de los problemas en los que podrían estar metiéndose. Ya no intentaba parecer el senador prestigioso y respetado por todo el mundo que había dejado de ser hacía una hora.

“Llevémoslo adentro”, dijo Ellington. Saltemos directamente de la sartén al fuego ahora que todavía tenemos la determinación”.

*Y nuestros trabajos, pensó Mackenzie con un toque de preocupación.*

***

Connor fue procesado y llevado de vuelta a una sala de interrogatorios, donde permaneció sentado en solitario durante casi media hora antes de que alguien le hablara. Las primeras palabras que pronunció fueron para pedir una llamada a sus abogados. Mientras tanto, fuera de la comisaría, la policía había acordonado la calle debido a la presencia masiva de los medios de comunicación. Reporteros, camarógrafos y periodistas corrían en busca de la mejor posición, interrogando a cualquiera que saliera por las puertas para obtener información sobre el rápido desarrollo de la historia de Eric Connor.

McGrath fue el primer hombre en entrar a la sala de interrogatorios, para tratar de sacarle algo a Connor. Sin embargo, Mackenzie miró el video y vio que Connor no tenía interés en hablar. Después de que McGrath lo intentara durante casi quince minutos, Connor finalmente dijo algo. Y estaba claro por la expresión en la cara de McGrath que no era lo que quería oír.

“Quiero hablar con el agente White”, dijo. Luego apuntó a la cámara montada en la esquina y añadió: “Y quiero que apaguen eso. Y ni una palabra más hasta que lleguen mis abogados”.

“No estás en condiciones de exigir nada”, dijo McGrath.

“Fui abordado y acusado de tres asesinatos en la televisión en vivo. Y hasta ahora, no me han presentado ninguna prueba de estos crímenes. Así que creo que estoy en una muy buena posición”.

La sonrisa petulante en la cara de Connor dejaba bastante claro que sabía muy bien cómo funcionaba el sistema. Sabía que, si él era el principal sospechoso, le darían básicamente lo que quisiera si eso significaba que hablaría. McGrath se mantuvo firme durante otros treinta segundos más o menos antes de salir corriendo de la sala.

Entró en la pequeña sala de observación desde donde Mackenzie y Ellington habían estado viendo el encuentro. Parecía enfadado, pero también había cierto alivio en su cara. Era una combinación extraña, de la que Mackenzie sabía el por qué. Estaba enojado porque Connor estaba mostrándose muy desafiante, pero también sabía que tenían a su hombre. Y había algo en ese comportamiento, algo que había cambiado en la postura y expresión del hombre entre el momento en que lo bajaron de la conferencia y el momento en que lo sacaron del

coche para llevarle al cuartel general del FBI.

“Ya lo escuchaste”, dijo McGrath, sentándose a su lado. “Te quiere a ti. Probablemente alguna estupidez como que te respeta porque tú lo descubriste. Y quiere la cámara apagada”.

“¿Cuánto falta para que lleguen sus abogados?”.

“¿Quién sabe? Pronto, digo yo. Una historia como ésta, con todos esos medios de comunicación... es el sueño de todo abogado”.

Por supuesto, no uno sino dos abogados llegaron seis minutos más tarde mientras Mackenzie estaba fuera de la sala de interrogatorios. Uno de ellos entró directamente a la sala, escoltado por otro agente. El otro se quedó afuera e hizo lo que pudo por hablar con Mackenzie.

“Nuestro cliente está siendo acusado de asesinato, ¿es eso correcto?”.

“De tres”.

El abogado frunció el ceño y se puso de pie por un momento. “¿Ya ha hablado contigo?”.

“No. Estoy a punto de entrar ahora que estás aquí”.

“Entendido. Danos cinco minutos con él, ¿te parece?”.

“No. He esperado lo suficiente”.

Con eso, Mackenzie pasó junto al abogado. La expresión en su rostro dejaba claro que no estaba acostumbrado a ser tratado de esa manera.

“Agente White, le aconsejo...”, empezó a decir el abogado.

Mackenzie lo ignoró por el momento. Caminó directamente a través de la puerta y entró en la sala donde Connor estaba tranquilamente sentado a una pequeña mesa mientras el otro abogado y el agente que le escoltaba se quedaban de pie a ambos lados. El otro agente le asintió a Mackenzie y salió de la sala apresuradamente.

El segundo abogado entró detrás de Mackenzie y básicamente corrió hacia el otro lado de la mesa para poder susurrar algo al oído de Connor. Fuera lo que fuera lo que le dijera, le hizo sonreír a Connor, aunque no le quitó los ojos de encima a Mackenzie durante todo el tiempo. Tenía la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados.

Parecía que estuviera tratando de entenderla, tratando de entender cómo alguien que se veía tan pequeño e insignificante podría haberlo descubierto.

O quizá solamente intentaba intimidarla.

“Oí que querías hablar conmigo”, dijo Mackenzie.

Permaneció en silencio durante un momento, mirándola fijamente. Mackenzie trató de determinar cómo necesitaba responder a esto. ¿Debería permanecer de pie y realmente interrogarlo, o respondería mejor a una mujer sentada que no pareciera sentirse muy afectada por él? Al decidir que había ventajas y desventajas por igual en ambos enfoques, Mackenzie hizo lo que sintió que podría hacer que él se enojara, pero que también tranquilizaría a los abogados. Se sentó directamente frente a Connor con una ligera inclinación hacia su postura. Quería que él se diera cuenta de que no se sentía intimidada por él en absoluto.

“¿Estás orgulloso de ti misma?”, preguntó Connor.

“¿Orgullosa?”.

“De que me hayas descubierto. No solo de eso, sino de no tener ningún miedo de ir a por mí”.

Al mirar a los abogados, daba la impresión de que una bomba hubiera explotado en la sala. Uno de ellos literalmente dio un paso atrás, como si no estuviera seguro de cómo manejar el comentario de Connor.

“Senador, debe tener cuidado con lo que dice”, dijo. “Esto es...”.

“Esta es la verdad”, dijo Connor, que seguía mirando a Mackenzie. “Esto es la vida, esto es real. Tuve una muy buena racha”. Se rió al decir esto y al hacerlo, Mackenzie pensó que podía ver algo en sus ojos, una oscuridad lejana que había visto en los ojos de otros asesinos.

“¿Así que mataste a estas tres mujeres?”, preguntó Mackenzie.

“No dije tal cosa”.

“¿Planeabas que Dumfries volviera a servir de chivo expiatorio?”, preguntó. “¿Cómo lo hizo con las prostitutas?”.

“Ah, debes pensar que eres brillante. Sí.... Dumfries se ha ganado cada centavo que le he pagado”.

En la parte de atrás de su mente, una bandera roja comenzó a ondear. Si Connor era el asesino, ¿por qué llamaron a Earl Jackson y a su compañero a la residencia de los Dumfries para atender a la esposa de Dumfries después de que él la hubiera golpeado tanto?

Se encogió de hombros y dijo: “No, no es brillante. Si hubiera sido brillante, habría empezado a investigarte desde el momento en que supe que había alguien vinculado a Humphrey”.

“Sí... Humphrey. Qué chiste. Por supuesto... una de las cosas que aprendes rápidamente en política es que, si te rodeas de suficiente mierda, a menudo puedes salir oliendo a rosas”.

“¿Mataste a esas mujeres?”.

Estaba callado, sonriéndole a Mackenzie.

“¿Trabajó Dumfries contigo?”, preguntó. “¿Era el asesino o al menos un cómplice de algún tipo?”.

Todavía nada. Fue el primer abogado que finalmente respondió. “No puede hacer tales afirmaciones sobre nuestro cliente, agente White. No sin pruebas”.

“Un hombre de tu estatura”, dijo Mackenzie, mirándolo a los ojos. “Pensé que querrías comerme la oreja para asegurarte de que te puedes ir de aquí”.

“Oh, Agente White....esta no es la primera vez que he sentido al FBI pisándome los talones. Claro que el dinero es una herramienta muy poderosa. Casi tan poderosa como la influencia”

“Y de eso se trataba para ti, ¿verdad? ¿Poder?”.

Sonrió y miró por encima de su hombro derecho. “Olvida una de mis estipulaciones por hablar, agente White”.

Le siguió la mirada y vio la cámara en la esquina. Se levantó de inmediato y se acercó a ella. Desatornilló el cable que alimentaba la cámara que mostraba las imágenes en la sala de interrogatorios.

“Ahí está”, dijo ella. “Ahora, ¿por qué no sacamos a los de traje de aquí también? Ya te hice un favor”.

Connor consideró esto por un momento. Esa sonrisa malvada todavía estaba en su cara mientras asentía y saludaba a los abogados con la mano.

“Senador, le aconsejo encarecidamente...”.

“Iros a la mierda”, dijo Connor. “Los dos. Iros a casa. No os necesito aquí”.

Mackenzie hizo todo lo posible para no mostrar su mano. Pero el hecho de que Connor se hubiera detenido a esperar a que los abogados llegaran aquí y ahora los despidiera para entablar una conversación más honesta sobre los asesinatos... no resultaba prometedor para él. También indicaba que podría estar sintiendo algún tipo de excitación incluso en este caso, al no necesitar a alguien que lo representara mientras consideraba contarlo todo sobre sus hazañas más oscuras.

Los abogados se miraron el uno al otro, claramente disgustados con la situación. Al salir, uno de ellos miró a Connor con la confusión más absoluta en la cara.

Una vez la puerta se cerró después de que saliera el segundo abogado y solo quedaban Mackenzie y Connor, el senador se inclinó hacia adelante y suspiró profundamente.

“Mencionaste el poder, y tenías razón”, dijo. Le hablaba como si hablara con un niño muy tonto, teniendo que explicarlo todo, deletrearlo todo. “Lo cierto es que se trata de poder, aunque creo que no lo entendí hasta hace poco. Pensé que el control y el poder eran más o menos lo mismo. La mayoría de los idiotas de Washington piensan así. Pero me equivoqué”.

“¿Y te llevó tres mujeres muertas darte cuenta de eso?”, preguntó Mackenzie. “Suena como si aprendieras despacio”.

“¿Está tratando de burlarse de mí, agente White?”.

“En absoluto. Has matado a tres mujeres. Las mataste después de hacerles Dios sabe qué para sentirte como un hombre poderoso. No le encuentro la gracia a nada de eso. Me resulta patético y triste”.

“Estoy seguro de que sí. Pero también sé un par de cosas sobre la creación de perfiles de personas. Y yo te conozco, agente White. No te detuviste ante nada para llegar a mí. Sabías que podía costarte tu carrera profesional, y aún así, viniste a por mí. Eso demuestra perseverancia. También demuestra un poco de imprudencia. Y sé que

esos rasgos llevan a otra maldita cualidad… la necesidad de saber por qué”.

La sonrisa que le mostró era tan malvada como genuina. “Hace seis meses, hubiera tenido razón. Pero ahora, tengo nuevas cosas de las que preocuparme. Tengo una nueva perspectiva. Y a pesar de que, al descubrir tu necesidad y tu hambre de poder y control, pude reducir la lista de sospechosos, honestamente me importa un bledo por qué lo hicieras”.

“Por supuesto que sí”, argumentó Connor. “¿Prefieres que te hable de mi obsesión y mi adicción al sexo desde una edad temprana? ¿O de la noche que escuché desde mi habitación cómo mi tío violaba a mi madre y casi la mata a golpes? ¿Y cómo me alegré de que lo hubiera hecho?”.

“Puedes guardártelo para tu psiquiatra”, dijo. “Porque si buscas compasión en mí, estás perdiendo el tiempo”.

“No quiero tu compasión. Quiero a alguien con quien compartir este secreto”.

“¿Qué secreto?”.

Ahora sonrió más y parecía como si estuviera entrando en una especie de éxtasis. "Las cosas que te acabo de decir son ciertas… sobre mi tío, mi madre y el vecino. Y esas cosas, siguen muy vivas en mi cabeza y vuelvo a ellas de vez en cuando. Pero estas cosas que he hecho… desde hace más de quince años… no las hago porque estaba deformado por esos momentos. Hago estas cosas porque me gusta hacerlas. No es la razón que un psiquiatra querría escuchar, o incluso tú, supongo, pero es la verdad. Me encanta hacerlo. Me encanta ver la mirada en sus ojos cuando se dan cuenta de que los pequeños jugueteos y encuentros sexuales de las tardes se han convertido en algo más peligroso… que las estaba preparando desde el principio”.

“A mí me parece mentira”, dijo Mackenzie. “Te pusiste cauteloso al final. Tratando de deshacerte de Marie Totino. O de no tener relaciones con Christine Lynch antes de matarla”.

Volvió a ladear la cabeza, como si estuviera estudiando a un insecto. Ella pudo ver de nuevo la oscuridad que se cernía sobre sus ojos. Era como ver a alguien dormirse lentamente mientras bailaba en sus ojos.

“A ti también te gusta el poder”, comentó. “Localizando a los

malos, tratando de entender por qué hacen las cosas que hacen”.

“Ese es un tipo diferente de poder”.

“¿Lo es?”, dijo riendo. “¿De verdad lo crees? Bueno....dime esto. Si tuvieras que elegir entre obtener una confesión de mí o salvar una vida... ¿cuál elegirías?”.

“¿Qué quieres decir?”, preguntó ella, teniendo un mal presentimiento.

“Cuanto más tiempo me tengas aquí, charlando conmigo, las posibilidades de que haya una cuarta víctima subirán sustancialmente”.

Era lo primero que dijo que le importaba. Y dado el estado actual del hombre y el perfil en el que encajaba tan cómodamente, Mackenzie dudaba de que estuviera mintiendo.

“¿Qué se supone que significa eso?”.

“Significa que había cuatro mujeres. Cuatro mujeres que había elegido enviar al otro barrio antes de… retirarme, por decirlo así.”.

“¿Estuvieron todas ellas en el evento del verano pasado?”.

“Oh, sí. Qué noche fue aquella. Así es como las conocí a todas. Las cuatro”.

“Necesito un nombre”.

“Creo que no. Descubriste a Dumfries y luego, cuando más importaba, viste a través de eso y te diste cuenta de que era yo. Admito que eso requirió un poco de fortaleza e inteligencia. Seguramente tú y tus ayudantes del FBI podéis averiguar quién es y dónde está esa cuarta mujer”.

“Piénsalo, senador. Puedes ir a juicio por el asesinato de tres o de cuatro mujeres. Estás jodido de todos modos, pero una posibilidad es obviamente peor que la otra”.

“No has conseguido una confesión”. Volvió a mirar a la cámara y sonrió. “No una grabada, de todos modos”.

Le quedaba un movimiento, pero quería aferrarse a él. Lentamente, se puso de pie y caminó hacia un lado de la mesa. Estaba a poca distancia de él. Si sus manos no hubieran estado esposadas,

fácilmente podría haber llegado a ella y agarrarla.

“Déjame compartir algo contigo”, dijo. “Sé que enviaste hombres a mi habitación para intimidarme. Para golpearme o asustarme. Pero te los devolví, cojeando y heridos. Me enorgullezco de ello. Lo que no sabes es que uno de tus matones me dio una patada en la tripa. Una tripa que, desde este momento, alberga un bebé de 16 semanas”.

Una expresión que combinaba la sorpresa y el deleite cruzó su rostro. Le llevó toda su compostura no romperle la cara.

“Confiesa eso, al menos. Los enviaste tú, ¿no es cierto?”.

“No tengo ni idea de lo que estás hablando. Y honestamente, me decepciona que no te diera patadas más fuertes”.

Una sobrecarga eléctrica le recorrió el cuerpo y pudo sentir como su mano se tensaba para formar un puño. Se levantó de la mesa y se alejó tan rápido como pudo antes de que sus emociones sacaran lo mejor de ella. Se tranquilizó y caminó lentamente hacia él, metiéndose la mano al bolsillo y sacando el teléfono. Ella abrió la voz y puso el teléfono sobre la mesa, presionando la tecla de Reproducir mientras lo hacía.

Sonó la voz de Connor, algo que hacía dicho hacía dos horas.

*"...la conferencia se reanuda. ¿A quién de ustedes le gustaría hacer la primera pregunta?”.*

Luego señaló la longitud de la pista, una grabación que había terminado hacía apenas quince segundos.

“Ya tengo mi confesión”, dijo ella. “Esto ha estado grabando desde que me acerqué a ti en la conferencia. Ahora....teniendo eso en cuenta, ¿por qué no me dices dónde está la cuarta mujer?”.

Connor la miró fijamente con lo que era fácilmente el mayor odio que había visto en una mirada. “No”, dijo. “Tu pequeña invasión de privacidad le ha costado la vida a esa pobre mujer”.

“Así que serán cuatro acusaciones de asesinato”, dijo Mackenzie.

Se encogió de hombros, como si le fuera indiferente. Una vez más, esa sonrisa apareció en su rostro. “Creo que estoy de buenas. ¿Quieres encontrar a esa cuarta mujer?”.

“Por supuesto que sí”.

“Te diré por dónde empezar. Pero quiero que me quiten estas malditas esposas”.

“De ninguna manera”.

“Entonces parece que el cuarto asesinato estará en tus manos. No en las mías”.

Tuvo que salir de la habitación. Si se quedaba allí más tiempo, atacaría a ese imbécil. Así que, con eso, se fue de la habitación. Encontró a Ellington y McGrath en la puerta. McGrath parecía preocupado y un poco enojado.

“Dice que hay una cuarta mujer”, dijo Mackenzie. “Una cuarta víctima. Indicó que aún no está muerta, pero la tiene atrapada de alguna manera"”

“¿Estás segura?”, dijo Ellington. “¿No crees que está mintiendo?”.

“No. Le gusta presumir demasiado como para mentir. Dice que nos dará un punto de partida para buscarla si alguien le quita las esposas”.

“Ah, diablos... ¿qué te parece?”, preguntó McGrath. “¿Realmente nos daría información legítima?”.

“Basado en lo que puedo decir... probablemente. Es sólo otra forma de demostrar que nos tiene en la palma de su mano. Pero si eso significa que salvamos la vida de una mujer, me parece bien”.

“Ellington....haz que dos oficiales entren ahí. Que uno de ellos le quite las esposas, pero solamente después de que le dé la ubicación a Mackenzie”.

“Una cosa más”, dijo Mackenzie, entregándole su teléfono celular a McGrath. “No es exactamente una confesión, pero hay suficiente para condenar ahí. Escucha los últimos cinco minutos. Y mira a ver si le da a Ellington la ubicación”.

“¿Por qué? ¿Adónde vas?”.

Su estómago ya estaba apretado por la oleada de emociones y nervios. Por un momento, tuvo miedo de no poder ir al baño. Sin responder a McGrath, corrió por el pasillo, rezando para llegar a

tiempo.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

Mientras se lavaba las manos, parecía que sus nervios se estuvieran poniendo al día con todo lo que había ocurrido en la última hora. Sintió cómo se acumulaba en su estómago y al parecer al bebé no le gustó, lo que la hizo correr al baño para empezar. Trató de luchar contra el impulso, pero antes de que se diera cuenta, estaba vomitando en el fregadero. Otra vez.

*No recuerdo haber leído sobre este tipo de cosas en ninguno de esos libros sobre el embarazo, pensó de forma ociosa.*

Cuando recuperó el control de sí misma, se enjuagó la boca con agua del grifo y trató de parecer lo más tranquila posible cuando volvió a salir al pasillo. No dio más de tres pasos antes de oír cómo ladraban su nombre por detrás de ella.

“¡White!”.

Se giró y vio a McGrath corriendo hacia ella. Notó que él estaba mirando al suelo, tratando también de aparentar serenidad. Aún sin poder mirarla, le entregó su teléfono móvil con un furioso gesto de asentimiento con la cabeza.

“Tienes razón. No hay confesión. Pero debería haber suficiente para empezar con la acusación. Y si no está mintiendo sobre esta cuarta mujer... sólo encontrarla sería un paso hacia el procesamiento. Además... en esa grabación, le mencionas a Connor que, hace seis meses, hubieras manejado esto de modo diferente. Quiero que pienses en eso. Quiero que pienses en cómo hubieras manejado este caso de otra manera si no estuvieras embarazada”.

Viniendo de él, decir una cosa así era casi sexista, pero ella sabía a qué se refería. Y tenía razón.

“Todavía no ha pedido que regresen sus abogados”, dijo McGrath. “Me hace pensar que lo está aceptando. Se está rindiendo”.

“Sí, a mí también. Y no tiene sentido. Le gusta tener el control. ¿Por qué se detendría ahora?”.

“Menciona retirarse en la grabación, aunque lo usara irónicamente”.

Eso podría ser, pero Mackenzie pensó que tenía otra respuesta. Connor sabía que ya no tenía el control, que cualquier viso de poder estaba fuera de su alcance. Quizás hubiera sido diferente si Mackenzie no le hubiera revelado la grabación. Pero por ahora, sabía que había perdido el control. Y sin control, ¿qué sentido tenía seguir adelante?

Antes de que McGrath pudiera ofrecer cualquier tipo de opinión, ambos escucharon unas pisadas avanzando por el pasillo. Miraron a la izquierda, por donde Ellington se acercaba desde una de las otras salas de interrogatorio, flanqueado por dos policías.

"Nos dio una ubicación vaga", dijo Ellington. "Se abrió y habló de un montón de cosas después de eso, en cuanto le quitamos las esposas. En realidad, todavía está hablando con algún policía. Pero, por el momento, creo que tenemos lo que necesitamos. Hay una vivienda secundaria, a unas ocho millas de Queen Nash. Un apartamento. No sabemos nada más con seguridad. Ni la dirección, ni el número de apartamento, nada. Sólo que a veces llevaba a las mujeres allí".

“Te quiero ahí”, dijo McGrath. Luego miró a los agentes de policía y preguntó: “¿Podemos conseguir una escolta?”.

“Sin duda alguna”.

“Mientras tanto, llama a la policía de Baltimore y que reduzcan la búsqueda. Si pueden encontrarla antes de que Ellington llegue a la escena, sería perfecto”.

“Un apartamento a unas ocho millas del campus”, dijo Mackenzie. “Eso reduce la búsqueda, pero sigue siendo una aguja en un pajar”.

“Me aseguraré de que la policía se ocupe de esto. Propietarios, quejas sobre ruidos, cualquier cosa que merezca la pena investigar”.

Ellington asintió con la cabeza cuando empezó a correr hacia el final del pasillo, hacia el frente del edificio. Mackenzie lo siguió, con los dos oficiales corriendo entre ellos.

“Agente White”, dijo McGrath. “¿Dónde diablos crees que vas?”.

Cuando se volvió hacia él, no se esforzó demasiado por ocultar el dolor en su mirada. Ella había estado esperando resistencia por su parte y estaba lista para seguir luchando mientras la derribaban.

“Tengo a tu sospechoso. Tenemos una localización potencial para la cuarta víctima. En los últimos cinco días, he visto a dos mujeres muertas, maltratadas y abandonadas. Por favor, señor... déjeme encontrar a esta con vida. Tengo que... tengo que ayudar a encontrar a esta viva”.

Podía darse cuenta de que McGrath estaba luchando entre mantener el protocolo y el impulso de hacer lo correcto. Finalmente, con un suspiro y una mueca, asintió. “Vete. Pero, si esto transpira más allá de encontrar a esta mujer, mantén tu trasero alejado de la acción. ¿Me oyes?”.

“Alto y claro”, dijo ella.

Ella se apartó de él antes de que una lágrima le saliera por el rabillo del ojo. Y de espaldas a él, corrió rápidamente por el pasillo para alcanzar a Ellington y a los dos policías.

***

Fiel a su palabra, McGrath había puesto a tanta gente en la tarea de reducir la dirección como fuera posible. Durante los treinta y tres minutos que duró el viaje en coche hasta Baltimore, se las arregló para encontrar dieciséis posibles apartamentos que investigar. Todo se basaba en registros, quejas del propietario y cualquier llamada sobre conducta negligente o desordenada. También se dedicaba a buscar apartamentos que se pagaban de forma recurrente sin que el inquilino enviara cheques o dinero. Esto, además de buscar los apartamentos donde el propietario sabía que el residente raramente vivía en la residencia, hizo la búsqueda un poco más soportable.

Mientras tanto, McGrath había puesto a Yardley y Harrison a trabajar para acelerar algunos de los detalles menos estresantes, como volver a entrevistar a las personas que habían visto por última vez a Jo Haley, Christine Lynch y Marie Totino. Harrison, específicamente, estaba hablando con un representante de la compañía de teléfonos móviles de Marie, tratando de determinar su última ubicación, y la policía local estaba intentando localizar su coche. Estas eran tareas que, por supuesto, habían estado en su radar, pero que tendían a llevar algún tiempo.

"¿Sabes que McGrath te va a dar problemas por presionar continuamente en esto, ¿verdad?", preguntó Ellington.

"Sin embargo, sigue confiando en mí... sigue diciendo que sí". Tuvo que decirlo porque, sinceramente, estaba bastante segura de que su marido tenía razón.

"Eso es porque te respeta más de lo que crees y...".

Fue interrumpido por el sonido del teléfono de Mackenzie. Ella había estado recibiendo llamadas durante todo el viaje mientras Ellington conducía. Era exasperante, pero también le daba la sensación de que por fin el caso se dirigía a alguna parte. Tenían al asesino y ahora iban de camino a salvar a una cuarta víctima en potencia. Y se apresuraban a llegar a una conclusión a casi cien millas por hora.

Mackenzie respondió a la llamada, esperando que fuera la llamada que los llevaría a la cuarta víctima. "Aquí la agente White", dijo ella.

"Hola, White. Soy Harrison".

“Dime que tienes algo bueno”.

“Creo que es posible. ¿Ya estás en la ciudad?”.

“A punto de salir por el lado oeste. ¿Por qué?”.

“No lo hagas”, dijo. “Sáltatela y sube dos salidas más”.

“¿Por qué? ¿Tienes una dirección?”.

“Tal vez. Quería que vosotros lo intentarais primero. Acabo de hablar por teléfono con el proveedor de servicios de telefonía móvil de Marie Totino. Me han dicho que su teléfono ha estado en el mismo lugar durante 59 horas. Y está exactamente a ocho millas de Queen Nash”.

“¿Vais a ir tú y Yardley al lugar?”.

“Claro, pero venimos de Bethesda, donde estábamos empujando el DMV. Basado en esta dirección, llegaréis antes que nosotros”

“Dámela”.

Así lo hizo, y ella se la recitó a Ellington. Basándose sólo en la dirección, estaba bastante segura de que el teléfono no había sido desechado en el río cuando Connor se deshizo del cuerpo. Quizá estaba en el coche de Marie. O mejor aún, en el apartamento al que Connor la había atraído.

“Gracias, Harrison. ¿Te importaría llamar a la policía estatal para avisarles? Cada segundo cuenta aquí, así que si podéis llegar antes que nosotros...”.

“Sí, estoy en ello”.

Mackenzie terminó la llamada y, en esa deliciosa comunicación telepática que ella y Ellington estaban comenzando a desarrollar, él le recitó la dirección sin necesidad de preguntársela. La introdujo en su GPS mientras una de las salidas que Harrison había indicado pasaba volando junto a ellos. Aparecieron las coordenadas, y Mackenzie se inclinó hacia adelante llena de anticipación.

“Sal por la próxima salida”, dijo. “Estamos a menos de cinco kilómetros de la ubicación del teléfono de Marie”.

Ellington pisó el acelerador, poniendo el coche a cien cuando la salida apareció a su derecha. Mackenzie, mientras tanto, cogió el

teléfono y se puso en contacto con sus oficiales de escolta para informarles de lo que estaba sucediendo.

Ya fuera por la emoción de cerrar el caso, por encontrar a la cuarta víctima antes de que fuera demasiado tarde o por la velocidad a la que conducía Ellington, Mackenzie no estaba segura... pero su estómago comenzó a hacer esas olas y balanceos que se habían hecho muy familiares.

*No, cariño. Ahora no, por favor...*

Respiró profundamente y agarró el asa de la puerta, intentando contenerse. Cerró los ojos mientras Ellington tomaba la salida, con los neumáticos chirriando. Por delante de ellos, su escolta de la policía sintonizó las sirenas para acompañar a las luces.

*Ya casi terminamos, cariño, dijo Mackenzie, tratando de aliviar las náuseas. Dale a mamá otros 15 minutos, ¿qué me dices?*

No pudo evitar sonreír mientras las sensaciones pasaban lentamente. Abrió los ojos y miró el GPS. Ahora estaban a sólo 2 kilómetros de la dirección que Harrison les había dado. Mientras se aproximaban, volvió a levantar el teléfono y llamó a McGrath.

"¿Ya hablaste con Harrison?", preguntó.

"Así es", contestó Mackenzie. "Estamos a poco más de un kilómetro de distancia. ¿Tienes algún listado de apartamentos en tu búsqueda que se relacione con esa dirección?".

"Tengo a alguien hablando por teléfono con el casero ahora mismo. Mantente a la espera y te lo haré saber".

Así lo hizo mientras Ellington se saltaba un semáforo en rojo, con los escoltas a la cabeza.

Mackenzie tenía una sensación agridulce. Parecían estar acercándose a una mujer que probablemente iba a ser la cuarta víctima de Connor. Y aunque la idea de rescatarla y, con suerte, sacarle suficiente información como para encerrar a Connor para el resto de su vida era emocionante, Mackenzie también sabía que este podría ser el último caso en el que participara activamente hasta que llegara el bebé. Y cuando añadía esa cantidad de tiempo a la cantidad de tiempo que necesitaría para recuperarse y tomar la baja por maternidad, estaba contemplando unos ocho o nueve meses fuera del servicio activo.

Sí, la perspectiva de convertirse en madre se estaba volviendo cada vez más importante para ella, pero ¿estaba dispuesta a poner eso por encima de su carrera? Era algo que nunca le habían pedido que hiciera, ni siquiera con Ellington y su relación.

Era un pensamiento aterrador, uno que intentó que no le entumeciera mientras Ellington daba un giro brusco a la derecha para llevarles por fin a su destino.

Ellington no perdió el tiempo buscando un lugar donde aparcar. Detuvo el coche derrapando al extremo opuesto del aparcamiento, donde bloqueó otros dos coches. Ambos salieron corriendo del coche, desenfundando sus armas al unísono.

Mackenzie y Ellington apenas habían llegado a la acera que discurría por delante del edificio de apartamentos antes de que un coche patrulla entrara al aparcamiento. Podía escuchar más sirenas en la distancia a medida que más coches patrulla respondían a la llamada. Los agentes de policía salieron del coche, pero se detuvieron cuando vieron a los dos agentes entrar en el edificio.

"¿Qué podemos hacer para ayudar?", gritó uno de ellos por encima del coche.

"Comprueba las matrículas de todos los coches de este aparcamiento. Mira a ver si puedes localizar los coches de alguna de nuestras tres víctimas. Sabemos que el móvil de Marie Totino está en algún lugar del edificio. Tal vez esté en su coche".

Entonces, Ellington y Mackenzie entraron al edificio. El vestíbulo delantero estaba poco iluminado y el edificio parecía uno de esos edificios de apartamentos para personas de pocos ingresos. Las paredes podrían haber usado una capa de pintura fresca, las puertas del ascensor estaban manchadas de grafiti, y había un fuerte aroma a limpiador astringente que no había hecho su trabajo del todo.

"¿Y si no está aquí el suyo?", preguntó Ellington mientras se dirigían a las escaleras, todavía sin una indicación clara de qué apartamento revisar.

"Entonces empezamos de nuevo", dijo ella. "Revisamos el teléfono de Christine....el teléfono de Jo...".

No obstante, en el fondo de su corazón, sabía que estaban en buen camino. A pesar de que no tenían un apartamento que empezar a revisar, tenía la sensación en el tuétano de sus huesos de que estaban

en el lugar correcto.

Como si hubiera sido convocada por sus pensamientos puramente positivos, Mackenzie recibió una llamada. Apenas tomó el tiempo necesario para darse cuenta de que era McGrath antes de contestar. “¿Qué apartamento?”, le preguntó.

“Tengo dos para que reviséis. El apartamento veintisiete está alquilado por un inquilino del que se han quejado varias personas. Ruidoso por la noche, el olor a marihuana impregna el pasillo que sale de su puerta”.

“No sería ese”, dijo ella. “Alguien como Connor no viviría en un lugar como ese. No, esta era su guarida... su nido. Aquí era donde traía a las mujeres para que nadie lo atrapara, un lugar lo suficientemente lejos del campus como para crear una distancia segura, pero lo bastante cercano como para que el campus fuera un territorio de caza de mujeres que están desesperadas por darle un comienzo a su carrera. Por aprender sobre el control y el poder...

“El apartamento treinta y tres lleva alquilado varios años y el casero dice que solo ha visto al inquilino en una ocasión. El dinero del alquiler aparece en el correo justo a tiempo todos los meses, siempre en efectivo. Dice que no tiene ningún registro de entrega de correo en ese apartamento”

“Al treinta y tres”, le dijo Mackenzie a Ellington.

Le colgó a McGrath mientras ella y Ellington subían las escaleras y el sonido de las sirenas cada vez más cercanas llenaba el mundo exterior.

***

El apartamento número treinta y tres estaba cerrado, por supuesto. Mackenzie se hizo a un lado para permitir que Ellington diera un paso atrás antes de dar una salvaje patada al lateral de la puerta justo debajo del pomo. El primer ataque sólo astilló el marco y aflojó la perilla. Con un gruñido de frustración, Ellington retrocedió una vez más. Esta vez echó su hombro sobre ella, zambulléndose en la puerta con su hombro por delante.

Entonces la puerta cedió; el golpe fue tan fuerte que la bisagra superior se soltó y se cayó estrepitosamente al suelo. Con la puerta ya

derribada, Mackenzie entró por detrás de Ellington. La puerta daba a una pequeña zona de cocina que estaba directamente conectada a una sala de estar, separada sólo por una pequeña barra.

"¿Hola?", gritó Mackenzie. "¿Hay alguien aquí?".

Solo les respondió el silencio. Se quedaron absolutamente quietos, alerta ante cualquier sonido.

"¿Hola?", dijo Mackenzie de nuevo, con más fuerza esta vez.

El silencio que les rodeaba resultaba desconcertante. Comenzaron a investigar el lugar, empezando por la sala de estar y luego separándose para revisar el resto del apartamento. Estaba poco amueblado, solamente había un sofá y una mesa grande en la sala de estar.

*Tiene sentido, si solo lo está usando para traer a las mujeres de vuelta para tener sexo con ellas... o para matarlas, pensó Mackenzie.*

Mackenzie revisó el dormitorio mientras Ellington miraba en el pequeño espacio de oficina fuera de la sala de estar. El dormitorio parecía un lugar que alguien podría estar ocupando temporalmente, con nada más que un colchón sin sábanas en el suelo y cortinas oscuras sobre las ventanas. Revisó el armario y lo encontró igual de desolado.

Salió del dormitorio y comenzó a caminar por el pasillo. Llegó a una puerta que asumió la llevaría al baño o a otro armario. Mackenzie lo abrió y retrocedió instantáneamente al ver lo que había dentro.

Había una mujer dentro del armario. Estaba desnuda y colgada con esposas de una barra de acero que recorría la longitud del armario, una barra que, en un sentido más tradicional, solía servir para colgar la ropa. Tenía la boca amordazada con varias capas de cinta adhesiva negra, y le habían dado unas vueltas alrededor de la parte inferior de su cabeza. Parecía como si su hombro izquierdo estuviera fuera de su sitio; tenía el brazo doblado hacia atrás en un ángulo extraño, alejado del resto de su cuerpo mientras las esposas lo elevaban a la fuerza.

Tenía unos cuantos moratones en el cuerpo y un fino reguero de sangre seca a un lado de la cara. Los peores moratones estaban localizados directamente encima de su pecho y a lo largo de la mayor parte de su cuello.

La cabeza de la mujer colgaba hacia abajo. Su tórax no se movía en absoluto, y no producía ni un solo sonido.

Llegaban demasiado tarde.

La mujer estaba muerta.

"Cariño", dijo ella. Probablemente era la primera vez que se refería a Ellington de esta manera en el trabajo. Sin embargo, en ese momento, no fue consciente de ello. Se le estaba rompiendo el corazón mientras una caldera de odio y animosidad empezaba a burbujear en sus entrañas.

Ellington vino corriendo en su dirección. Cuando sus ojos se fijaron en la mujer que estaba en el armario, soltó un pequeño grito ahogado y luego envolvió a Mackenzie con un brazo.

"Él ya sabía que estaría muerta", dijo Ellington. "O tal vez sabía que ya estaba muerta. Esto no es culpa nuestra. No pudimos llegar a tiempo. No hay forma de que pudiéramos haberlo sabido".

En el fondo de su corazón, Mackenzie sabía que tenía razón. Pero ese enojo en su estómago estaba irradiando, haciéndola temblar. Estaba tan enfadada y abrumada por la emoción que cuando las lágrimas empezaron a salir de sus ojos, solo la enfurecieron todavía más.

"Vamos", dijo Ellington, guiándola fuera del armario. "Dejemos que la policía se encargue de esto. Necesitas descansar. Tienes que alejarte de aquí".

Dejó que Ellington la alejara de la vista del cadáver en el armario. Se preguntó cuánto tiempo habría estado esa pobre mujer colgada allí antes de morir. Se preguntó si habría muerto por las heridas externas, por inanición, o tal vez por otra causa.

Sin embargo, apartó todas esas preguntas de su mente. Permitió que se marcharan a la deriva para que fueran contestadas más adelante. Por el momento, toda su atención estaba enfocada en un hombre que estaba sentado en una sala de interrogatorios a media hora de distancia.

Se había librado de las esposas gracias a su pequeño consejo, y como Ellington había sugerido, probablemente sabía que esta cuarta mujer ya estaba muerta.

La idea de que él había estado en control después de todo avivó el fuego de su odio y a pesar de la intensidad de la emoción, Mackenzie no quería perder ni un minuto para estar cara a cara con él de nuevo.

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

Hora y media después, Mackenzie estaba en una sala de conferencias a solo dos puertas de la sala de interrogatorios donde custodiaban a Eric Connor. A su lado estaba Ellington. La tomaba de la mano y la miraba de una manera que la hacía sentir más que amor. Sentado a la mesa con un cuaderno en la mano y una mueca de fastidio en el rostro estaba McGrath.

“En el tiempo que has estado fuera, sólo ha dicho una cosa. Cada vez que alguien intenta entablar una conversación con él, siempre dice lo mismo. ‘Estoy esperando a la agente White.’ Y eso es todo lo que obtenemos de él”.

“Es su último intento de controlar la situación”, dijo ella. “No sé por qué acabó confesando sin mucho esfuerzo por nuestra parte… tal vez porque quería hacer alarde de ello delante de nosotros. Mira cómo me salí con la mía… tus fallos les costaron la vida a cuatro mujeres. “Al exigir hablar conmigo y nadie más sólo está tratando de mantener el control”.

“No tienes que hablar con él”, dijo Ellington. “Tenemos tu grabación más el hecho de que nos dijo una ubicación general de donde estaba la cuarta mujer. Es suficiente para acusarle. Será un largo juicio con muchos detalles, pero creo que será suficiente”.

“Estoy de acuerdo”, dijo McGrath. “Agente White, esta es tu decisión”.

“Hablaré con él”, dijo ella. “Aunque no sea por nada más que por darme un final”.

McGrath asintió con la cabeza, sin molestarse en discutir. Mackenzie pensó que eso era lo que se esperaba. “Estaremos justo afuera, junto a la puerta. Si puedes sacarle una confesión verbal, es preferible. Si no… no le presiones demasiado. Has hecho más que suficiente… más de lo que me hace sentir cómodo, si te soy sincero”.

Ellington extendió la mano para cogerle la suya. “¿Estás segura? No le debes nada. No quiero que le sigas el juego”.

“Estoy segura”.

“Al menos voy a enviar a un agente de policía contigo”, dijo

McGrath.

Mackenzie no pensaba que fuera necesario, pero no se molestó en discutir. Sin decir ni una palabra más, salió de la sala de conferencias y se dirigió por el pasillo a la sala de interrogatorios. No se detuvo antes de entrar ni hizo ningún tipo de entrada dramática. Simplemente entró a la sala como si fuera una visitante causal. Un policía uniformado vino corriendo detrás de ella a instancias de McGrath. El policía cerró la puerta cuando Mackenzie se acomodó en el asiento que había enfrente de Eric Connor.

“Identificamos a la mujer como Bridgette Minkus”, dijo Mackenzie. “La encontramos muerta, colgada de sus muñecas en tu armario”.

Connor pareció un poco sorprendido al oír esto. Se revolvió incómodamente en su asiento. El oficial de policía, a lo mejor para alejarse un poco de la tensión, se movió hacia atrás, de modo que Mackenzie cubría a Connor por delante y él por la espalda. En ese momento, Mackenzie notó que las manos de Connor todavía estaban libres de las esposas gracias a su pequeño trato con Ellington.

“Pareces sorprendido”, dijo Mackenzie. “¿No pensaste que la encontraríamos tan pronto? Quiero decir que... para ser alguien que adora la sensación de control, los detalles más pequeños se te escapan muy fácilmente. El coche de Marie Totino en el aparcamiento del edificio, por ejemplo. Y su teléfono móvil, justo ahí, en el salpicadero”.

“Pensé que estaría muerta”, dijo Connor con indiferencia. “Estaba muy débil cuando fui a verla esta mañana. Planeaba deshacerme de ella esta tarde, después de la conferencia”.

“¿Dumfries también te ayudaba con ese tipo de detalles?”.

“No. Hace tiempo que no me ayuda con estas cosas. Creo que la única razón por la que se mantuvo leal a mí fue por los secretos que tenía sobre él. “Secretos que involucran a su esposa”.

“Las llamadas a su residencia... las que tus guardaespaldas ayudaron a sanitizar...”.

“Esos eran mis secretos. Dumfries fue muy comprensivo. Sabía que su esposa y yo teníamos una aventura. Y cuando ella quiso dejarlo… en fin, eso no me gustó nada. Y Dumfries eligió su carrera antes que su esposa. Él asumió la responsabilidad”.

*Este tipo está delirante y trastornado, pensó Mackenzie. Y es muy peligroso. A lo mejor, hasta está loco.*

“No nos has dado una confesión real”, dijo Mackenzie. “Pero tenemos suficientes migajas para llevar esto ante un juez. Mi grabación, y el hecho de que nos hayas dado el paradero general del cuarto cuerpo. Si Dumfries está involucrado en esto, ahora es el momento de decírnoslo”.

“No. Dumfries nunca mató a nadie. Tiene un gran amor por las damas de la noche. Pero....si vas a arrestar a todos los que tienen esa afición dentro de D.C., vas a llenar este lugar”.

“Me llevaste hasta una mujer muerta, sabiendo que probablemente estaría muerta cuando llegáramos allí”, dijo Mackenzie. “Sé que crees que esa fue tu forma de engancharnos, de mantener tu posición de poder y control. Pero eso ya se acabó. Cuando salga de esta habitación, no volverás a hablar conmigo. Así que, si tienes algo más que decir, ahora es el momento”.

“¿Crees acaso que no tengo el control? ¿Crees que soy impotente? Te he tenido a ti y a tus amigos dando vueltas en círculos... persiguiendo a idiotas como Humphrey y Dumfries. ¿Y por qué? Porque hasta yo sé que tu preciosa oficina duda en perseguir a los senadores. Demasiado dinero y burocracia. Agente White....he estado en control de esta situación antes de que asistieras a la academia, te lo garantizo. Y mantendré el control de todo este caso”.

“Si tú lo dices”, dijo Mackenzie.

“Oh, lo sé. Y siento que ni siquiera vayas a ser testigo de mi caída, porque no dejaré que eso suceda”.

“Realmente estás delirando”, dijo ella.

Harta de tantas tonterías, se levantó de su silla, ansiosa por alejarse de ese maníaco hambriento de poder. Al darse la vuelta, oyó una conmoción detrás de ella. Cuando se dio la vuelta, Mackenzie esperaba ver a Connor abalanzándose por encima de la mesa para atacarla, pero vio algo completamente diferente e inesperado.

Connor le había clavado el codo en el estómago al policía que tenía detrás de él. Cuando los ojos de Mackenzie cayeron en la escena, la mano de Connor ya estaba desenfundando el arma del policía. El agente se defendió, aunque ya era demasiado tarde. Para cuando el policía tenía la mano alrededor del brazo de Connor, Connor había

colocado el arma en la posición que deseaba.

No estaba dirigida a Mackenzie, sino hacia sí mismo.

A pesar de ello, cuando apretó el gatillo, Mackenzie esperaba que la bala viniera a por ella, atravesándole el corazón o la cabeza.

No se sintió verdaderamente libre de la amenaza hasta que las consecuencias se hicieron palpables.

El policía cayó al suelo con un grito, aunque, basándose en el resto de lo que vio, no pensó que había sido herido de gravedad.

Connor no había tenido tiempo de posicionar correctamente el arma, así que la bala había entrado a través de su mandíbula en un ángulo ascendente en vez de a través de la parte inferior de su barbilla. De todas maneras, el efecto había sido igualmente efectivo y espantoso. Se desplomó en la silla, muerto al instante, mientras la sangre salía de su cabeza y se desparramaba por el suelo.

"¡Mackenzie!".

La puerta se abrió y Ellington prácticamente se lanzó hacia ella. McGrath venía por detrás de él, con el arma desenfundada. Después de aceptar la situación, se dirigió al oficial caído. No le habían disparado, pero su cara estaba cubierta por la sangre del disparo de Connor.

"Mac….Mac…", dijo Ellington, tomándola en sus brazos.

Detrás de ellos, más policías entraron corriendo a la sala. Y aunque todo el calvario ya había terminado, y su sospechoso yacía muerto en el suelo por su propia voluntad, a Mackenzie se le ocurrió una cosa que la dejó helada hasta la médula.

Al terminar su propia vida tras su confesión, Eric Connor dejó el mundo en sus propios términos y en control de su destino.

# CAPÍTULO TREINTA

Tres días después, Mackenzie estaba esperando en la sala de espera del despacho de McGrath. Estaba sola, ya que Ellington estaba trabajando con Yardley y Harrison para finalizar la lista completa de acusaciones que se presentarían oficialmente contra Eric Connor en las siguientes semanas. Y como la secretaria de McGrath ni siquiera estaba en el trabajo, el lugar estaba muy tranquilo.

Cuando oyó el sonido del ascensor que se abría desde la puerta, pensó que sería McGrath. Él la había convocado a su oficina temprano, para asegurarse de que no tuvieran ninguna distracción que pudiera surgir durante el día y que interfiriera con su reunión. Sin embargo, en secreto, a Mackenzie le preocupaba que la hubiera planeado tan temprano por la mañana para que ella no pudiera dedicarle más tiempo al trabajo, y porque tuviera intención de suspenderla.

Como esperaba, McGrath llegó a la sala de espera unos segundos después. Llevaba un café en la mano y su maletín en la otra. Parecía estar de buen humor, y su cara no mostraba ni un ápice de esa permanente mueca de desprecio que parecía llevar siempre puesta.

“Buenos días, White. Pasa adentro”.

Abrió su oficina y se fue directamente detrás de su escritorio, donde comenzó a preparar su espacio de trabajo. Mackenzie se acomodó en su sillón habitual, el que siempre la hacía sentir como si estuviera visitando la oficina del director.

“¿Oíste las noticias?”, preguntó.

"Lo dudo. Estos tres últimos días me he quedado en casa sin hacer nada”.

“Hay un gran movimiento para que Neil Rooney reemplace a Eric Connor. A partir de ahora, el puesto está vacío. Y aunque honestamente no conozco todas las reglas y la legislación, parece que lo va a conseguir. Habrá una votación, por supuesto, pero en base a la excelente manera en que se ha comportado los últimos días, teniendo en cuenta lo que pasó con Connor, es casi seguro que lo conseguirá. Y si todo va bien allí, no se trata sólo de que Rooney ponga el pie en la puerta de los altos cargos políticos, sino de que básicamente derribe todas las malditas puertas”.

“Eso es bueno, ¿verdad? Parece que es un hombre decente”.

“Eso parece. Por supuesto... la gran mayoría de la gente pensaba lo mismo de Connor. Desde que murió, algunas mujeres han dado a conocer algunos detalles sobre él. Hasta ahora hemos llegado a cinco casos de violación, uno de los cuales incluía un embarazo y un aborto”.

“¿Alguna noticia de Bridgette Minkus?”.

“Alguna, sobre todo de la familia y, aunque no lo creas, de Daniel Humphrey, que de repente se ha vuelto muy útil. Parece que Bridgette se había estado reuniendo con Eric Connor de vez en cuando durante un año. Lo conoció en un mitin aquí en D.C. e intercambiaron números de teléfono. Después de un tiempo, la cosa se volvió más física. No era nada más que sexo. Eso es lo que supimos gracias a algunos de sus amigos... y eso es todo lo que tenemos.”

“En cuanto a Eric Connor....no son solo mujeres las que se han presentado. Gente como Dumfries está revelando que Connor estaba haciendo dinero con negocios relacionados con el tráfico de drogas y la trata de blancas. Dijo que era bastante habitual que Connor participara en fiestas que básicamente se transformaban en orgías de drogas. El mismo Dumfries ha sido condenado al ostracismo por haber participado en algunas de ellas”.

“¿Así que este caso supuso, en otras palabras, una especie de limpieza de primavera política?”.

“Así es. Y odio decírtelo, pero tu nombre también acabará en las noticias. Por ahora, los informes sólo muestran que fue un esfuerzo concertado del FBI. Estamos tratando de mantenerlo en secreto, pero este caso ha sacudido a D.C. Los periodistas van a rebuscar y seguramente tu nombre saldrá a relucir”.

“Será algo con lo que entretenerme mientras estoy en casa durante los próximos meses, ¿verdad?”.

Él sonrió y suspiró profundamente. “Acerca de eso. Mira... honestamente no estoy tan molesto por el hecho de que me ocultaras tu embarazo. Eres testaruda de corazón y amas tu trabajo. Entiendo por qué lo hiciste. Pero, agente White... la trampa que montasteis Ellington y tú en la conferencia... por no mencionar vuestra visita a Richmond para hablar con Earl Jackson... Desearía poder decir que fueron cosas que no son dignas de ti, pero el hecho es que son muy habituales contigo. Y necesito que eso pare. Y francamente, lo va a

hacer". Se detuvo aquí y se inclinó hacia delante. La sinceridad en su cara estaba tomando a Mackenzie por sorpresa. "¿De cuánto tiempo estás?", le preguntó.

"Muy pronto cumpliré las diecisiete semanas".

"¿Vais a averiguar el género?".

Era una pregunta tan amistosa que tuvo que devolverle una sonrisa. "Aún no lo hemos decidido".

McGrath sonrió y sacudió la cabeza. "Tengo que regañarte, White. Por supuesto, ya lo sabes. Así que en el interés de seguir el protocolo y comportarme como un ser humano decente que se da cuenta de que estás a punto de tener un bebé, este es el trato que tengo para ti. Y no es negociable".

"Muy bien..."

"Quiero que termines la semana, para ayudar a poner las últimas piezas de este caso de Eric Connor en su sitio. Haz un seguimiento de todos los cabos sueltos que necesites. Terminad antes del viernes porque, a partir del lunes por la mañana, estarás suspendida para el resto de tu embarazo. Entre tú y yo, he buscado en todos los libros alguna forma de convertir esto en una situación de baja de maternidad prolongada, pero no hay nada. No a menos que el bebé esté en peligro. Y aparentemente, tu bebé es tan resistente como tú... así que esa no es una opción".

"Pero eso son casi cinco meses. ¿No puedes al menos asignarme tareas de investigación desde casa?".

"No. Es una suspensión, simple y llanamente. Como dije... no es negociable".

Mackenzie asintió, tratando de asegurarse de no llorar delante de McGrath. "Entiendo. ¿Eso es todo?".

"Sí. Puedes retirarte. Pero... mira... buen trabajo con este caso. Estaba a punto de despedirte por hacer que persiguiéramos a un senador. Habitualmente, eso no le va demasiado bien al FBI, así que me alegro de que confiaras en tu instinto. Nunca dejas de impresionarme, Mackenzie. No dejes que este pequeño escollo de la suspensión se interponga en el camino de eso".

Era la manera perfecta de terminar la reunión. No había nada más

que pudiera decir para que ella entendiera sus intenciones, ni para que ella se sintiera más animada al salir de su despacho.

Cuando se fue, no se molestó en mirar atrás. Como él había dicho... tenía un futuro brillante por delante, así que, ¿cuál era el sentido de mirar hacia atrás?

Como si necesitara un recordatorio de ese brillante futuro, su mano instintivamente fue a su tripa, donde el bulto se iba haciendo cada vez más grande.

***

Dos noches después, Mackenzie se despertó con un grito ahogado.

Miró alrededor del dormitorio, segura de que había alguien allí. Pero, por supuesto, la única otra persona que estaba con ella era Ellington, dormido como un tronco a su lado.

*¿Qué me despertó?, se preguntó. ¿Qué fue eso?*

Y entonces lo supo. Lo supo porque lo sintió de nuevo.

El bebé se estaba moviendo. Había sentido pequeños aleteos varias veces antes, pero esto era diferente. No era una patada, sino un movimiento notable.

Era probablemente la cosa más extraña que había sentido jamás. No resultaba doloroso, aunque tampoco fuera muy agradable. Esperó a que volviera y cuando lo hizo, esta vez fue mucho más leve.

Temerosa de que el bebé fuera a terminar con su pequeño asalto en cualquier momento, extendió la mano y sacudió a Ellington por el hombro. “Cariño... despierta”.

“¿Qué es eso? ¿Estás bien?”. Se dio la vuelta a duras penas, tratando de decidir si se trataba de una emergencia.

“Despierta. Alguien quiere saludarte”.

“¿Qué?”.

Ella le cogió de la mano y la acercó hacia ella. Luego se la puso sobre la tripa y esperó. Ellington, que, por lo visto, estaba entendiendo lo que pasaba, se sentó en la cama de inmediato. De inmediato, una

sonrisa se abrió paso a través de sus somnolientas facciones.

Y ahí estaba el bebé otra vez. Mackenzie pensó que podría ser una de sus pequeñas rodillas o quizá un codo, ya que los pequeños bordes de una forma sólida se sentían claramente. Mackenzie soltó una risita que trajo consigo una o dos lágrimas.

"Dios mío", dijo Ellington. "Eso es... eso es hermoso. Y un poco raro".

"¿Crees que se siente raro?".

La besó en los labios, con la mano aún sobre su abdomen. El bebé hizo su presencia conocida otra vez antes de que pareciera decidir que ya había terminado.

"¿Estás bien?", le preguntó Ellington cuando sus manos finalmente abandonaron su tripa.

"Sí", dijo ella. "Estoy genial".

Y, por primera vez desde que le dieran una patada en el estómago en una habitación de hotel en Baltimore, esa fue una declaración genuina. A pesar de que había estado sin trabajo durante cinco semanas y aún le quedaba un largo camino por recorrer, no le importaba nada, porque, por primera vez desde que viera ese resultado positivo en la prueba de embarazo, sabía la respuesta a la pregunta que la había estado acechando.

Si tuviera que hacerlo, ¿pondría la maternidad por delante de su carrera profesional?

Sonrió en la oscuridad al darse cuenta de que era el sí más fácil que podía llegar a imaginar.